













AMÉRICA LATINA: DEL ÁGUILA AL DRAGÓN

Washington Rolando Villavicencio Santillán

Juan José Mejía Alvarado
(*Coordinadores*)

Susana Hinojosa Dazza
Aimara Rodríguez Fernández
Karina Soraya García Hinojosa
Darwin Daniel Ordoñez Iturrealde
Rosa Hinojosa Dazza
Luis Enrique Cortez Alvarado
(*Autores*)

Universidad Laica VICENTE ROCAFUERTE de Guayaquil

América Latina: del águila al dragón.

Primera edición: Noviembre de 2016

Washington Rolando Villavicencio Santillán y Juan José Mejía Alvarado
(Coordinadores)

Susana Hinojosa Dazza, Aimara Rodríguez Fernández, Karina Soraya García Hinojosa, Darwin Daniel Ordoñez Iturralde, Rosa Hinojosa Dazza y Luis Enrique Cortez Alvarado (Autores)

Docentes de la Universidad Laica VICENTE ROCAFUERTE de Guayaquil

© ULVR, 2016

De esta edición:

Universidad Laica VICENTE ROCAFUERTE de Guayaquil, ULVR

Av. de las Américas # 70, frente al Cuartel Modelo

Guayaquil - Ecuador

PBX: (593-4) 259 6500

www.ulvr.edu.ec

Coeditado por:



edilaica@ulvr.edu.ec

Av. de las Américas 70, frente al Cuartel Modelo

Conmutador: (+593-4) 2596500 Ext. 195

ISBN: 978-9942-920-30-0

Impresos "Nueva Luz"

Alcedo #405-409 y 6 de Marzo

Teléfonos: (+593-4) 2410332 – 2410582 – 2410379

imprentanuevaluz@gmail.com

Impreso en Guayaquil/Printed in Guayaquil

Tiraje: 500 ejemplares

Diseño y diagramación: Ing. Claudia Morán Barco / cmoranb@ulvr.edu.ec

El contenido de este libro puede ser utilizado, citando la fuente, de acuerdo a las Normas APA 6ta. edición:

Villavicencio, W., Mejía, J., Hinojosa, S., Rodríguez, A., García, K., Ordoñez, D., Hinojosa, R. y Cortez, L. (2016). *América Latina: del águila al dragón*. Guayaquil, Ecuador: Editorial Universidad Laica VICENTE ROCAFUERTE de Guayaquil - Manglar Editores.

El libro América Latina: del águila al dragón, fue arbitrado por la Editorial ULVR de la Universidad Laica VICENTE ROCAFUERTE de Guayaquil y Manglar Editores, bajo la modalidad peer review. En el proceso participaron las siguientes personas:

Evaluadores:

Econ. Mónica Leoro Llerena, Esp.
Econ. José Luis González Márquez, MSc.
Econ. Fulton Zambrano Saltos, MBA.
Econ. Luis Landy Campos, MSc.

Revisión de citas y referencias:

Econ. Patricia Navarrete Z., Dipl.

Consejo Editorial ULVR

Dr. Jorge Torres Prieto, MSc.

Rector

Ing. Com. Rosa Hinojosa Dazza de Leimberg, MSc.

Vicerrectora Académica de Investigación, Grado y Posgrado

Ab. Alba Alarcón Soto, MSc.

Vicerrectora Administrativa

Ing. Com. Darwin Ordoñez Iturralde, Mg.

Decano(e) de la Facultad de Administración

Econ. Luis Cortez Alvarado, MSc.

Decano(e) de la Facultad de Ciencia Sociales y Derecho

PhD. Margarita León García

Decana de la Facultad de Educación

Ing. Civ. Fausto Cabrera Montes, MSc.

Decano de la Facultad de Ingeniería, Industria y Construcción

Sr. Alfredo Aguilar Hinojosa

Director del Departamento de Marketing y Relaciones Públicas

Econ. Patricia Navarrete Zavala, Dipl.

Coordinadora de la Editorial ULVR

Queda rigurosamente prohibido, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Agradecimiento y Dedicatoria

Dedicado a Don Santi, el mejor padre y maestro

Juan José Santiago Mejía Alvarado

A la Universidad Laica VICENTE ROCAFUERTE de Guayaquil, noble institución que me abrió las puertas e impulsó a continuar con mi desarrollo profesional.
A mi hija María Verónica Villavicencio, para que siga la senda del esfuerzo y la preparación constante.

A mis padres fuente eterna de inspiración Agustín Villavicencio y Teresa Ordóñez a quienes debo todo lo que soy

Rolando Villavicencio Santillán

Índice

Índice	13
Presentación	15

Capítulo 1

Conquista, colonización e independencia

1.1 Ocupación europea y formación socio económica en América	19
1.2 Elementos de la transculturización	31
1.3 Independencia y organización jurídico-política de las nuevas repúblicas	31
1.3.1 Las corrientes políticas	36

Capítulo 2

El águila imperial levanta el vuelo

2.1 Nacimiento y expansión de la nación estadounidense.....	40
2.1.1 Posicionamiento ultramarino	54
2.2 El poderío económico de Estados Unidos	46
2.3 La tecnología y la globalización	50

Capítulo 3

El contexto geopolítico global y regional

3.1 ¿El fin de la historia?.....	54
3.2 Las políticas económicas en Latinoamérica	58
3.3 Las relaciones políticas de Estados Unidos con Latinoamérica	66
3.4 Las economías emergentes.....	76
3.5 El BRICS	81

Capítulo 4

China, el resurgir del dragón

4.1 La primera potencia económica.....	90
4.1.1 El gran timonel.....	94

4.1.2 El color de los gatos no importa	96
4.2 Giro del timón en la política económica de China.....	100
4.3 China: su encuentro con América Latina y El Caribe.....	103

Capítulo 5

Relaciones geopolíticas de la República Popular de China con América Latina y El Caribe

5.1 Comercio, inversiones y crédito	108
5.2 El campo de la diplomacia internacional	112
5.2.1 Ampliación de las relaciones bilaterales con otros países de ALC	119
5.3 Los riesgos de la desaceleración global.....	128

Capítulo 6

Estados Unidos y China en la perspectiva latinoamericana

6.1 Transición en el poder mundial.....	134
6.2 El comercio latinoamericano en perspectiva	137
6.3 El crédito y sus particularidades	155
6.4 La IED en perspectiva.....	164
6.5 ¿Una reedición de las viejas estructuras?.....	168
6.6 Los nubarrones sobre la región	173

Capítulo 7

Poder, ideología y mercados

7.1 El poder y la ideología	188
7.2 La cultura y la comunicación.....	190
7.3 La glorificación del mercado	196
7.4 La globalización mediática y sus contestatarios	202

Índice de tablas y figuras.....	212
Acrónimos y abreviaturas	213
Referencias.....	214



Presentación

El subdesarrollo económico y social de las naciones latinoamericanas tuvo sus premisas en la etapa de dominio y transculturización colonial, cuando los pueblos nativos fueron sometidos a un violento proceso de subyugación física y cultural. Este traspase de religión, cultura, lenguaje y otros elementos sociológicos en las tierras ocupadas, fue repujando entre las sucesivas generaciones, un espíritu acrítico, inmediatista y poco emprendedor que, incluso después de los movimientos de emancipación colonial, mantuvo a los pueblos de América en un estado de fraccionamiento y subordinación frente a las potencias industriales.

Aquella lógica asimétrica de crecimiento, que determinaba a los países latinoamericanos el papel de vendedores de materia prima y compradores de tecnología, hizo perpetuar las condiciones de desigualdad, que se tradujeron en cruentos episodios de conflictividad social, signados por la hegemonía estadounidense. Sin embargo, a fines del siglo XX, la reconfiguración geopolítica del planeta trajo consigo a otro actor, la China Popular, cuya dinámicos antecedentes económicos despertaron fuertes simpatías en la región latinoamericana, viniendo a desplazar el predominio que, hasta ese entonces, habían mantenido los Estados Unidos de América.

La creciente demanda surgida desde China y otros países en expansión, trajo consigo un incremento en los precios de las materias primas, que redundó a favor de los términos de intercambio de los países latinoamericanos.

Con base en este empuje comercial, en varios de nuestros países con gobiernos de tendencia progresista, se impulsaron vigorosos programas de inversión en infraestructura y en proyectos sociales, que permitieron dinamizar la economía y atender importantes tramos de la antigua deuda social. Sin embargo, ciertos desajustes manifestados en la economía china obligaron a la potencia asiática a replantear su estrategia de expansión hacia y desde afuera, para poner énfasis en un crecimiento más moderado y hacia adentro. La consiguiente desaceleración de la economía mundial que trajo el frenazo en China y en otros emergentes, provocó una caída de los precios de los commodities, especialmente en los del petróleo, que tuvo duros impactos en los países que habían basado su crecimiento en los altos precios de aquellos.

La onda recesiva dejó al descubierto viejos problemas estructurales de las economías latinoamericanas, que habían permanecido disimulados durante el periodo de auge, y que se manifestaron en temas como la recurrente dependencia comercial, la diferente especialización y orientación de crecimiento entre los nuevos socios, la concentración de la inversión y los créditos en unos cuantos países bajo una óptica ideológica, los condicionamientos del pago en petróleo para la otorgación de créditos, la afectación al medio ambiente, la corrupción, entre otros. En ese contexto, empiezan a debilitarse las expectativas surgidas entre nuestros países de la conformación de un eje global sur-sur, que les abriría finalmente el camino hacia el desarrollo. De la misma manera, la crisis económica hizo aflorar nuevas contingencias

políticas, caracterizadas por el resurgir de antiguas tendencias ideológicas, que podrían modificar el mapa gubernamental e implicar una reversión de los avances sociales alcanzados durante los años de bonanza.

Con el presente análisis sobre la evolución económica y social de América latina y el Caribe, y de su correlación con la reconfiguración geopolítica del planeta, los autores de este trabajo pretendemos brindar nuestro aporte académico para que los sectores profesionales y las clases gobernantes tengan una referencia de los riesgos que conllevan las relaciones comerciales y financieras con las potencias industriales y las naciones emergentes, a objeto de permitir el rediseño de modelos alternativos que eviten, en lo posible, una reedición de las antiguas condiciones de dependencia que han perpetuado nuestro subdesarrollo.

Juan José Santiago Mejía Alvarado

Capítulo 1

Conquista, colonización e independencia

Rolando Villavicencio Santillán y Susana Hinojosa Dazza de Aguilar

1.1 Ocupación europea y formación socio económica en América

Uno de los episodios más mencionados de la conquista de América, llevada a cabo por los expedicionarios europeos, es aquel en que el español Francisco Pizarro entrega una biblia a Atahualpa, el emperador inca, quien la observa, huele y luego arroja a un lado por no significar nada para él. Ese gesto natural y orgulloso del líder indígena fue el pretexto casual que tomaron los conquistadores para condenarlo a muerte por “hereje e idólatra”, y justificar así la toma del imperio incaico, tal como había hecho una década antes Hernán Cortez en Tenochtitlan. Son los prolegómenos del largo y tortuoso proceso de colonización material e ideológica, al que fueron sometidos los pueblos originarios del *nuevo mundo* por parte de las potencias europeas, a lo largo del cual se fueron conformando las premisas de la actual realidad socio-económica de Latinoamérica.

La furiosa resistencia a la conquista, presentada en muchas partes por los aborígenes, fue sofocada a sangre y fuego por los colonizadores, quienes estaban persuadidos de que su modelo social y cultural debía imponerse, a costa de lo que sea, al de

aquella “sociedad salvaje”. Sobre esta aniquilación masiva de la población nativa, sobrevenida desde principios del siglo XVI, existen diferentes cálculos¹ (Rosemblat, 1967), pero los historiadores coinciden en que dicho exterminio no solo fue causado por el enfrentamiento militar directo, o por la explotación extenuante en las minas y campos, como corrientemente se cree, sino también por las diversas enfermedades traídas por los europeos, frente a las cuales los nativos americanos no contaban con defensas.

El desmoronamiento de la notable organización social que para la fecha tenían los indígenas tiene su explicación en ciertas eventualidades que jugaron a favor de los conquistadores. Estos eran muy inferiores en número, pero tenían varias ventajas: su superioridad técnica-militar; la extenuación del poderío indígena por los conflictos entre los miembros de la realeza; el rechazo por parte de las tribus a los abusos de los *curacas* y jefes indios; el temor supersticioso de las tropas indígenas ante esos seres extraños, etcétera. De manera que, ante las opciones presentadas a los indígenas de rechazo frontal a la invasión, marginación pasiva, o colaboración abierta, muchos de ellos decidieron optar por esta última.

En los conquistadores, cuyo financiamiento provenía en su mayoría de dineros privados, se mezclaban ambiciones

1 Determinar el número de nativos exterminados no es fácil, pues las estimaciones sobre la población americana existente a inicios de la conquista son diferentes. De acuerdo a las estimaciones de Ángel Rosemblat (versión pro hispanista) la población indígena llegaba a 13,4 millones; pero de acuerdo a otros cálculos (escuela de Beckerley: W. Borah y Cook, F. Dobyns) oscilaba entre 85 y 112 millones. Estudios más moderados (P. Rivet, Sapper, Spinden) estiman cifras de 45 a 75 millones. Acogiendo este último cálculo, y con base en el dato aceptado de que siglo y medio después esa población bordeaba los 5 millones, podemos inferir la extinción, durante ese periodo, de unos 55 millones de indígenas (en promedio 400.000 por año, un número descomunal para la población de esa época).



de fama, poder y riqueza, junto a inquietudes religiosas y motivaciones de fidelidad a la corona y de poner a sus órdenes los territorios descubiertos. Denotando su arraigada condición medieval, a medida que avanzaban, los jefes expedicionarios iban fundando ciudades de claro estilo europeo, y conformando extensas haciendas. La iglesia y sus misiones jugaron también un papel protagónico en la incorporación de los aborígenes a la idiosincrasia del viejo mundo. La evangelización se desarrolló a la par con la colonización; la labor de conversión se iniciaba una vez pacificado el terreno. Las creencias nativas, caracterizadas por el politeísmo y el animismo, incluso por los sacrificios, fueron enérgicamente combatidas por los clérigos, que plantearon la eliminación del paganismo y la opción de un Dios único y pacificador.

A más de acometer contra las religiones indígenas, algunas órdenes como la de los franciscanos visualizaron la necesidad de propiciar una construcción cultural que facilitara el abordaje ideológico y, desde luego, el beneficio material, que era el que más les interesaba. La educación había sido asumida por las misiones y las cofradías, y estaba destinada a los hijos de la nobleza indígena, para los que se fundaron importantes colegios en los que se les inculcaban los conocimientos y costumbres occidentales, para que los impusieran en sus comunidades. Por el contrario, el trato a las clases bajas del indigenado, generalmente fue despectivo y explotador, relegándolas a regiones aisladas y a trabajos infamantes. Es con la llegada de la orden de los jesuitas, más ligada al liderazgo de Roma que a España, que se intentó reivindicar la valía de estos sectores, incorporándolos a la organización social y económica de las urbes, siempre bajo la visión europeísta (Bethell, 1990).

Las potencias del continente europeo experimentaban por aquella época su propia asimilación de nuevas formas culturales

y del conocimiento. El Renacimiento en el viejo continente había traído consigo renovadas teorías y paradigmas². Esto facilitó la aceptación por parte de la sociedad occidental de esa singular raza “encontrada” en el nuevo mundo, cuya inclusión fue asumida casi como una necesidad para su propio desarrollo. Para las bases materiales feudales, en las que ya se maduraba la *acumulación capitalista originaria*, calzaron como anillo al dedo las profusas riquezas extraídas de sus nuevas colonias, que además contaban con mano de obra barata y abundante.

Pero, la apropiación del trabajo de los indígenas y la usurpación de sus antiguas posesiones, exigían insertarlos dentro de la lógica *superestructural* del sistema, lo que conllevaba el asignarles derechos, valores y obligaciones. En esa óptica, y en consonancia con las voces surgidas en Europa contra las prácticas esclavistas, la santa iglesia había reconocido a los aborígenes como seres humanos³, habilitándolos así para ser evangelizados e incorporados activamente al desarrollo de las fuerzas productivas europeas. Dentro de esa transición del modo de producción feudal hacia el capitalismo, al tiempo que se definían las clases propietarias y trabajadoras, se fueron imponiendo las directrices europeístas en la conformación de la identidad latinoamericana.

La yuxtaposición capitalista-feudal de los siglos XVI y

2 Copérnico y Galileo habían cuestionado la infalibilidad de los escritos divinos, se empezaba a declarar como obsoleta la autoridad del alma, impuesta por la escolástica, y Moro y Campanella planteaban ya la igualdad entre clases sociales. Dentro de esa línea, en los círculos intelectuales se daban sesudas discusiones sobre el origen de la raza humana, reclamando un grado de racionalidad de los nativos americanos y africanos.

3 La Bula Sublimis Deu, promulgada por el Papa Pablo III en 1537, estableció que los indígenas no eran animales y que tenían derecho a la libertad y al dominio de sus propiedades, bajo condición de que abrazaran la fe cristiana. Obviamente que esta bula nunca compaginó con el abusivo despojo de territorios en que incurrián los conquistadores.



XVII se había reconfigurado en el modelo *mercantilista* que, más allá de sus distintas acepciones, en esencia propugnaba la prosperidad de los países con base en el dominio y expansión del comercio internacional, y la acumulación interna de metales preciosos, todo bajo la férula estatal. El descubrimiento de las nuevas tierras, llenas de recursos naturales y mano de obra, fue altamente propicio para el objetivo de acumulación de fortunas en las naciones colonizadoras de aquella época, que habían implantado acuerdos entre ellas para el apacible reparto de los territorios descubiertos. Tratados geopolíticos como el de Tordesillas tuvieron el propósito de distribuir los espacios y obviar los conflictos y disputas territoriales entre las potencias colonizadoras⁴. Esa apropiación, era considerada como algo legítimo y hasta santificado. Cada bandera plantada implicaba la posesión automática de nuevos espacios por parte de las potencias colonizadoras, sin considerar que en ellos ya existían sociedades, modos de vida y culturas que los habían habitado por milenios.

Puesto que la distribución socioeconómica dentro del sistema feudal ya tenía instituida la figura de la renta de la tierra, como derivación lógica los indígenas fueron destinados al trabajo agrícola, a través de formas laborales como las encomiendas, de las que se extraía ingentes beneficios, una parte de los cuales sería luego transferida a las metrópolis europeas, vía daciones

4 Para resolver el conflicto generado entre España y Portugal, causado por las Bulas Alejandrinas (papales) que favorecían a los españoles en la posesión de territorios americanos, el 7 de junio de 1494, en la localidad de Tordesillas-España, se suscribe un convenio entre los representantes de Isabel y Fernando, reyes de España, y del rey Juan II de Portugal. Este tratado determina un reparto de las zonas de navegación y conquista en el Atlántico y el Nuevo Mundo, con base en el meridiano situado a 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde, que deja como área de acción de Portugal, la parte oriental de América del Sur. Esto posibilitó la posterior colonización por parte de Portugal de lo que ahora es Brasil.

e impuestos. Esos mecanismos de trabajo extenuante a los que se sometió a los indígenas, eran asumidas por los colonizadores como algo justo y natural, puesto que, en compensación, ellos tenían la obligación de alimentarlos y evangelizarlos. Así, como reflejo de la maduración capitalista experimentada en el viejo continente, se fue configurando la estructura social colonial, con los correspondientes estratos de propietarios y desposeídos.

En la cúspide de esta pirámide socioeconómica se encontraban los blancos, originarios del viejo continente, seguidos por los criollos, que eran los hijos de europeos nacidos en América. Estos sectores a su vez se subdividieron y escalonaron según su influencia política o económica. Los españoles y portugueses se desempeñaban en las funciones de privilegio designadas por la corona –virreyes, capitanes generales, gobernadores, etcétera– en las cuales amasaban cuantiosas fortunas. Los criollos tomaron a su cargo las actividades productivas, principalmente en haciendas y plantaciones, por lo que su poder económico fue creciendo con el tiempo, aunque no su influencia política. Por debajo de estos grupos, se encontraban los indígenas, importante fuerza de trabajo asentada tanto en las ciudades como en los yacimientos mineros. Los mestizos, ubicados también en los estratos bajos, realizaban tareas de comercio, artesanías y hasta de servidumbre, llegando en algún momento a reemplazar a los indígenas, cuando el número de estos se vio drásticamente reducido por el ya mencionado genocidio aborigen.

Vale destacar que en esa gran área del continente americano colonizada por los portugueses desde inicios del siglo XVI –que comprende lo que hoy es Brasil- a diferencia de los territorios inca, azteca y maya, la población era escasa, aislada, y de hábitos nómadas. Bajo estas condiciones, y habiéndose dividido el territorio en extensas capitánías, repartidas de manera vitalicia a familias de nobles, se hizo menester incorporar mano de obra

para la actividad extractora, que proveyera de ingresos a la metrópoli. Existiendo una población abundante en las colonias africanas pertenecientes a Portugal, ese país se dedicó de manera intensiva al tráfico de mano de obra, actividad que por su gran rentabilidad fue luego secundada por las otras potencias.

El régimen de trabajo al que fueron destinados los millones de negros traídos del continente africano fue el esclavista, muy difundido en los obrajes y en las plantaciones, aunque también los indígenas, en muchas partes, fueron reducidos a condiciones similares, pese a las protestas de algunas organizaciones misioneras. La venta de esclavos o su trueque por otros bienes, se efectuaba en las factorías, que servían también como puestos de intercambio cultural y de amancebamiento. De allí surgieron grupos de mulatos, destinados a la servidumbre, pero que tuvieron posibilidades de ascenso social al desempeñarse como traficantes y colaboradores de los reyes africanos que comerciaban a sus súbditos. No hay que perder de vista que la compra-venta de esclavos era una actividad diferente a la explotación del trabajo de los esclavos, aunque ligada y dirigida a ella. Durante mucho tiempo Brasil, Cuba, Dominica y algunas otras zonas continentales o caribeñas, se desempeñaron como enclaves de tráfico y explotación de la mano de obra esclavizada, que luego era destinada a la cuantiosa producción de caña de azúcar, tabaco, cacao, algodón, café y otros bienes que aportaban al enriquecimiento de sus respectivas matrices colonizadoras⁵ (Ortiz, 1975) (Freyre, 1997).

Por su lado, en las colonias británicas de Norteamérica se fue conformando una estructura social particular, un tanto

⁵ El comercio de esclavos fue un negocio muy lucrativo, que las potencias europeas desarrollaron en América y otras partes del mundo desde fines del siglo XV. El *asiento* fue una forma legal mediante la cual la corona vendía cupos para la trata de esclavos.

distanciada del rígido sistema feudal europeo. En el primer siglo, luego de la llegada de los ingleses, la población no fue muy abundante en los territorios por ellos reclamados, pero desde inicios del siglo XVII empezaron a asentarse decenas de miles de colonos, llegados masivamente desde Gran Bretaña y otros países europeos, que se convirtieron en propietarios de extensas plantaciones de algodón y azúcar. En esas posesiones fueron llevados a trabajar, bajo condiciones esclavistas, más de medio millón de negros, de los cuales una buena parte fue destinada a la servidumbre.

Esta estructura productiva se fue arraigando fuertemente entre los criollos hacendados, y contribuyó mucho para el sostenimiento de la corona inglesa. Posteriormente, al abrirse Inglaterra a la industrialización, se instauraron en este país formas de trabajo asalariado, que desplazaron a las feudales. Pero ese nuevo sistema productivo no se trasladó inmediatamente a las trece colonias americanas, entre otras cosas por el proceso de emancipación efectuado en ellas, que, en una primera instancia, las desligó de las transformaciones económicas de la Metrópoli. En los estados ya independizados, pues, continuo desarrollándose la práctica esclavista como forma de vida. Sin embargo, poco tiempo después, en los estados norteños, de filosofía más emprendedora, empiezan a prender con fuerza las concepciones empresariales de la Revolución Industrial iniciada en Europa.

1.2 Elementos de la transculturización

En el establecimiento de la identidad cultural latinoamericana hay varios elementos de la colisión entre las dos culturas –la europea y la aborigen– que merecen ser observados. Como premisa de análisis hay que señalar que fue el argumento de la fuerza el que estableció sus condiciones desde el principio.

Sobre esto la historia no da lugar a mayores discusiones. Ahora, la lógica de la acción de conquista obligaba, además, a que el poder militar y económico de los europeos fuera complementado por un rediseño cultural e ideológico de los conquistados. En ese sentido, y como regla de este proceso transculturizador, los colonizadores siempre tuvieron muy presente el destacar la superioridad de sus valores morales y sociales, persuadiendo a las poblaciones originarias de que esos valores debían ser instituidos en la sociedad para su beneficio y progreso.

Sin embargo, también es necesario subrayar que a lo interno de la sociedad, entre los colonizados se fueron generando mecanismos de defensa que pretendían hacer menos traumática esa transferencia *superestructural*. Eso fue lo que sucedió, por ejemplo, con la evangelización, muy resistida desde el principio por algunas etnias y pueblos. Estos, para no chocar frontalmente con el poder incontrastable de los colonizadores, establecieron la costumbre de combinar el cristianismo europeo con sus creencias originales, forjando sincretismos e imaginarios religiosos que hasta nuestros días siguen subsistiendo⁶. Algo similar ocurrió con el idioma, puesto que si bien es cierto la enseñanza de la lengua española, portuguesa o inglesa –según fuere el espacio ocupado- fue declarada obligatoria entre los aborígenes, sin embargo, de manera entre discreta y taimada, estos preservaron sus dialectos y escrituras nativas, siendo común hasta nuestros días el doble lenguaje.

En lo relativo al fenómeno del mestizaje, pese a que en principio existieron claras prohibiciones contra su práctica,

⁶ Algunas vírgenes latinoamericanas como la de Guadalupe (Méjico), la del Rosario de Chiquinquirá (Colombia), la del Quinche (Ecuador), veneradas desde el siglo XVI, o fiestas populares místicas como la de la Mama Negra, son una demostración de esta polisemia religioso-cultural que se impuso en las colonias españolas.

contra ellas conspiraron las condiciones inmoderadas en que se desenvolvían los primeros expedicionarios españoles –hombres en su totalidad- haciendo comunes los enlaces con las nativas americanas. Varios de los historiadores han hecho alusión a ese comportamiento disoluto y desenfadado que caracterizó a los aventureros llegados desde la península ibérica, a diferencia de los colonos británicos que tuvieron comportamientos mucho más conservadores. Incluso entre los jefes y altos funcionarios españoles eran habituales estas mixturas, destacándose el caso de Hernán Cortez con la nativa Malinche. A la larga estas amalgamas étnicas se fueron arraigando cada vez más entre criollos y mestizos, a despecho de los prejuicios sociales y culturales. En todo caso, de este entrelazado de las distintas etnias proviene la enorme variedad en el aspecto físico del latinoamericano actual, que quedó como legado de la etapa colonial.

Como hemos dicho, en el caso de las posesiones inglesas, los colonos tuvieron mayor resistencia al “cruce”, entre otras razones por sus tradiciones místicas y moralistas, y porque cuando empezaron a poblar masivamente la región, lo hicieron acompañados de sus esposas, formando su propias familias. Hay que tener en cuenta que los británicos arribaron casi un siglo después del descubrimiento del continente, con lo que su proceso colonizador se efectuó más organizadamente, y con el terreno ya preparado. El factor religioso tuvo mucha influencia en esta formación demográfica. Así, en Nueva Inglaterra – región colonizada de lo que hoy es el nororiente de Estados Unidos- se instalaron decenas de miles de pioneros pertenecientes la religión puritana, una congregación intolerante, entregada inflexiblemente a la palabra de Dios, que castigaba severamente el adulterio, el alcoholismo y la herejía. Comprendiendo estos condicionamientos nos podemos explicar porque los colonizadores ingleses no incurrieron -al menos no

tan abiertamente- en la mescolanza étnica que si se llevó a cabo en las posesiones españolas.

En esta construcción sociocultural de nuestras sociedades, hay que considerar el impacto dejado por varios hechos traumáticos como el aniquilante trabajo en las minas y plantaciones, la imposición religiosa, el exterminio masivo, etcétera. Todos estos factores repercutieron de forma neurálgica entre los indígenas, provocando entre ellos el fenómeno sicológico conocido como “desgano vital”, traducido en su renuencia a tener descendencia, lo que también influyó mucho en su progresiva disminución poblacional. De la misma manera, hubo un choque entre las diferentes interpretaciones cosmogónicas: mientras los indígenas guardaban una actitud reverente ante la naturaleza, utilizándola solo con la finalidad de satisfacer sus necesidades básicas y guardar un pequeño excedente para futuro, los europeos veían la tierra como una fuente ilimitada de riquezas y metales preciosos, expoliando sin medida sus recursos, como madera, caucho y piedra, para la construcción de sus ciudades.

Toda la frustración y melancolía dejada por estos eventos ha sido incorporada por nuestros pueblos en su música, sus costumbres y demás manifestaciones vernáculas. Sin embargo, pecaríamos de poco objetivos si dejáramos de señalar aspectos rescatables de este encuentro histórico entre las dos culturas. Y es que no se puede desconocer que toda esta amalgama sociocultural dejada por la colonización en nuestro continente ha sido también condensada en los ámbitos artísticos y urbanísticos. Allí tenemos los sincretismos arquitectónicos, plasmados en las plazas, calles y edificios de las ciudades americanas; las adaptaciones folclóricas, las fiestas tradicionales, los bailes y ritmos pluralizados, sin dejar de mencionar la gastronomía y los platos típicos preparados con ingredientes alimenticos de

los dos continentes. En fin, aspectos que recogieron los mejor de nuestras culturas matrices.

Uno de los elementos que más incidió en el carácter altamente jerarquizado y subyugante de la idiosincrasia colonial ha sido el de la clasificación racial, que, como ya hemos revisado, determinaba la estructura social: mientras más blanca la piel, más alta la valoración social. Claro que este ordenamiento en función de lo racial ha sido ampliamente refutado por la ciencia. Primero, porque el concepto *raza* es una apreciación biológica, que agrupa a los individuos de acuerdo a su morfología, sus funciones físicas y sus posibilidades reproductivas, por lo que, entre seres pertenecientes genéticamente a una misma raza –la humana- no caben esas sub clasificaciones raciales⁷. En segundo lugar, porque las superioridades intelectuales y culturales, supuestas a partir de las diferencias étnicas han sido desmentidas en multitud de casos. Pese a esto, es una realidad que en los en distintos períodos de la historia, como un justificativo de las diferencias sociales, se ha presumido la existencia de razas superiores a otras: tal es el caso de la población blanca que siempre ha calificado a los negros, asiáticos o indígenas, como de razas diferentes e inferiores, (aunque no es una visión exclusiva de ella).

Como respuesta la academia ha propuesto utilizar el término etnia cuando haya que referirse a una comunidad humana, con determinadas identificaciones de tipo geográfico, cultural, lingüístico, o de color de la piel; o bien, usar un término más

⁷ Datos recientes de genética molecular, que concuerdan con vestigios paleontológicos, demuestran que todos los seres humanos descienden de una misma Eva mitocondrial, lo cual indica que la humanidad tiene una antecesora común que habría vivido en el noroeste de África hace entre 150 mil y 230 mil años. De la misma manera, el Adán cromosómico habría existido hace unos 90 mil años. Esto nos confirma el monogenismo de la especie humana, y descarta el poligenismo que ha servido de argumento a las teorías racistas.

neutral, como es el de tipo físico cuando se haga alusión exclusivamente a características biológicas. En cualquier caso, siempre es importante destacar el aporte que el elemento indígena americano ha dado a la cultura y la educación, aporte que en un principio se remitió a algunos nativos y mestizos más esclarecidos, pero que a lo largo del tiempo se fue incrementado masivamente con la participación activa de las diversas etnias en los ámbitos de la cultura, la educación, la política, las leyes, etcétera.

La acción acumulativa de todos estos elementos sociológicos ha venido cumpliendo metódicamente su papel más bien aculturizador, haciendo desvanecer la identidad de nuestros pueblos, y aceptar valores y pensamientos exógenos. De esa manera en la cognición de las nuevas generaciones indígenas y mestizas se fue interiorizando la creencia de que sus patrimonios culturales, costumbristas e idiomáticos eran inferiores y debían estar subordinados frente a los de los blancos extranjeros.

Esta concepción de que los estilos de vida importados de afuera, los esquemas teóricos y los paradigmas generados en los centros imperiales son los acertados, se fue apuntalando con el paso de los siglos. De forma que, hasta el presente, estos atavismos, que aun subyacen en la psiquis del hombre latinoamericano, tienen una influencia determinante en la urgente búsqueda de los caminos hacia el desarrollo social y económico.

1.3 Independencia y organización jurídica-política de las nuevas repúblicas

El avasallamiento al que por siglos fueron sometidos los pueblos americanos, dio lugar a revueltas y rebeliones de todo tipo y en distintas épocas, que se fueron haciendo más amplias

y organizadas a medida que avanzaba el proceso colonial⁸. Las naciones colonizadas habían venido creciendo económica y socialmente, y, habiendo alcanzado un punto de maduración, surgieron las condiciones que llevaron a sus líderes –criollos adinerados casi todos ellos- a emprender campañas militares y diplomáticas, que apuntaban a la emancipación de sus territorios. Es así que, como corolario de esta dialéctica social, entre la fase final del siglo XVIII y la primera parte del siglo XIX, en varias regiones del continente se consolidan y triunfan las corrientes independentistas, iniciadas por las colonias británicas en Norteamérica, y emuladas luego por las portuguesas y españolas⁹.

En lo referente al caso iberoamericano las guerras de independencia contaron con la decidida colaboración de los británicos, que de esa manera se desagraviaban de España y Francia por su apoyo a la liberación de los trece estados norteamericanos, y por haber hecho abortar los intentos ingleses de conquistar la zona del Río de la Plata¹⁰. Además, en

8 Al igual que a lo largo de toda la etapa colonizadora, desde la segunda mitad del siglo XVIII, en las colonias españolas se desarrollaron varios alzamientos populares en contra del dominio europeo, encabezados por líderes indígenas –entre los que cabe destacar a Juan Santos Atahualpa, Túpac Amaru y Túpac Katari- que pueden considerarse antecedentes de las guerras independentistas en Iberoamérica.

9 Las 13 colonias de Inglaterra inician la corriente emancipadora en 1776, con el apoyo de Francia y España, que prolongan así en América el conflicto librado entre varias naciones europeas, conocido como Guerra de los Siete Años. En la colonia portuguesa se materializa de manera casi pacífica la emancipación, rompiendo con la corona portuguesa pero manteniendo el régimen monárquico. En las colonias españolas el proceso se torna cruento y fue menester la participación de muchos líderes y patriotas independentistas, con la desembozada ayuda económica y militar de Gran Bretaña.

10 En 1806 Inglaterra intenta invadir Buenos Aires, y en 1807 intenta lo mismo con Montevideo, pero ambas operaciones son frustradas por la intervención de las tropas realistas españolas. Como respuesta a ello, y a su vieja enemistad con

términos de las necesidades del desarrollo industrial, iniciado pujantemente en Gran Bretaña, la gran potencia marítima necesitaba abrir su comercio e inversiones a mercados más liberales y desarrollados, como veremos más adelante.

Las ambiciones de los colonizadores españoles, de emprender en una guerra de reconquista fueron tajantemente frustradas por la firme decisión mostrada por los americanos en sus declaratorias de emancipación colonial. En esa línea, y una vez alcanzada la independencia, el siguiente desafío de los líderes libertadores fue tratar de mantener unidas las extensas jurisdicciones territoriales liberadas, para integrarlas en una confederación unitaria y fuerte. Ambiciones e intereses entre las élites regionales y locales que habían dado su aporte en las luchas independentistas, habían generado toda una serie de conflictos separatistas y de intentonas de autonomía.

En ese contexto, entre junio y julio de 1826, Simón Bolívar convoca al Congreso Anfictiónico de Panamá, cuyo supremo objetivo era constituir una federación de países latinoamericanos. Sin embargo, este proyecto no alcanzo sus objetivos de unificación: Los deseos de integración impulsados por el Libertador y sus más leales lugartenientes, se vieron enfrentadas por las disputas internas entre los caciques de las recién conformadas naciones; y la tarea de unificar los disimiles criterios e intereses se vio obstaculizada por factores como la gran extensión de los territorios, las difíciles condiciones geográficas, la dispersión poblacional, y la escasez de vías y medios de comunicación, que impidieron la presencia oportuna del Libertador, quien con su liderazgo podría haber limado

España, Inglaterra interviene decididamente en los alzamientos anti hispánicos. Así, colabora con Miranda en su segunda expedición. Desde Trinidad introducía mensajes subversivos e incorporaba importantes contingentes ingleses a la causa republicana.

asperezas y evitado la fragmentación territorial¹¹. (Reza, 2012).

Es evidente que en muchos de estos enfrentamientos, de los que surgieron divisiones territoriales diminutas y débiles, subyacían los propósitos de las clases acaudaladas y de varios de los patricios de la independencia de crear especies de feudos y posesiones particulares bajo su poder, lo cual dejaba en evidencia sus ambiciones y anacronismos feudales. No hay que olvidar que en la etapa previa a la independencia habían

11 En México, una vez derrocado el imperio de Iturbide en 1823, los territorios de la antigua Capitanía de Guatemala buscaron cohesionarse, conformando la Federación de las Provincias Unidas del Centro de América (1824); pero dicha unidad se fue resquebrajando debido a los intereses particulares de las élites que apuntaban a tener sus propios dominios, lo que condujo a que en los años siguientes se escindieran las repúblicas de Honduras, Guatemala, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica. En 1825, las Provincias Unidas del Río de la Plata, declaran la guerra al Imperio del Brasil que había ocupado el territorio de la Banda Oriental, actual Uruguay. De este conflicto resultan vencedoras las tropas argentinas, sin embargo, al no haber acuerdo sobre a quiénes pertenecían estos territorios, se tuvo que acudir el arbitraje de una potencia extranjera, que en este caso fue Inglaterra. El resultado fue la creación de la República del Uruguay, teniendo a Montevideo como capital.

En Argentina, desde 1828 se había librado una guerra civil entre federalistas y unitarios, amenazando la unidad lograda después de la Independencia.; en 1831 esta guerra se cerró con el Pacto Federal que otorgó gran autonomía a las provincias, que se constituyeron casi en Estados independientes. Perú, en noviembre de 1828, bajo la presidencia del Mariscal José de la Mar, invade Guayaquil para reivindicar tierras consideradas propias, pero sus tropas son desalojadas en enero de 1829 por las tropas gran colombianas, comandadas por el Mariscal Antonio José de Sucre, lugarteniente de Simón Bolívar. Perú también tiene enfrentamientos con Bolivia debido a las aspiraciones peruanas de unificar el Bajo y Alto Perú; pero entre 1837y 1839, la recién conformada Confederación entre esas dos naciones, fue atacada por Argentina y Chile al considerarla un peligro para la estabilidad regional. En 1830, año de la muerte de Simón Bolívar, la República de la Gran Colombia, que reunía los territorios del antiguo virreinato de Nueva Granada y de la Capitanía General de Venezuela, se vio fraccionada como consecuencia de la pugna por el predominio político entre las clases dirigentes de Caracas y Santa Fe; se produce así la erección de las repúblicas de Nueva Granada, Ecuador y Venezuela. Como consecuencia de la indefinición de límites territoriales, en los años siguientes se suceden varias disputas y enfrentamientos entre estas repúblicas para tratar de anexarse territorios vecinos.

quedado claramente separadas las luchas indígenas-populares, que reclamaban mejores condiciones de vida, de las luchas por ocupar el poder social –detentado hasta ese entonces por los funcionarios europeos- que fueron lideradas mayoritariamente por los aristócratas criollos, quienes defendían la autonomía de sus encomiendas y prerrogativas frente a los impuestos y trabas comerciales impuestas desde la metrópoli. Estos intereses de clase diferentes, desembocaron luego de la independencia, en el fraccionamiento social y territorial que, a la postre, devino en una indefensión frente a los Estados Unidos de Norteamérica, que por ese entonces ya había emprendido su agresivo plan de expansión territorial.

Los problemas de desabastecimiento y falta de inversión, herencia de las guerras, llevaron a los grupos de poder de las recién creadas repúblicas del sur, a buscar una recuperación de sus balanzas comerciales con las potencias europeas. En el caso de Venezuela y México, con sus economías francamente golpeadas por las luchas de independencia, no atinaron a recuperar sus niveles de exportación, por lo que sus economías internas se vieron abocadas a una profunda y prolongada crisis. En cambio, Argentina, Perú y Chile, mejor relacionados con Inglaterra desde el principio, tuvieron mayores oportunidades de colocación de sus productos en el mercado internacional¹².

12 Países como Argentina, Chile y Perú, tuvieron un relativo éxito con sus productos exportables: Argentina, con la carne y los cueros, Chile, con la producción minera del cobre, y Perú con el guano. La frontera agrícola avanzó en la mayoría de las nuevas repúblicas, gracias a procesos de colonización interna, que contribuyeron al incremento del campesinado y a la ampliación de las haciendas. A su vez, el aumento general de la población se manifestó en una mayor expansión poblacional en territorios antes abandonados. El fin del tributo indígena y de obligaciones personales, así como la individualización de las tierras de las comunidades indígenas permitió un mayor dinamismo de la compra y venta de tierras, perjudicando a las comunidades aborígenes y beneficiando a terratenientes y hacendados.

Durante la primera mitad del siglo XIX, las repúblicas de origen latino, con sus economías sumamente deterioradas, buscaron desesperadamente fuentes de divisas y capitales de inversión, y la potencia que inicialmente asume la función de prestamista e inversora es Gran Bretaña.

Sin embargo los Estados Unidos de América, que ya iniciaba su consolidación como potencia, también da sus primeros pasos en la instalación de filiales comerciales y empresas de inversión en las aéreas mineras y agrícolas, en busca de la plusvalía generada por los abundantes recursos primarios de Latinoamérica.

1.3.1 Las corrientes políticas

Emulando a la corriente predominante en Europa, la mayoría de las nuevas repúblicas buscaron organizarse bajo los principios liberales de *liberté* y *fraternité*, los cuales se preocuparon por dejar consignados en sus respectivas constituciones. Pero hubo varios elementos que conspiraron contra estos principios. Uno de ellos fue la conformación de sectores centralistas y federalistas entre los líderes. Los primeros demandaban mayor autonomía de las poblaciones locales, en tanto que los segundos exigían un mayor control desde las capitales, como forma de unificación del poder.

En ese contexto, tomando como pretexto la necesidad de cohesionar y articular bajo un solo mando a la sociedad, a nivel regional y nacional se fueron afianzando los grupos caudillistas, respaldados en la fuerza militar. Los caudillos se caracterizaban por haber peleado en las guerras de liberación, haber acumulado un significativo capital económico, y tener un importante conglomerado de personas que dependieran política y económicamente de ellos. A partir de allí se fueron

conformando las familias oligárquicas y los grupos plutócratas que caracterizan a nuestras sociedades¹³.

Las nuevas formas de organización administrativa basadas en la república, implicaron un incremento sustancial de funcionarios, y por ende del aparato estatal, en el cual los criollos pasaron a ocupar amplios espacios. Como reflejo de la iniciada gestación del modo capitalista, en el ideario de estos grupos dirigentes se instaura un tácito acuerdo para consagrarse los principios de la libre circulación de la mercancía, de la garantía a la propiedad privada y de la explotación de la fuerza de trabajo. Otro punto de consenso fue su rechazo a que los sectores populares tuvieran acceso al manejo político, manteniendo restricciones en cuanto a la ciudadanía y el derecho al voto. A pesar de estos elementos que unían a las élites, estas también mantuvieron confrontaciones entre sí sobre asuntos como la religión, la participación del estado en la economía, la aplicación de las leyes, o los derechos étnicos y de género. De estos disensos ideológicos surgen las dos principales corrientes políticas de esa época: conservadores y liberales.

Los liberales estaban profundamente influidos por las ideas de la Ilustración y las vastas obras de los enciclopedistas, lo cual los llevaba a tomar como modelo político a la revolución francesa y a los sistemas parlamentaristas al estilo inglés. En esa línea abogaban por la libertad de expresión, la inversión privada, el libre pensamiento y la desregulación del comercio. Consideraban a la iglesia y al alto clero como un obstáculo

13 Algunos caudillos fueron: Juan Manuel de Rosas en Argentina, José Antonio Páez en Venezuela, Bernardo O'Higgins en Chile, Rafael Carrera en Centroamérica y Antonio López de Santa Anna en México. Un caso especial fue el del abogado paraguayo José Gaspar Rodríguez de Francia quien fue proclamado dictador perpetuo por el congreso de su país en 1816 y gobernó hasta el día de su muerte, ocurrida en 1840

para el avance de objetivos modernos como la educación laica, los derechos sociales, el matrimonio civil, por lo cual pedían la separación entre Iglesia y Estado. Por su lado, los conservadores defendían valores tradicionales como la herencia colonial, la cultura hispánica, la familia, la moral kantiana y la autoridad divina, dentro de un esquema de jerarquización. La iglesia era para los conservadores la expresión de la moral y el orden natural en todos los estratos, por lo cual consideraban fundamental no solo su existencia sino también la reafirmación de sus prerrogativas económicas y sociales.

Sin duda que las doctrinas políticas e ideológicas que fueron tomando terreno en América durante el siglo XIX estaban muy ligadas al pensamiento extranjero, básicamente europeo. Esa dependencia se evidenció desde las mismas guerras de emancipación, en las que la revolución francesa sirvió como guía histórica-política de los grupos más liberales. Los escritos de los enciclopedistas, en el campo de las leyes y la moral, y de Adam Smith, David Ricardo, J. B. Say, en el campo económico, eran devorados por los hijos de las familias pudientes, que evidentemente tenían fácil acceso a ellos. Esta intelectualidad latinoamericana –que, además, era la que iba conquistando espacios en la política- se educaba en los cenáculos universitarios europeos donde asimilaba las corrientes ideológicas existentes en las potencias, para utilizarlas en sus agendas de conformación de los nuevos estados, aunque sin tener mucho en cuenta las condiciones particulares de las sociedades latinoamericanas.

En la segunda parte del siglo XIX, a la influencia de las ideas liberales se sumó la popularidad de las corrientes socialistas europeas, inspirada por los escritos de los utópicos clásicos como Fourier, Owen y Saint-Simmons, que empezaron a prender en algunos de los sectores más jóvenes de la burguesía latinoamericana. Las revoluciones europeas de 1820 y 1830

aportaron argumentos a nuestros líderes para buscar mayores espacios de poder popular, y para profundizar las reformas iniciadas después de la Independencia. Y la revolución de 1848, extendida por Europa central, con amplia participación de campesinos y artesanos, demostró que ya el socialismo científico empezaba a tutelar la lucha de la clase trabajadora mundial. La publicación, a mediados del siglo XIX, del Manifiesto del Partido Comunista, y de El Capital en 1867, de Marx y Engels, obras ideológicas de gran influjo entre la clase obrera europea, materializadas en la Comuna de París de 1871, tuvo una importante difusión también en el Nuevo Mundo, viniendo a constituir la guía ideológica de los posteriores procesos revolucionarios y anti imperialistas desarrollados en América Latina¹⁴.

14 El avance del capitalismo y sus manifestaciones en el marco social y político dio lugar, en la primera parte del siglo XX, a una serie de levantamientos populares que mostraron a una clase campesina organizada en torno a la lucha por la tierra y por la defensa de los recursos naturales frente a la rapacidad imperial. En esa tónica es que se producen episodios de gran trascendencia histórica como la revolución mexicana de Villa, Zapata y Carranza, o la resistencia campesina liderada por Augusto Sandino contra la intromisión del militarismo estadounidense. En algunos países, incluso, se empiezan a gestar importantes organizaciones obreras y se conforman partidos de corte socialista, que plantean ya abiertamente su filosofía de cambio revolucionario y su abierto planteamiento político de la toma del poder por parte de la clase proletaria.

Capítulo 2

El águila imperial levanta el vuelo

Rolando Villavicencio Santillán y Juan José Mejía Alvarado

2.1 Nacimiento y expansión de la nación estadounidense

Ya desde antes de su independencia, los Estados Unidos de América habían evidenciado ciertas particularidades en su proceso de formación económico social que lo diferenciaron de las experiencias del resto del continente. Desde principios de siglo XVII, más de un siglo después de la llegada de los españoles a América, importantes grupos de inmigrantes ingleses empezaron a poblar la costa atlántica de Norteamérica, entre las posesiones francesas de la Luisiana y Quebec, al este de los montes Apalaches. Allí se instalaron con sus familias y bienes, fundando trece colonias cuya original extensión no era muy grande, en comparación con el territorio que actualmente abarca el país.

No todos los colonos llegados al territorio de la futura potencia eran de origen británico pues también se asentaron en el muchos migrantes de otras regiones europeas, que huían de la represión política y las carencias sociales en sus países. Como la tierra era bastante extensa, casi todos ellos se transformaron en terratenientes, con gran autonomía en el manejo de sus



posesiones, donde implantaron un régimen de intensiva explotación esclavista, diferente al aristocrata-burgués vigente para entonces en Europa. La Guerra de los Siete Años, iniciada en 1756 entre Inglaterra y Francia, implicó indudablemente a las Trece Colonias que, obligadas a enfrentar a los franceses, tuvieron que organizar sus propias milicias, conformadas en gran medida por colonos, que lucharon junto a las tropas inglesas. Una vez desalojados los franceses, estas falanges criollas y sus líderes, de manera casi lógica, participaron después en su propia guerra de independencia.

De manera algo similar a lo sucedido en la parte sur del continente, entre una de las principales causas de esta guerra estuvo la marginación a la que eran sometidos los habitantes de las trece colonias, que aportaban riquezas y tributos a la corona sin que se les reconociesen mayores derechos¹. La represión inglesa contra las sublevaciones del Te de Boston, entre otros episodios, originó que los colonos organicen movimientos insurgentes contra la metrópoli, tarea en la que recibieron la formal ayuda de los franceses. Es así como, en julio 4 de 1776, los patriotas estadounidenses proclaman su Día de la Independencia, continuando su lucha hasta que en 1783, merced al Tratado de Paris, Gran Bretaña acepta oficialmente la emancipación de los Estados Unidos de América.

La notoria y agresiva expansión del territorio estadounidense, iniciada a poco de haber declarado su soberanía política, estuvo sustentada en la denominada *Doctrina Monroe*, expuesta por el

¹ Las *Leyes Intolerables*, nombre dado por los colonos estadounidenses a una serie de leyes promulgadas por el parlamento inglés, que implicaban desventajas como el cierre del puerto de Boston, la prohibición de manifestaciones, la entrega de territorios a favor de Canadá, la prohibición de colonizar tierras hacia el Oeste, la ocupación de Massachusetts, etcétera, fueron un factor clave que alimentó la insurrección de las trece colonias.

presidente James Monroe y resumida en el enunciado “América para los americanos”. Para reconfirmar ideológicamente esa voluntad expansionista, los líderes estadounidenses difundieron también su teoría del *Destino Manifiesto*, según la cual su pueblo –muy religioso por cierto, y de la línea anglicana y puritana en su mayoría- estaba predestinado por designios divinos a llevar la prosperidad, la cultura y la libertad a los demás pueblos. Una revisión a la historia nos permite determinar que casi todos los imperios han esgrimido estos argumentos de la superioridad racial o intelectual para justificar el despojo a que han sometido a los pueblos. Pero, además, como justificativo de su crecimiento los estadounidenses alegaron la necesidad de poder defenderse de la amenaza de las potencias europeas, todavía omnipresentes en la región.

La anexión de territorios se dio de varias maneras:

a) *Mediante la compra*: en 1803 se procede con la compra de la Luisiana a Francia, y en 1819 con la compra de la Florida a España. En 1867 Alaska es adquirida a los rusos por una ínfima cantidad.

b) *Mediante la invasión o la guerra*: en 1845, como corolario de una serie de enfrentamientos, Estados Unidos se anexa el estado de Texas; en 1848, tras la derrota de México y el acuerdo de paz de Guadalupe-Hidalgo, California y Nuevo México son incorporados a los Estados Unidos. En 1814 ya había invadido la Florida, presionando para su posterior posesión.

c) *Mediante la colonización*: la masiva afluencia de colonos en busca de yacimientos de oro, respondiendo a la llamada del presidente Tomás Jefferson, permitió la expansión de Estados Unidos hacia el Oeste, desde comienzos del siglo XIX. Este proceso que se conoció como la Conquista del Oeste, fue

favorecido luego por el aporte del ferrocarril y sus múltiples redes, y por leyes expedidas ex profeso como la *Homestead Act*².

En todo caso, esta agresiva política de expansión permitió que el área de la pujante nación, que en 1790 solo abarcaba 2.3 millones de kilómetros cuadrados, durante el siglo siguiente se ensanchara más de cinco veces, para tratar de sustentar el vertiginoso crecimiento de su población³. No puede dejarse de mencionar el carácter violento de esta ocupación territorial, sobre todo en los casos de la colonización de las comarcas del oeste, donde ésta conllevó el aniquilamiento de gran cantidad de indígenas, cuyas distintas tribus se resistieron durante todo el siglo a la conquista de sus tierras ancestrales, y a la imposición de valores y culturas extraños⁴.

También en el caso de la guerra de anexión de los territorios mexicanos, esta arrojó un alto saldo de víctimas. La misma se inicia como un conflicto civil: los colonos estadounidenses,

2 *Homestead Act* (Acto de Propiedad Rural), ley promulgada en 1862 que daba 65 hectáreas de tierra arábel en el oeste para quien en ella viviera y la cultivara por cinco años.

3 La población pasó de 4 millones al terminar el siglo XVIII a cuarenta millones en 1870, y a 76 millones al comenzar el siglo XX.

4 La Conquista del Oeste, el “sueño americano” de acceso la tierra, la resistencia de los indígenas la colonización blanca, fueron conceptos quedaron popularizados por Hollywood, principalmente en las películas de fargoeste o “bang-bang”. Sin embargo, en las producciones cinematográficas norteamericanas, el indio era mostrado como un personaje que impedía el avance de la “civilización” llevada por el blanco. Sin embargo, no era mostrado que el blanco le quitaba su tierra, mataba sus animales o que lo utilizaba como mano de obra barata. Se mostraba el “heroísmo” de varios personajes que quedaron en la historia, escrita por el blanco o por el vencedor. Cuando no era el indígena, la producción cinematográfica mostraba el mexicano como borracho, perezoso, y malhechor, rindiéndose al “mocinho del cine”, el blanco descendiente de la “raza privilegiada”. O, aún, mostraba la inferioridad del negro africano que, cuando no era esclavo o empleado del colonizador, estaba a servicio de los malhechores blancos.

que habían llegado en gran cantidad a territorio de Tejas en la república de México, y se habían integrado con una buena parte de sus habitantes, sustentaban su economía en la actividad esclavista; por ello, cuando el gobierno mexicano decide eliminar la esclavitud, deciden sublevarse contra esa decisión. Estos trances económico-políticos, que dieron justificativos para la intervención del ejército estadounidense, a la postre desembocaron en el desmembramiento del territorio de Tejas de la nación mexicana. Este proclamado nuevo estado tejano, pide su incorporación a los Estados Unidos, la cual es aceptada en 1845, provocando la ruptura de relaciones por parte de México, y dando pretextos para que la nación yanqui continúe su guerra de expansión, que luego desemboca en la anexión de California, Nuevo México y Arizona, permitiendo su conexión con el Océano Pacífico.

En cuanto a las anexiones “pacíficas” estas implicaron muchas presiones y coerciones. Para cerrar las disputas geográficas y militares ocurridas desde 1812 con Estados Unidos, Gran Bretaña decide fijar definitivamente las fronteras de ese país con Canadá, y le cede posteriormente el territorio del Oregón. Francia, en vista de su fragilidad militar provocada por las guerras napoleónicas, y amedrentada por la proclama de “América para los americanos”, en 1803 había optado por vender en 15 millones de dólares sus posesiones en La Luisiana. En 1821, España, debilitada por las guerras de independencia hispanoamericanas, e intimidada por dos invasiones previas de los estadounidenses, decide entregarles sus posesiones de la Florida como pago de una deuda de cinco millones de dólares. Rusia, también con poco peso en el continente, en 1867 vendió en 7,2 millones de dólares el territorio de Alaska, que por su ubicación geográfica no prometía mayor valor económico (años después se descubrieron ricos yacimientos de oro y petróleo, a lo que se suma el valor geoestratégico de la zona).

2.1.1 Posicionamiento ultramarino

Desde finales del siglo XIX, Estados Unidos se había transformado ya en una nación de gran desarrollo industrial y mercantil. Los grandes grupos empresariales necesitaban expandirse a nivel internacional, para lo cual era necesario abrir sus operaciones hacia los mares. En esos propósitos les sirvió mucho la visión geopolítica de Ruldolf Kjellen y Alfred Mahan, académicos que habían planteado la importancia fundamental que una fuerza naval fuerte y organizada tiene en el afianzamiento del poderío de las naciones. Bajo esos argumentos Estados Unidos decide establecer su control en los espacios oceánicos adyacentes. Es así como, habiéndose agotado su capacidad de expansión en tierra continental, la potencia americana emprende la conquista de islas y territorios ultramarinos.

Su intervención en 1898 en la guerra hispano-americana, y la posterior retirada de España, le dan la coyuntura para ocupar Filipinas, Cuba, Guam y Puerto Rico. Estos países, ni bien proclamada su independencia, son convertidos en protectorados estadounidenses, estados asociados, o simplemente pasaron a estar bajo el tutelaje de los Estados Unidos de América. Así mismo, en los años posteriores se posesionaron de Hawái, Samoa, las islas Guano, Islas Vírgenes y toda una larga lista de islas y paraísos marinos, en los que instalaron bases militares, puertos comerciales y centros de diversión para los estadounidenses adinerados.

Como respaldo a esta cruzada económica y comercial emprendida hacia el resto del planeta, el presidente Theodore Roosevelt elabora su propia interpretación del axioma “América para los americanos”, según la cual su gobierno se atribuye el derecho de intervenir en los países bajo su influencia económica,

“para preservar la democracia, la libertad, la justicia y la moral”. Esta política es bautizada como la del *Bic Stick* (el Gran Garrote), y en su aplicación la potencia americana no tuvo empacho en intervenir política, económica o militarmente en cualquier país americano o de otros continentes donde estuvieran en juego sus intereses comerciales o geopolíticos. Panamá, y su escisión de Colombia con el apoyo estadounidense, es una muestra de ello en la región latinoamericana⁵.

A lo largo del siglo XX la presencia hegemónica de Estados Unidos se siguió haciendo sentir con toda contundencia en las naciones del centro y el sur de América. Su principal propósito era preservar sus mercados de consumo y su provisión de recursos naturales y materia prima barata, a más de consolidar su liderazgo político y militar en todo el continente. De esta manera, cuando le tocó participar en las dos guerras mundiales la nación tuvo la ventaja de hacerlo con una economía robusta y solvente, y con toda una estructura geográfico-militar en el Océano Pacífico y otras áreas vitales. Esta estrategia geopolítica le dio una gran omnipresencia a nivel mundial que, a la postre, una vez terminada la II Guerra Mundial, le permitió convertirse en la gran superpotencia que lideró al mundo occidental en la denominada Guerra Fría.

5 En Panamá, que para fines del siglo XIX era un departamento perteneciente a Colombia, el gobierno estadounidense azuza y arma un levantamiento independentista. La idea era retomar la fracasada empresa del francés *D'Lesseps*, de construir un canal que uniera el Océano Pacífico con el Atlántico, y le diera un control comercial del área. De manera que no bien proclamada la independencia de Panamá, consorcios estadounidenses empiezan en esa nación la construcción de un gran canal intercontinental, que se concluye a los 11 años. Acuerdos posteriores le otorgan a Estados Unidos la concesión indefinida para la operación del canal. Sin embargo, organizaciones estudiantiles y laborales inician una movilización en defensa de su soberanía que, a la postre, desemboca en un gran movimiento nacionalista encabezado por el general Omar Torrijos que, finalmente, obliga a la firma del Tratado Torrijos-Carter por el cual se devuelve el canal al control panameño.

2.2 El poderío económico de Estados Unidos

El triunfo del norte industrial y comercial sobre el sur esclavista, en la Guerra de Secesión ocurrida entre 1861 y 1865, suele considerarse como el arranque de la gran expansión económica de los Estados Unidos de América. La industrialización en las ramas manufacturera y siderúrgica implicó la utilización de modernas maquinarias, como la máquina de vapor, y de medios de transporte más rápidos, como el ferrocarril. La abundancia de recursos naturales, el notable crecimiento poblacional experimentado durante el siglo, y la llegada desde otros países de fuerza de trabajo especializada desde Europa, Asia y otras regiones, abarataron los costos y dotaron de amplia demanda al aparato productivo nacional. Adicionalmente, las redes de ferrocarriles extendidas por todo el territorio permitieron ampliar y unificar el mercado y las comunicaciones.

Una característica especial en la forma de crecimiento de los Estados Unidos fue que en una primera etapa, el país se concentró en ampliar y fortalecer su economía desde adentro, a diferencia de Europa que lo había efectuado desde el exterior mediante la colonización. Por su lado, los demás países del continente americano se remitían a ser proveedores de productos básicos para el mercado externo y de comestibles para el consumo interno.

Es indudable que la filosofía liberal y emprendedora de los estadounidenses, asimilada de los emigrantes, contribuyó en mucho al vigoroso crecimiento de su país. Por todos lados, la población que no quería quedarse en condición de proletaria, generaba proyectos e innovaciones en los productos ofertados, que luego eran patentados y comercializados por quienes habían acumulado capital. El siglo XIX fue una época muy prolífica en

inventos, que alcanzaron gran perfección en el siglo posterior⁶.

El proceso de acumulación capitalista se tradujo en la conformación de poderosos grupos empresariales. El más grande e importante fue el de John Rockefeller, que llegó a controlar casi totalmente el negocio de la producción y distribución de petróleo. Se destacaron otros consorcios como el de Andrew Carnegie en el sector siderúrgico y del transporte, y J. P. Morgan en el sector de las finanzas e inversiones. De gran trascendencia, también, fue la fábrica de vehículos de Henry Ford, que mediante la aplicación de novedosas técnicas, como la especialización del trabajo y la producción en cadena, consiguió abaratar sus costos, y alcanzar altos niveles de productividad y beneficio. Este sistema de producción fue bautizado como *el fordismo*, y durante muchas décadas fue un modelo a seguir en los distintos sectores de la economía estadounidense y mundial.

Como expresión atrabiliaria del principio de la libre competencia, estos grupos empresariales mantenían entre sí una sorda lucha por dominar los distintos mercados. Para ello experimentaban con nuevos mecanismos de concentración de la producción y el comercio, y recurrían a métodos inescrupulosos para desplazar a la competencia, contradiciendo sus propios enunciados ideológicos de *dejar hacer dejar pasar*. A principios del siglo XX el dominio monopólico

6 El suministro de energía eléctrica a través de la bombilla o foco, fue un notable invento de Tomas A. Edison, que luego instala la primera central eléctrica para dotar a las ciudades de luz artificial; nace así General Electric. El teléfono fue atribuido en una primera instancia a Graham Bell, aunque luego se reconoció que su inventor fue Meucci. En 1853 Elisha Otis instala el primer ascensor. Benjamín Franklin inventa el pararrayos en 1753. Henry Seli en 1882 crea la primera plancha eléctrica. La máquina de afeitar la inventa King Camp Gillette. William Monroe perfecciona el lápiz. Harley Davidson crea la motocicleta, y Henry Ford, desarrolla la producción en masa del auto T. John Penberton, en Atlanta-Georgia patentiza en 1886 la Coca Cola, que a su vez inventa a Papa Noel.

había llegado a límites perjudiciales para el libre desarrollo de la economía. Cerca de cinco mil empresas industriales eran controladas aproximadamente por unos trescientos *trusts*. Estos grupos influían de forma considerable en las decisiones de los gobiernos, haciendo aprobar, mediante procedimientos poco diáfanos, leyes que beneficiaban sus intereses. Era poco lo que los consumidores podían hacer contra las grandes compañías monopolistas que abusaban de su poder fijando arbitrariamente los precios y las condiciones de venta. En medio de esto, la clase trabajadora, siempre mal remunerada, era sometida a abuso y explotación.

La Gran Depresión de los años 30 marcó importantes cambios en el modelo de crecimiento estadounidense, cambios que le otorgaron al sector público una mayor influencia en el manejo económico. Hasta antes de ese suceso, los criterios libremercadistas, habían hecho prevalecer su enunciado de que la oferta, libre y visionaria, garantizaba su propia demanda (ley de Say). Argumentaban los teóricos del libre mercado que el valor generado a partir del producto, se constituía en la garantía del espontáneo y equilibrado gasto social, y del satisfactorio retorno empresarial. Sí, respondieron los críticos de la teoría, pero siempre y cuando la valoración de ese producto no estuviere sobreestimada, inflada, generando valores ficticios, como suele suceder en los inestables mercados bursátiles.

Es corroboración de este último criterio, la tremenda caída de la Bolsa de Nueva York, ocurrida en octubre de 1929, cambia los conceptos hasta esa fecha prevalecientes. La quiebra empresarial, traducida en una brusca caída del empleo y una aguda recesión, no había encontrado solución en las teorías clásicas. Si los valores se habían volatizado, y no había demanda, ¿cómo alcanzar la reactivación? era la pregunta sin contestación. En ese determinante momento salta a la cancha

el sabio inglés John M. Keynes con su fórmula heterodoxa de darle al Estado un papel protagónico, cual tanque de oxígeno presto a reanimar al aparato económico en agonía.

La aplicación de estas *políticas del bienestar*, basadas en el incentivo a la demanda, vía inversión pública, permitió que en los años siguientes Estados Unidos, tras controlar la recesión, logre presentar un aparato productivo fuerte y un sistema financiero saneado, con el que ingresa con ventajas a la II Guerra Mundial. Posteriores programas de alta expansión, como el Plan Marshall, fueron la expresión de como las políticas de demanda y fluidez del capital fueron asumidas por esa época como la panacea de la economía. El capital estadounidense cubrió Europa, Japón y otros continentes, facilitándoles la tarea que ellos mismos se habían asignado de convertir al dólar como la moneda de reserva mundial.

2.3 La tecnología y la globalización

A lo largo de la segunda mitad del siglo XX, para Estados Unidos se abre un periodo de prosperidad y de ingreso al mundo de la alta tecnología. La sociedad, ya plenamente industrializada, incursionaba con fuerza en el sector servicios y ya para 1979 el 47% de la población trabajaba en él. Las ciudades fueron agigantándose, el nivel de vida se incrementa aún más, así como la actividad comercial, los negocios, aunque también con ellos sus deformaciones sociales, como la delincuencia y la indigencia. En consecuencia muchos norteamericanos optan por irse a vivir a zonas suburbanas, conformando ciudades satelitales con jardín, protección privada, y fastuosos centros comerciales. Durante esta etapa, la forma de vida de las familias, se tornó prácticamente dependiente de la gran cantidad de productos, electrodomésticos, televisores, autos, teléfonos, y demás bienes y servicios ofertados por las empresas tecnológicas y



de la denominada *nueva economía*. Las industrias *high-tech*, dedicadas a la alta tecnología (electrónica, robótica informática, biotecnología, y en general toda actividad innovadora), se asientan en los grandes centros urbanísticos ubicados en San Francisco, Seattle, Austin, Boston, o en California, Silicon Valley, donde se halla la mayor concentración de este tipo de empresas.

El poderío estadounidense se fue asentando en todo el planeta, apoyado en gran medida en la capacidad económica de sus empresas multinacionales, tanto industrial como de servicios, que se agigantan gracias a los notables progresos de la comunicación y el transporte. (Hoy día el volumen económico de algunas de las multinacionales supera el PIB de muchos de los países del mundo: por ejemplo, Wal-Mart Stores; Chevron, Microsoft y La General Electric alcanzan activos que superan los 360 mil millones de dólares). El sector terciario, con una participación de las tres cuartas del PIB, y una proporción similar de la población dedicada a él, ha pasado a constituirse en la principal base económica de la potencia occidental.

Con el establecimiento de los sistemas informáticos se perfecciona y se masifica el uso de las computadoras personales, y en la década de los setenta irrumpen con gran éxito el internet y los teléfonos celulares. En este sector, bautizado como el de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación TIC, se forman corporaciones gigantescas como la Microsoft, Acer, Alcatel, Google, Yandex, Giant, Motorola, Samsung, Apple, Nokia, Intel, ZTE, BlackBerry, Huawei, y muchas más. Para maniobrar con mayor eficiencia la sobre carga bursátil que empieza a afectar el mercado al terminar el siglo XX, muchas de estas empresas deciden efectuar entre si fusiones y alianzas estratégicas que aumentan aún más su tamaño y pasan a dominar el mercado mundial. Es de notar que estas compañías

instalan filiales y representaciones en casi todos los lugares del planeta, dando lugar a enormes plantas laborales integradas por millones de personas.

Estas transiciones en los modelos de desarrollo, que luego de la etapa proteccionista ven resurgir una tendencia liberal-aperturista, son expresiones de la configuración planetaria bícípite, caracterizada, de un lado, por una socialización del trabajo y, del otro, por una mayor concentración de la riqueza. En un continente como el americano, sometido desde siempre a los modelos de las naciones “más avanzadas”, esta nueva etapa de la globalización, caracterizada por una progresiva disolución de las fronteras nacionales para sustentar el trasiego de los capitales transnacionales, fue aceptada como el modelo ideal a seguir por nuestros países para alcanzar el éxito y la prosperidad.

Capítulo 3

El contexto geopolítico global y regional

Karina García Hinojosa y Darwin Ordoñez Iturralde

3.1 ¿El fin de la historia?

Frente a las tradicionales concepciones del crecimiento, y como poniéndose a tono con el cambio de milenio, desde finales del siglo XX se fueron configurando, en el contexto internacional, inéditos escenarios geopolíticos, matizados por originales alianzas políticas y cambiantes proyecciones de la actividad económica. Para entender estas nuevas propensiones de la geopolítica mundial es de suma importancia tener en cuenta las características, antecedentes, intereses, y desafíos sociales en los que se ha enmarcado el desarrollo global y regional contemporáneo.

Cuando Fukuyama proclamó que con el colapso de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y de sus satélites había llegado “el fin de la historia”, los altavoces del sistema capitalista entonaron triunfantes marchas de triunfo. La *Guerra Fría* –que había enfrentado a las dos superpotencias y a sus respectivos aliados, en distintos campos- tenía un vencedor: los Estados Unidos de América. Desde luego que el escritor estadounidense –de origen japonés- tuvo mucho cuidado de no subrayar en su veredicto los *daños colaterales* provocados por ese triunfo

del capitalismo, como los ocurridos en regiones subyacentes -como Corea, Vietnam, Afganistán o Medio Oriente- donde los conflictos incubados por el enfrentamiento habían cegado millones de vidas. Lo que no pasó desapercibido fue el papel determinante que en esa contienda jugó el Vaticano que, con la justificación del combate al comunismo, se alineó abiertamente con el bando occidental. Sin embargo, las entusiastas loas al autonombado “sistema del futuro” no durarían mucho.

Por aquella época se había entronizado en gran parte del planeta un paradigma económico que rescataba los tradicionales principios del liberalismo clásico, pero aplicados en las nuevas condiciones de las finanzas mundiales y la globalización. Debido a ello en diversos ámbitos académicos y políticos, a ese modelo se dio por identificarlo como Neoliberalismo, aunque este es un seudónimo que, por sus connotaciones peyorativas, a sus ideólogos nunca les ha agrado mucho. La llegada a las cúpulas de la política mundial de figuras fundamentalistas, como Ronald Reagan y Margaret Thatcher, le dio mayor volumen al modelo, sintetizado luego en el denominado *Consenso de Washington*, que planteaba puntuales reformas basadas en el libre mercado.

En Latinoamérica este arquetipo había ya sido instrumentalizado por varias dictaduras represivas, y similares formulas fueron aplicadas también por otros regímenes despóticos de la periferia como los de Filipinas, Indonesia, Angola, etcétera, a los que alguien motejó como de tiranías liberales. En este punto del análisis no podemos dejar de mencionar que los gobiernos adscritos a estas políticas, habían recibido el abierto apoyo, financiero, político y militar de los gobiernos occidentales –el de Washington a la cabeza- junto con la bendición técnica de los grandes organismos financieros. Sin embargo, luego del sacrificio social que había implicado

la programación neoliberal, con duros ajustes en los sectores fiscal, cambiario y monetario-crediticio, sus resultados en la balanza social habían sido francamente negativos, con elevados incrementos de los niveles de pobreza, miseria e indefensión social, como demuestran las cifras oficiales.

En 1994, para fastidio de los promotores de este modelo, en México –donde su gobierno recién había firmado el tratado de libre comercio con Estados Unidos y Canadá– se produce un colapso financiero (bautizado como *Efecto Tequila*) caracterizado por la caída estrepitosa de su moneda, acompañada de una fuerte fuga de capitales, alza de las tasas de interés y encarecimiento de las importaciones. Los organismos financieros se ven precisados a aflojar más de 50,000 millones de dólares para salvar los muebles de su modélico país; pero, menos de tres años después se destapa una crisis similar entre los denominados tigres asiáticos, que en los siguientes meses se reedita en Brasil, Argentina y en la Rusia recién reingresada al capitalismo, con un pronunciado deterioro de las condiciones sociales en todas estas naciones. Nuevamente las potencias se ven obligadas a intervenir con voluminosos paquetes de ayuda. Es de recalcar que todos estos eventos cíclicos siempre tuvieron como denominador común el libre albedrio de la economía, esencia de la filosofía de libre mercado, patentada en las recomendaciones de ajuste del Fondo Monetario Internacional.

Pocos años después, y con la nación estadounidense todavía conmocionada por el impacto sicológico del 11-S, durante la época Bush se incuba y estalla una crisis inmobiliaria, gestada en las operaciones de las hipotecas sub prime, y en el manejo irresponsable y codicioso de los créditos concedidos por la banca de inversión, con la anuencia gubernamental. Con la sobrevaloración de las viviendas, entregadas masivamente y sin la menor prudencia crediticia, la burbuja inmobiliaria se revienta,

provocando que los instrumentos financieros, respaldados en hipotecas tumefactas, experimenten graves pérdidas. En trágica consecuencia, corporaciones de inversión, como Leman Brothers, o Bear Stearns, se ven seriamente afectadas por la iliquidez que contamina a todo el sector bancario, transmitiendo su insolvencia a instituciones de otros continentes, básicamente del europeo. Esta implosión de los mercados financieros se traslada rápidamente al sector real de las economías, afectando sus tasas de retorno y, por tanto, la demanda internacional, con una consiguiente caída del precio de los *commodities* que, a su vez, fueron lesionando a las naciones emergentes y al resto del mundo.

Esta nueva crisis global capitalista, a la que históricamente ya se bautizó como la *Gran Recesión*, tuvo su epicentro en Estados Unidos y algunas de las naciones sureñas de la Unión Europea. En estos países, cuyo potencial de consumo y de exportación está siempre vinculada a la actividad global, los indicadores económicos experimentaron alarmantes lasitudes que no se habían observado desde la *Gran Depresión* de los años 30. Así, en Estados Unidos la crisis tuvo un fuerte impacto en el PIB y el empleo y las recaudaciones fiscales. De acuerdo a lo que comenta Paul Krugman en su libro *Acabemos ya con la Crisis*, desde finales del 2007 hasta mediados de 2009 el PIB real cayó en 5 puntos porcentuales. Según la Agencia Estadounidense de Estadística Laboral, los desempleados de ese país crecieron de 12 millones al inicio de la crisis, a más de 24 millones en el 2011.

“Según el contador oficial de la Agencia Nacional de Estudios Económicos de Estados Unidos, la denominada Gran Recesión, que había comenzado en diciembre de 2007, terminó en junio de 2009, cuando se inició una recuperación. Pero si hubo tal recuperación, fue de una clase que sirvió de poca

ayuda a la mayoría de estadounidenses. Los puestos de trabajo siguieron siendo escasos, cada vez más familias continuaban agotando sus ahorros, perdiendo sus hogares y, lo peor de todo, perdiendo su esperanza... Y las penalidades no cesaron. Escribo estas palabras casi tres años después de que Bernanke creyera ver brotes verdes, tres años después de la caída de Lehman, más de cuatro después del inicio de la Gran Recesión. Y los ciudadanos de las naciones más avanzadas del mundo, de naciones con abundancia de recursos, talento y saber –todos los ingredientes de la prosperidad y un nivel de vida decente para todos– siguen viviendo en un estado de intenso padecer” (Krugman, 2012)

España, Grecia, Portugal, Irlanda y la misma Italia, han debido vivir fuertes colapsos de su economía, caracterizados por altos niveles de desempleo y abultados déficits fiscales, consecuencia ineludible de sus abultadas deudas externas, Como tratamiento a estas contracciones, los organismos financieros europeos, han debido entregar voluminosas líneas de ayuda para los países más afectados por la crisis, pero siempre condicionadas a la implantación de duros ajustes que han implicado eliminación o disminución de las prestaciones sociales, contracciones nominales y reales de los salarios, tablas impositivas de alta regresividad, reducción del sector laboral, etcétera. Es decir que las mismas recetas aplicadas anteriormente en los países latinoamericanos, y que tan ingratos resultados dejó en ellos volvieron a ser empujados en la desarrollada Europa (Griselda Pinero, 2012).

3.2 Las políticas económicas en Latinoamérica

Después de la recesión mundial de los años treinta, que provocó una aguda caída en los precios de los productos primarios, y golpeó fuertemente a las economías agro

extractivas, varios gobernantes latinoamericanos habían optado por acogerse a políticas de protección de su comercio externo e incentivo a sus industrias a través de la intensa participación del Estado en la economía. Este modelo de desarrollo, denominado de sustitución de importaciones (ISI) se generaliza, con distintas acepciones, en la mayoría de los países de Sudamérica y El Caribe y en otras regiones del orbe. El trazado de las líneas maestras de ese modelo proviene del análisis centro-periferia expresado en la teoría de la dependencia, que identifica el subdesarrollo de los países en la desigual distribución de los términos de intercambio comercial. En ese trabajo se reconoce el aporte de varios economistas y sociólogos latinoamericanos a los que se dio por denominarlos como *estructuralistas*. Pero, sin querer desmerecer el aporte de estos intelectuales autóctonos, la verdad es que la génesis de su planteamiento teórico proviene del modelo keynesiano, implantado por aquellos años en Estados Unidos y en las demás potencias occidentales, que de esa manera transfieren su sustanciación ideológica a las naciones satélites.

El impulso gubernamental dado a la industria interna a través de créditos, infraestructura, protección, manejo arancelario, hizo que ese sector, en primeras instancias, experimente importantes ritmos de expansión, lo que le ganó el respaldo tanto de los grupos industriales como de los sindicatos y de la creciente clase media¹. Pero, en cambio, las cámaras de comercio, de agricultura y la oligarquía bancaria lo cuestionaron, más aun cuando este fue complementado con medidas como la nacionalización de importantes empresas y sectores estratégicos, y los fuertes intentos redistributivos. La época se caracterizó, además, por importantes reformas en la tenencia de la tierra, empujadas

¹ De acuerdo a los cálculos de la CEPAL, entre 1950 y 1970 el promedio del PIB per cápita se duplicó en los países adscritos al modelo.

por presidentes de tendencia progresista y/o nacionalista como fueron Lázaro Cárdenas en México, Juan Perón en Argentina, y Getúlio Vargas en Brasil.

Pese al mejoramiento inicial en ciertos tramos sociales, a no muy largo plazo este modelo empezó a manifestar problemas sistémicos, reflejados en el aumento de la desigualdad en el ingreso. Además, la instauración de gobiernos autoritarios, generó escenarios de inestabilidad política. En el ámbito de la producción, esta se vio reforzada por el consumo interno, pero abriendo brechas importantes en el sector exterior. En este ensayo de desarrollo desde adentro, se continuó dependiendo de la importación de piezas, máquinas y tecnología, y de la contratación de conocimientos foráneos. Desde luego, como para sostener este esquema había que proveerse de divisas, hubo que recurrir al ya conocido esquema de extracción y venta de bienes primarios. Es por eso que el modelo, pese a sus buenas intenciones, nunca pudo desprenderse del tradicional sistema agroexportable. (Roshental, 1987)

Ante los desventajosos términos de intercambio que con el patrón sustitutivo persistían, se hizo obligatorio buscar otras fuentes de divisas, y estas fueron encontradas en los créditos provenientes de la banca comercial. Se desata así un periodo de endeudamiento externo que, en su primera etapa, crea la ilusión de solidez financiera, pero que, a la larga, con la inestabilidad de las tasas de interés y las constantes caídas de los precios de los bienes primarios, agudizaron los problemas de liquidez, alta deuda y déficit público. Frente a esta situación, al finalizar los setenta, los poderosos organismos de las finanzas internacionales empiezan a presionar para una apertura comercial y una reducción de la función intervencionista del sector público en la economía.

Hacia principios de la época de los setentas era ya claro que la expectativa de un desarrollo industrial por sustitución de importaciones sólo conduciría a nuevas frustraciones. Esta industrialización mostró tan sólo ser una variante de desarrollo dependiente, incompleto y elitista (...) De los tres sectores del modelo fordista: I) Científico- tecnológico; II) Encuadramiento calificado, III) Mano de obra para montaje, sin calificación, sólo habíamos podido desarrollar el último y rozar el segundo. Nuestras frágiles industrias, [estaban] controladas en su mayoría por él. Sin embargo para alcanzar estos principios se llevaron a cabo políticas denominadas de estabilización y ajuste que produjeron un retroceso en lo logrado, desesperanza en el desarrollo y altos costos sociales. (Franco; Silva y Córdova)

Como respuesta al problema de la falta de recursos de los gobiernos, que les impedía cumplir sus compromisos de deuda, desde las universidades estadounidenses y los centros del poder financiero, se empieza a promocionar las cotidianas políticas económicas sustentadas en el libre mercado. Dichas formulas, presentadas ante la generalidad de las élites gobernantes de la región como la solución a los problemas dejados por el modelo industrializante, planteaban cerrar los déficits fiscales y resolver el problema de la falta de recursos a través de un plan de ajustes basado en la apertura de la economía.

Estos programas incluían medidas concretas como la desinversión en los activos estatales, reducción de subsidios, incentivos al capital externo, reducción de los déficits presupuestarios, flexibilización laboral, flotación de los tipos de cambio y de interés, etcétera. En fin, se presentaban como la alternativa liberal a las desgastadas políticas sustitutivas y estatistas.

En un primer instante –y siempre de acuerdo a la información

estadística proporcionada por los organismos financieros- estas políticas de *laissez faire-laissez passer*, logran conseguir una reacción favorable en el comportamiento de algunas macro variables como la inversión externa, la formación bruta de capital, y la balanza comercial. Sin embargo, sus concomitantes secuelas –como el encarecimiento en los servicios básicos, los despidos masivos por las privatizaciones, la reducción de los salarios reales, la corrupción en la venta de activos estatales, la explotación de los recursos naturales- no tardan en profundizar la insatisfacción de la población.

Los niveles de pobreza e indigencia, que de alguna manera habían sido suavizados por el modelo proteccionista, empiezan nuevamente a repuntar. Numerosas organizaciones sociales, principalmente de trabajadores, estudiantes, grupos culturales e intelectuales, y demás sectores afectados, manifiestan su inconformidad en las calles.

Pero la plutocracia hace oídos sordos, por lo que las protestas y levantamientos populares, se van tornando cada vez cada vez más violentos y exasperados. En algunos países, como Argentina, Uruguay, Bolivia, empiezan a aparecer organizaciones subversivas a las que se las identifica con las corrientes socialistas, en auge desde la revolución cubana.

Para sustentar sus propósitos de liberalización económica, y tratar de mantener el *statu quo*, que se veía amenazado por la convulsión social, las fuerzas fácticas del continente deciden tomar el toro por los cuernos. Es así como, blandiendo como principales justificativos políticos el combate al avance comunista en Latinoamérica, –no olvidar que la Guerra Fría se encontraba en plena ejecución–, y la restauración de la paz y prosperidad, en varios países se fueron instalando ferreas dictaduras de derecha, respaldadas económica y militarmente

desde Washington, que emprenden la tarea de suprimir las garantías civiles, y reprimir a sangre y fuego las protestas populares² (ver tabla 3.1).

Pese al control mantenido por los grupos dominantes sobre la comunicación y la opinión, sin embargo, poco a poco empiezan a salir a la luz todas las atrocidades cometidas por estos regímenes militares. Esto crea un repudio generalizado entre la opinión pública internacional, organismos de derechos humanos, y gobernantes de otras latitudes, y empieza a generar incomodidad hasta en la propia Casa Blanca. El Departamento de Estado, alarmado por la impopularidad de los programas de mercado, y por los extremos de los regímenes castrenses, que sin duda podrían desembocar en resultados inmanejables y altamente desfavorables en el entablado de la geopolítica mundial, se ve obligado a plantearse cambios en sus estrategias hacia la región. Se empieza, entonces, a marcar diferencias con los regímenes *duros* que ellos mismos habían creado, y a promover nuevos mecanismos de legitimación gubernamental.

2 A lo largo del siglo, varios regímenes dictatoriales y dinásticos, como los de Trujillo, Batista, Somoza, Duvalier, Ríos Montt, Pérez Jiménez, entronizados por décadas, habían aplicado políticas represivas y pro oligárquicas, que recogían la consigna del Bic Stick. En esa misma corriente, entre los años sesenta y setenta, en varios países de Sudamérica se conforman regímenes militares, los cuales emprenden en una verdadera cruzada de exterminio contra la oposición. En el marco de lo que se bautizó como el Plan Cóndor –plan transnacional cogestionado y financiado por la Central de Inteligencia Americana CIA- las dictaduras dejan un reguero de víctimas: en Argentina se estiman más de 30,000, entre asesinados y desaparecidos; en el Chile de Pinochet se mencionan oficialmente unas 3,300 víctimas, aunque se sospecha que fueron muchas más; los regímenes de Castello Branco y Costa Silva en Brasil, Stroessner en Paraguay, Banzer en Bolivia, el Consejo de Estado en Uruguay, también se destacaron por estas prácticas de tortura, asesinato y desaparición forzosa. Es de anotar que en Ecuador y Perú, también se dieron gobiernos militares –Rodríguez Lara y Velasco Alvarado en su orden- pero que se diferenciaron en su tendencia más bien nacionalista y estatista, y no alcanzaron los niveles de represión de sus vecinos del cono sur.

En esa corriente, la presión general hace que las desprestigiadas dictaduras empiecen a ser reemplazadas por gobiernos elegidos mediante comicios abiertos, que le dan un tono más suave a la violenta política aplicada hasta entonces. De cualquier manera, el modelo de mercado siguió siendo aplicado por la mayoría de los nuevos gobernantes, de fachada democrática, pero de filosofía similar a la de las dictaduras. Los libros de historia nos ratifican que, luego de la deposición de las dictaduras militares, en muchos de los países latinoamericanos, aunque con formas más sutiles, legalistas y un tanto circunspectas, también fueron comunes los métodos represivos y de terror, puesto que el papel de estos ante la contestación social es el de garantizar la reproducción de la ganancia y la concentración de la riqueza.

De manera que, en los años posteriores, bajo la tutoría de los sacrosantos organismos de las finanzas internacionales como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, siguieron siendo impulsados estos programas de reforma macroeconómica, esta vez mediante las denominadas *Cartas de Intención*, documento imprescindible para la renegociación y refinanciamiento de las deudas de los países desajustados. Pese a que sus nefastos resultados ya se habían evidenciado en la década de los ochenta (bautizada por ello como la década perdida), las recetas neoliberales siguieron siendo impulsadas por presidentes como Menen, Carlos Andrés Pérez, León Febres Cordero, entre otros fervientes admiradores de las mismas. (Ya hemos hecho notar el parecido de estas recetas con los programas de austeridad impuestos décadas después a los gobiernos europeos afectados por la Gran Recesión).

Las derivaciones sociales de estos programas libremercadistas, experimentados entre los años setenta y ochenta, han sido reseñadas en varios informes de organismos

académicos, que nos abren importantes reflexiones al respecto. Para una exégesis histórica de la evolución de la pobreza y de su relación con el modelo neoliberal impuesto por las dictaduras, es importante señalar que, de manera global, estas se instauraron desde la primera parte de los años setenta y concluyeron en la segunda mitad de los ochenta. Y que en los años posteriores, en varios países siguió vigente el modelo, con sus lógicas singularidades. Esto hace implícito que durante este periodo, y básicamente en sus fases final y posterior, debieron materializarse los objetivos de progreso y bienestar social en que se sustentó el plan neoliberal.

Sin embargo, es un hecho evidente que, durante ese periodo, con las oscilaciones a que siempre está propenso todo proceso social, los niveles de pobreza e indigencia no solo que no se redujeron, sino que, más bien, sufrieron un incremento o se mantuvieron. Según informe de la CEPAL (Juan Carlos Feres, 1989), en América Latina, la población bajo la línea de pobreza se incrementó de 135 millones de personas en 1980 a 170 millones en 1986, y luego subió a 183 millones de personas en 1989. Tomado como porcentaje de pobreza en relación al total de la población este subió de 41% en 1980 a 43% en 1986 y luego a 44% en 1989. En cuanto a la indigencia esta subió de 62,4 millones de personas en 1980 a 81,4 millones de personas en 1986, y a 87,700 millones de personas en 1989, y el porcentaje de indigentes pasó de 19% a 21% y a 21% respectivamente en los tres años mencionados (tabla 3.2).

Claro que, para una observación más integral del fenómeno de la pobreza se deben ponderar varios otros elementos de la realidad particular de los países, como son las tendencias urbanizantes, las coyunturas de inversión, los distintos niveles de ingresos, etcétera. Por ejemplo, si en el conjunto de los países se excluyera a Brasil –y sus particularidades- los resultados serían

todavía más preocupantes. En efecto, marcando diferencias con sus vecinos, la economía del gigante latinoamericano, cuyo peso en el universo poblacional corresponde a casi la mitad, experimentó un importante crecimiento en ese periodo y, por tanto, un coyuntural aumento del ingreso, reflejado en sus registros de pobreza e indigencia. Evidentemente, esto se proyecta en una menor estimación de la pobreza dentro del conjunto analizado. Sin embargo, para no llevarnos a equívocos con el supuesto mejor estándar de Brasil, es conocido que este es uno de los países más concentradores de la riqueza, lo cual hace que su brecha social siga siendo sumamente grande. De forma que, tanto en este país, como en los otros de la región, aunque sus niveles de inversión e ingresos puedan proyectarse circunstancialmente en sus registros de pobreza e indigencia, en últimos términos eso no determina el carácter estructuralmente endémico de estos fenómenos sociales³.

3.3 Las relaciones políticas de Estados Unidos con Latinoamérica

Algunos sectores afirman que los Estados Unidos de América, nunca han tenido una visión coherente sobre la realidad social latinoamericana, y que por ello, sus políticas hacia ella han sido coyunturales y poco ponderadas. Puede ser que algo tenga esto de verdad. Pero, desde el Destino Manifiesto o la Doctrina Monroe, lo cierto es que las políticas estadounidenses en Latinoamérica siempre se han basado en una concepción de hegemonía, consolidando su control político

3 En otras palabras, la pobreza es un fenómeno que, además de los ingresos, depende de otros factores orgánicos como son los niveles de urbanización, de educación, de concentración. La pobreza tiene un carácter endémico y estructural de una sociedad, por lo que el tratamiento de ella no puede depender de un temporal incremento del ingreso, sino de una serie de medidas y políticas económicas y sociales que de manera gradual la vayan reduciendo.

y económico sobre la zona ya sea a través de la intervención militar o de programas remozados como ayudas para el desarrollo. En ese sentido, luego de la Alianza Para el Progreso, proyecto empujado para contrarrestar la influencia cubana en la región, han seguido la Iniciativa para las Américas, y la Alianza Para el Libre Comercio de las Américas (ALCA). Pero, al no poder disimular sus intencionalidades de exacción a favor de los grandes capitales, estos programas generalmente han provocado rechazo entre los sectores populares.

Como respuesta política ante la ampliación de la brecha social provocada por los modelos económicos impulsados desde el norte, desde finales del siglo XX, en varios espacios de nuestro subcontinente se fueron afianzando movimientos que, a la postre, se hicieron con el poder estatal. Este resurgir de gobiernos populares, que desde las épocas de Lázaro Cárdenas o Joao Goulart no habían sido muy habituales en nuestros territorios, tuvo varios episodios preliminares. Entre ellos se destaca el movimiento insurreccional en Venezuela, que desemboca en el “caracazo” de 1989, sangrientamente sofocado por el gobierno de Carlos Andrés Pérez, pero que una década después se hace con el poder por vía electoral. Otros sucesos relevantes, de carácter reivindicativo, fueron el levantamiento indígena zapatista en México contra el TLC con Estados Unidos y Canadá, la revuelta popular en Cochabamba, Bolivia, contra la privatización del agua, y las movilizaciones populares en Ecuador, Paraguay, Argentina y Bolivia, que derrocan a presidentes aliados a la política de Washington, entre otros.

Desde luego, estos eventos de resistencia popular no son inéditos en un continente siempre maltratado pero siempre rebelde como el nuestro, pero se destacaron por surgir como el brazo contestatario en los momentos más agobiantes del avance neoliberal. Las nuevas características de esta resiliencia

regional han quedado manifestadas en la presencia cada vez más influyente de los grupos indígenas, de los movimientos antiglobalización, y de organizaciones ecologistas. Por sobre la supra estructura implantada por los medios y el poder, en la masa ciudadana se posicionó la conciencia de que las políticas de mercado son sinónimo de mayor pobreza y desamparo social. En el campo de la actividad electoral, los partidos que mantienen su discurso tradicional han sido desplazados por movimientos políticos de planteamientos renovados y de amplia visión social. Bajo esta propensión reivindicativa de los grupos secularmente marginados, se efectuaron procesos electorales en los que resultaron triunfantes varias corrientes de una tendencia denominada como progresista, en buena parte de centro y Sudamérica.

Con el advenimiento de estos gobiernos izquierdistas y/o nacionalistas en América Latina, se abrió un periodo de transformaciones geopolíticas que vinieron a perturbar el poder casi omnímodo que hasta ese entonces habían mantenido los Estados Unidos en el continente. En este nuevo escenario, desde luego, no se ha terminado de forjar una unidad política ni ideológica que permita aspirar a la conformación de una gran nación latinoamericana, unida y solidaria, como la plantearon los primeros libertadores y patriotas. Esto es debido a que los diferentes actores sociales, políticos y económicos de América se mueven con visiones ideológicas no homogenizadas, estrategias cambiantes e intereses económicos y regionales particulares. Pero si hay ciertos puntos de vista y objetivos comunes de la sociedad latinoamericana, que permiten la visualización de un modelo de desarrollo más justo e incluyente.

A efectos de graficar de mejor manera esta reconfiguración regional, y abstrayéndonos un poco de las particularidades de cada gobierno, podemos plantear que entre nuestros países se

han formado tres grandes tendencias políticas: la tradicional, ligada profundamente al poder norteamericano, representada por Colombia, México y algunos centroamericanos; la antiimperialista, encabezada por Cuba y Venezuela, a la que se le han ido sumando Bolivia, Ecuador, Cuba, Nicaragua, entre otros; y una progresista-pragmática, que mantiene el patrón de mercado, pero que rescata ciertos principios izquierdistas, entre la que se puede incluir a Brasil, Uruguay, El Salvador y Chile. El resto de países han ido acomodando su alineación con base en distintas consideraciones de orden electoral, comercial y/o estratégico: por un lado allí está Argentina, bajo el liderazgo de los Kirchner que, sin alterar su ordenación capitalista, se ha identificado en varios aspectos con las reivindicaciones del grupo progresista; y por el otro el Perú, que, más allá de su decoración populista en épocas electorales, suele coquetear abiertamente con el gran capital transnacional y con los proyectos estadounidenses⁴.

Dentro de esta dinámica de la geopolítica en América, se hace evidente que Estados Unidos no ha podido readecuar con

4 La ofensiva de los movimientos sociales en América Latina ha cambiado esta parte del continente profundamente. Ya no existe una hegemonía neoliberal, salvo en las élites continentales y algunas fortalezas del conservadurismo (como Bogotá, Lima, México y Santiago de Chile). El nuevo imaginario rebelde, que se vive en sectores amplios de los pueblos americanos, ha dado a luz diversas luchas exitosas, que van desde la movilización contra la privatización del agua en Cochabamba (Bolivia), hasta la caída de presidentes autoritarios ligados a Washington como Gonzalo Sánchez de Losada, Carlos Menen, Alberto Fujimori, Jamil Mahud y Lucio Gutiérrez.

Las movilizaciones han consolidado, además, la presencia de nuevos actores políticos que ya no son posibles de marginalizar o negar, como los indígenas en Ecuador y Bolivia, el Movimiento Sin Tierra en Brasil y el Movimiento de Solidaridad y Justicia Global a escala internacional. Además, el Foro Social Mundial representa una confluencia de diversos movimientos y luchas que no tienen precedentes en función de su amplitud, apertura. Simultáneamente, las crisis ecológica, alimentaria, energética y financiera que el mundo atraviesa, evidencian una renovada crisis del sistema capitalista-neoliberal.

más eficiencia sus estrategias en la región, preocupado como se encuentra en tratar de no perder terreno como potencia gravitante en otras latitudes del planeta. Su empantanamiento en regiones calientes como las de Medio Oriente o la península coreana; la renovada influencia que manifiesta Rusia a nivel global y particularmente en su zona de influencia; la cada vez más fortalecida presencia de China en la extensa franja del pacífico asiático y otras áreas del planeta; todos estos factores generan dificultades en la estrategia de reafirmación hegemónica estadounidense. Son palpables, pues, las dificultades militares y políticas de la potencia en el entorno mundial, lo que de alguna manera ha debilitado –aunque no anulado- en los años recientes su política intervencionista de otras épocas, particularmente en Latinoamérica, cuando por la fuerza entronizaba gobiernos condescendientes.

Claro que no hay que soslayar que en nuestra región aún siguen en plena vigencia ciertos programas maestros de la política norteamericana, como el Plan Colombia y la instalación de bases militares en algunos de sus países amigos. El apoyo de la Casa Blanca a las tendencias de derecha o liberal-autoritaria nunca ha dejado de estar presente, como lo demuestra el derrocamiento del presidente Zelaya en Honduras, con clara intervención de la CIA, o el del presidente Fernando Lugo en Paraguay. La Asociación de Libre Comercio para las Américas (ALCA) no terminó de concretarse, pero se siguen concertando acuerdos comerciales bilaterales entre Estados Unidos y una serie de países de Sur América, así como se continúan fortaleciendo pactos comerciales librecambistas como el regional Alianza del Pacífico o el global TPP, cuya visión va más allá del territorio americano.

En otras palabras, Washington sigue tratando de preservar su liderazgo en el resto de América, pero indudablemente,

se ha creado una dicotomía entre las conspicuas estrategias imperialistas y los posicionamientos de una serie de países en América Latina que han dado por adoptar agendas soberanas y flexibles. El Brasil de Lula y Rousseff, el Uruguay de Tabaré y Mujica, o la Argentina de los Kirchner, si bien es cierto siguen inscritos en la dinámica financiera y comercial de occidente, sin embargo han marcado bien la línea que los separa de aquellos gobiernos condescendientes con las acciones neocolonialistas. La nación carioca, una de las siete economías más grandes del mundo, ha demostrado que desea continuar su senda hacia el desarrollo sin el apadrinamiento de nadie, por lo que maneja su interdependencia económica y política. En el caso de Argentina en algunos momentos se muestra poco afecta a reverencias, al igual que sucede con las políticas gubernamentales de Uruguay, en una posición que de alguna manera ha prendido en algunas otras naciones.

Pero, por encima de este sector al que, en el argot diplomático, lo podríamos catalogar como auto deliberante, existe aquel bloque de países que han tomado una clara opción de ruptura con la tutela norteamericana. Este sector, encabezado por Venezuela, y con la ideológica y siempre notoria participación de Cuba, está conformado además por Bolivia, Ecuador, Nicaragua y algunos países centroamericanos y caribeños. Todos ellos, cada uno con su propia especificidad, está tratando en la actualidad de empujar acciones como las de aligerar el dogal de la deuda, de retomar la propiedad y el control de sus recursos naturales, de asegurar sus programas sociales de alimentación, salud y educación, de restaurar su soberanía ante las agendas norteamericanas y europeas.

En esa visión soberanista se han ido configurando institucionalidades como la Alternativa (luego llamada Alianza) Bolivariana para América (ALBA), abiertamente

antiestadounidense, la Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR), que aglutina a los países sureños, o la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), que nace como una seria alternativa a la Organización de Estados Americanos (OEA), organismo acusado de estar comprometido con Washington. Adicionalmente, algunos de estos países se han ido integrando al MERCOSUR, tratado comercial que rompe el croquis aperturista pro norteamericano, y que se ufana de estar integrado por el 53% de la población latinoamericana y caribeña, con un PIB acumulado de 3,3 billones de dólares. En todo caso, es evidente que ya las nacionalidades del continente no están propensas a las incondicionalidades que mantuvieron los gobernantes en la época de la Guerra Fría.

Los Estados Unidos de América habían venido propugnando en el continente la Asociación para el Libre Comercio de las Américas, ALCA, una unidad comercial en la que los bienes y servicios circularan libremente por todos los países de la región. Algo similar ya habían logrado instalar en Norte América en 1992-94: el TLCAN (Tratado Libre Comercio de América del Norte) -NAFTA por su siglas en inglés- tratado comercial adoptado junto con Canadá, su primo menor, y México, la segunda nación Latinoamérica, tanto en población como en PIB, además de gran proveedora petrolera de los otros dos miembros. Según los promotores del TLCAN, esta experiencia, hizo que, en los siguientes quince años, el comercio entre sus socios se duplicara, aumentaran las inversiones y se efectuaran múltiples eventos de intercambio cultural y diplomático.

Pero, es evidente que, de toda esta actividad, México no ha sido el más beneficiado. Para financiar la infraestructura que exigía el TLCAN, se emprendió en desinversiones estatales, endeudamiento y alto gasto fiscal. El creciente déficit de la cuenta corriente y la devaluación flotante provocaron pánico y



una consiguiente fuga de dólares que vació la reserva monetaria, corrida financiera que se proyectó a nivel internacional en lo que se conoció como Efecto Tequila. En los años siguientes, a pesar del aumento del comercio, ha sido notoria la debilidad de su balanza comercial y el desmantelamiento de la industria interna del país latino, que se han expresado en la disminución de los ingresos reales y en el aumento de la pobreza⁵.

Ante estas realidades vividas por México, las fuerzas de izquierda latinoamericanas, encabezadas por los gobiernos de Cuba y Venezuela, se opusieron frontalmente al ALCA, y en contrapartida propusieron la Alternativa Bolivariana para América (ALBA), alianza regional que pone énfasis en la lucha contra la pobreza y la exclusión, y que se oficializa en el 2004⁶. Los enunciados de los países integrantes de este organismo, a favor del movimiento bolivariano y de la doctrina Socialismo del siglo XXI, crean un marco ideológico afín con China Popular, lo que le permite a la potencia asiática ingresar al continente americano, a disputar los distintos espacios, hasta ese entonces ocupados por los Estados Unidos.

Posteriormente, la confluencia de otros países dentro de misma tendencia de soberanía y nacionalismo fueron dándole forma a otra asociación inter regional, de mayor cobertura y

5 Entre 1994 y el 2000, los años posteriores al TLCAN, el PIB per cápita mexicano creció apenas en un 1,7%, las remuneraciones medias reales bajaron un 2,6%, y se ampliaron las diferencias sociales con un nivel de pobreza que llegó a cubrir a casi el 50% de la población. En los siguientes años, con la irrupción de China el déficit comercial del país ha sido una constante, y varios indicadores sociales como el empleo y la seguridad social se han deteriorado.

6 El ALBA es un tratado regional implementado desde el 2004 entre varios países latinoamericanos opuestos a la Asociación de Libre Comercio ALCA planteada por Estados Unidos. El ALBA se fundamenta en mecanismos que aprovechen las ventajas comparativas y cooperativas de sus países miembros y, bajo una óptica de izquierda, coadyuvan a la reducción del subdesarrollo y la pobreza de los pueblos americanos.

consenso: la Comunidad Latinoamericana y Caribeña (CELAC). Este organismo, creado formalmente en febrero del 2010 en Playa del Carmen (Méjico), se considera un resultado de los objetivos que persiguieron en su momento el Grupo de Rio y la Cumbre de América Latina y el Caribe CALC. La CELAC está integrada por 33 países de sangre latina –es muy decidora la exclusión en ella de Estados Unidos y Canadá- que totalizan un PIB (PPA) de casi 8 billones de dólares, un territorio de más de 20 millones de kilómetros cuadrados y una población que supera los 600 millones de personas (tabla 3.3). Sus principales postulados apuntan a la integración y el desarrollo de los pueblos latinoamericanos y caribeños.

Dentro de estas redefiniciones geopolíticas, y para tratar de restaurar su lesionada hegemonía, la Casa Blanca ha tratado de esbozar una agenda más efectiva para la región, contando para ello con la anuencia de los gobiernos con los que está más emparentada. En ese propósito, El presidente Obama decide enviar a Hilary Clinton, su secretaria y delfín político, de gira por Suramérica, para revisar el escenario político y tratar de recuperar los terrenos perdidos. Bajo esa misma estrategia de hacer sentir su músculo en la región, se adoptan varias acciones de cooperación social-militar como el desembarco en Haití de tropas para asistir a las víctimas del terremoto; el envío a Costa Rica de buques de guerra, helicópteros, aviones de combate, y miles de marines, para reforzar la seguridad en la zona; la apertura de siete bases castrenses en Colombia, y la reapertura de la IV flota militar

Sin embargo, varios eventos sucedidos posteriormente, han deteriorado, si se puede aún más, la imagen de paladines de la democracia y la libertad que siempre se han empeñado los Estados Unidos en presentar ante el mundo. Entre ellos están las revelaciones de la página *wikileaks* sobre los métodos poco

limpios utilizados por Washington para secuestrar y reprimir a sus opositores políticos en el mundo. Hay otros asuntos en los que Washington también evidencia su penoso liderazgo, como son el descalabrado manejo de la guerra civil en Siria, las costosas retiradas en Afganistán, Libia e Irak, el apoyo a varios regímenes árabes que han cometido actos de barbarie contra su pueblo, el estancamiento del conflicto de Ucrania que enfrenta a occidente con Rusia, la oscura y abusiva incursión en territorio de Paquistán para terminar con la vida de Osama Bin Laden, las espectaculares acciones antioccidentales de grupos extremistas como el Estado Islámico (ISIS), Al Nusra y Boko Haram, y el acuerdo con Irán sobre energía nuclear, que le han traído fricciones hasta con su incondicional Israel.

Otro traspies de la desacertada política de Washington, con efectos de imagen similares a los anteriores, también fue la divulgación por parte de Eduard Snowden, ex agente de la CIA y la DNA, de una red mundial de espionaje que involucraba no solo a contradictores de Washington, sino también a algunos sus presidentes aliados que, para guardar la figura, tuvieron que presentar sus protestas. Y en lo relacionado a nuestro continente también ha habido temas pesarosos, como el episodio del maltrato al presidente Evo Morales, a quien varios gobiernos europeos pro estadounidenses impidieron el aterrizaje de su avión, lo cual provocó duras reacciones de la casi totalidad de los mandatarios latinoamericanos. A ello se suman otros puntos siempre cuestionados, pero siempre irresolutos, como el mantenimiento de centros de investigación y tortura en varios lugares, el maltrato a los migrantes, la desidia en el combate al narcotráfico. Y además, por si fuera poco, todo el largo historial de intervencionismo y descomendimiento a la soberanía de otras naciones, que ha demostrado Estados Unidos a lo largo de la historia y en todo el planeta.

Toda este cumulo de tropezones en la gestión diplomática y política de la Casa Blanca, ha venido desnudando las limitaciones estratégicas, las contradicciones militaristas y la desatinada geopolítica global de la potencia americana, lo cual definitivamente le ha ido haciendo perder respeto y credibilidad. No se trata de desconocer el poder que aún mantiene Estados Unidos en el planeta pues, sin duda, sigue siendo líder en la economía y en el campo tecnológico y militar. Pero es innegable que su estancamiento en varios conflictos diplomático-militares, a lo que se suma la recurrente fragilidad de su sistema financiero y la creciente debilidad de sus relaciones comerciales, le han restringido o, al menos, eso es lo que da la impresión- de continuar con la misma prepotencia su tradicional política de intervención en Latinoamérica y en otras regiones.

En resumen, para nadie representan un secreto las desavenencias mantenidas entre la administración estadounidense y varios de los gobiernos latinoamericanos desde un buen tiempo atrás. De allí que el pensamiento político que en mayor o menor intensidad fue tomando fuerza por los senderos de Latinoamérica, ha tenido un cariz cada vez más refractario al poder encaramado en la potencia del norte. Emulando a los movimientos contestatarios que causaron impacto por los años setenta y ochenta, el mensaje que entre fines del siglo XX y comienzos del XXI ha sonado fuerte en los distintos colectivos sociales, ha apuntado contra los resabios de colonialismo y neocolonialismo. Para ello, se han utilizado los recursos de nuevo cuño, como son las redes sociales y las nuevas tecnologías para promover nutritas y persistentes manifestaciones, movimientos antiglobalización, y las más diversas formas de organización espontánea a partir de las cuales se han concretado las denominadas cumbres sociales, y varios de los foros mundiales más combativos, como el de Sao Paulo, Los Indignados, o el de la propuesta de la V Internacional.

3.4 Las economías emergentes

En este tornadizo paisaje de la geopolítica y la economía mundial, una referencia que se torna ineludible es sobre las características de la evolución de ciertas naciones denominadas emergentes. Entre estas economías, que han causado gran ruido por su notable ritmo de crecimiento y su particular forma de desarrollo, se destacan China y la India.

La República Popular de China es el país de mayor población del planeta, 1 450 millones de habitantes a la actualidad. Su economía durante dos décadas y media ha crecido a ritmos espectaculares, con lo que en términos relativos ha pasado a constituirse en la mayor del mundo, superando ya a la de Estados Unidos (tabla 3.4). Su comercio, apoyado en sus bajos costos de producción –por su mano de obra barata– y su alta competitividad cambiaria, se ha multiplicado y extendido por casi todas las latitudes: para el 2008 su volumen comercial ya superaba los 2,6 billones de dólares. En el 2009, China se había ya convertido en el primer exportador mundial con una cuota, para ese año, del 10%, superando a Alemania y a Estados Unidos, con el 9% y el 8% respectivamente (Osvaldo Rosales, Mikio Kuwayama. CEPAL, 2012). El consecuente fortalecimiento de sus reservas internacionales, hizo que para el 2009 estas alcanzaran los 2,6 billones de dólares –el 27% del total mundial de reservas– desplazando al Japón, que hasta ese entonces ocupaba el primer puesto en ese ámbito, y convirtiendo a China en un poderoso financiador de países, tanto en vías de desarrollo como desarrollados.

Entre los que han acudido al crédito de China, a causa de sus problemas de déficit en su cuenta corriente, se encuentra Estados Unidos: así, para el 2010, China tenía inversiones en títulos del Tesoro estadounidense y en bonos de la zona euro de

dólares por un valor de 1,5 billones de dólares, superando a los bonos en poder de Japón. Aparte de sus inversiones en varios estados, también el país asiático ha hecho importantes compras de acciones y títulos en varias compañías transnacionales (en el capítulo 7 se detallan más ampliamente estas operaciones). Para todos estos negocios China Popular ha contado con varios organismos de financiamiento y planificación, que además se han encargado de efectuar acercamientos de carácter geopolítico y estratégico en varias regiones del planeta. En ese sentido, China no duda en participar en operaciones de inversión directa, acuerdos de cooperación comercial, créditos por la entrega a futuro de petróleo, o en préstamos abiertos, en algunos casos otorgando mejores condiciones para los países orbitales que los que conceden otros fondos internacionales. La mayor parte de las inversiones que inicialmente han fluido desde China habían tenido como principal destino la zona del resto de Asia y El Pacífico (un 78% hasta el 2009). Pero en años recientes esas inversiones, al igual que el comercio se han introducido vigorosamente en la Unión Europea, África, y América Latina y El Caribe.

En lo referente a Latinoamérica, cuyo comercio en el año 2000 era de apenas 10 000 millones de dólares, para el 2009 se había incrementado a casi 200 000 millones (Osvaldo Rosales, Mikio Kuwayama. CEPAL, 2012). Su comercio con Brasil, la economía más grande de la región, durante los últimos años ya sobrepasó al de este país con Estados Unidos. Las naciones latinoamericanas venden básicamente sus recursos naturales y compran manufactura del país asiático, en una especie de reedición de las tradicionales formas de comercio.

En gran medida los productos chinos han entrado a competirle mercado a la producción tanto de Estados Unidos como de las otras naciones de mayor desarrollo en el sector manufacturero.

En el caso de los países especializados en la exportación de bienes primarios, como petróleo, hierro, soya, azúcar, se han firmado importantes contratos con China, a lo que se suman los acuerdos de crédito que van ligados con convenios de inversión en infraestructura y otras ramas.

Entre este grupo de naciones que han emergido con fuerza en el ámbito mundial, se encuentra también la India. Esta otra nación asiática mantiene una presencia más discreta, sin embargo sus registros son casi tan sorprendentes como los de su vecino oriental. Con sus más de 1 200 millones de habitantes es el segundo país más poblado del mundo, y es también el séptimo en extensión geográfica.

Su sostenido crecimiento, que casi llega a emular al de China, ha llevado a que su PIB (PPA) sea el tercero más alto del mundo, al haber alcanzado en el 2014 los 7,28 billones de dólares. Cuenta con instituciones financieras y de inversión que juegan fuerte en el contexto internacional, con una gran diversidad de industrias y servicios modernos y, como si fuera poco, posee el tercer ejército más grande del mundo y es una potencia nuclear.

Ya desde las décadas de los setenta y ochenta, la aplicación de un modelo planificador, proteccionista y de diversificación productiva, aplicado al calor de ciertos envites socialistas, había fortalecido su aparato industrial; y la *revolución verde*, había logrado expandir la producción agrícola hasta el punto de llegar a abastecer cierta demanda externa. Pero estos avances empezaron a quedar cortos frente a los nuevos y mayores requerimientos de consumo de una creciente masa poblacional que se empezaba a acumular en los centros urbanos. En los años noventa, después de capear una ruinosa crisis, el gobierno indio decide aplicar un plan de reformas tomando como referencia a

los tigres del sudeste asiático⁷.

Las estructurales reformas, que actuaron dando flexibilidad en los sectores del comercio externo, privatizaciones, infraestructura, apertura a las inversiones, sistema financiero, entre otros, tuvieron resultados positivos, haciendo acelerar el crecimiento del país, que llegó a bordear el 7% anual desde fines del siglo XX. A partir de allí el comercio externo también ha crecido significativamente, alcanzando tasas del 6% anual. Pero lo más notable ha sido el auge de su sector servicios, que ha llegado a constituir el 54% de su economía. Pero, sin desconocer estos logros, es necesario indicar que la sociedad india todavía acusa enormes trabas sociales, seguramente debido a la carga social que implica su enorme población. Su ingreso per cápita (PPA) solo alcanza los 6 000 dólares, por debajo del estándar de los países en desarrollo, y si se lo calcula en términos nominales apenas llega a 1 016 dólares, uno de los más bajos en la lista mundial. Los niveles de pobreza fueron reducidos del 60%, en 1981, al 42%, en el 2005, pero siguen siendo altos dentro del entorno. Esto se refleja en una serie de problemas como enfermedades endémicas, malnutrición, hacinamiento, insuficiente protección social, etcétera. Informes del Goldman Sachs estiman que de 2007 al 2010 el PIB per cápita de la India se cuadriplicará, pero que la India “seguirá siendo un país de bajos ingresos durante varias décadas, con ingresos per cápita muy por debajo de sus otros compañeros del BRICS” 115.

⁷ Se conoce como tigres o dragones asiáticos al grupo de países del Asia sudoriental, integrado inicialmente por Taiwán, Hong Kong, Singapur y Corea del Sur que, merced a la aplicación de reformas que combinan estricta planificación estatal con libre mercado y apertura a los capitales, lograron salir de la pobreza y alcanzar sorprendentes niveles de crecimiento económico y tecnológico, entre las décadas de los ochenta a los noventa. Su patrón de crecimiento ha sido emulado por otros países de la zona, así como de otros continentes

Entre estas economías que juegan fuerte en la cancha planetaria también se ha destacado el Brasil. En área total es el quinto país más grande del mundo, y cuenta con una población de más de 200 millones de habitantes. Su PIB (PPA) que para el 2014 alcanzó los 3 072 billones de dólares según el FMI, se ubica en el puesto siete a nivel global, y en segundo lugar a nivel de América, solo superado por los Estados Unidos. Su crecimiento tuvo una fuerte aceleración, sobre todo desde que se implementaron varias reformas a comienzos del siglo XXI. Pero, en el 2014 y 2015, su sobrecalentada economía ha tenido tropiezos, sin duda vinculados a la crisis global, que le han provocado protestas sociales, que se suman a una serie de complicaciones políticas internas.

Dentro de este grupo de naciones que no integran el bloque de las potencias occidentales, pero que por su tamaño y economía tienen un importante peso mundial, siempre es necesario referirse a la república de Rusia. La Federación Rusa cuenta con el territorio más extenso del planeta, y por lo tanto con importantes recursos de hidrocarburos, metales y madera. Su PIB (PPA) para el 2014 alcanzó los 3,58 billones de dólares, ubicándolo como la quinta economía mundial. El poderío político y económico que tenía cuando formaba parte de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) se vino abajo a raíz de la disolución de la superpotencia socialista. Su PIB se vio reducido casi a la mitad; pero al comenzar el siglo XXI, los altos precios del petróleo, aumento de la inversión y el desarrollo de importantes obras de infraestructura han conseguido hacer recuperar su PIB. Aunque su sistema económico ha retomado el libre mercado, sin embargo sigue siendo considerada como la heredera de todas las conquistas sociales y materiales de la URSS, y aún posee importante infraestructura militar y nuclear, por lo que no deja de infundir respeto en el resto del mundo.

3.4.1 El BRICS

Debido a sus puntos de vista comunes sobre la problemática internacional, y a ciertas similitudes en su evolución económica, tanto la China Popular como la India decidieron conformar un bloque junto a otras naciones también consideradas como de gran peso entre el grupo de las emergentes. Nace así el BRIC, integrado desde sus primeras reuniones en el 2006 por los dos titanes asiáticos y por Rusia y Brasil, y al que se adhiere Sudáfrica en el 2011 (por lo que se le añade la S). La indudable importancia de este bloque radica en que sus miembros cuentan con economías ascendentes y altos niveles de comercio, han logrado importantes avances en la reducción de la pobreza y aglutinan un mercado que abarca a más del 40% de la población mundial. Según el banco Mundial, para el 2009 los cuatro miembros iniciales sumaban un PIB de 17,57 billones de dólares, lo que lo convierte en el mayor bloque económico del planeta.

Según estimaciones efectuadas por un equipo de técnicos globales de Goldman Sachs, este organismo supranacional podría llegar a alcanzar, en el 2025, un peso del 30% de la economía global. Calculan que en ese año, en estos países habrá cerca de 6 000 millones de personas cuyo ingreso anual per cápita estará por encima de 25 000 dólares, lo cual generará una gran demanda no solo de productos básicos sino de mercancías calificadas y onerosas. Se da por descontado que las empresas multinacionales intentaran aprovecharse del enorme mercado de los BRICS a través de inversiones y estrategias comerciales.

Aunque los miembros del BRICS han optado por empujar un desarrollo sustentado en el mercado, no podría decirse que su política es de alineación con el capitalismo occidental. Sobre todo los gobiernos de Rusia, India y Sudáfrica, han

mantenido su tradicional circunspección ante occidente –en el caso ruso ha llegado hasta a una radical confrontación- y se han resistido a plegarse a sus manejos geopolíticos. Brasil, el gigante latinoamericano, desde su despegue económico ha tenido gobernantes de izquierda, que no han ocultado su natural rivalidad con Washington en el continente. Y China es una nación declarada comunista. Esa es una buena razón, que explica porque no han prendido las propuestas de incorporar al bloque a países como México y Corea del Sur, cuya potencial económico los califica para su admisión, pero que, en contrapartida, tienen una evidente alineación pro estadounidense. En cambio la incorporación de Argentina está siendo bien vista por varios de los miembros del BRICS.

Algunos críticos del concepto de BRICS afirman que este no termina por definirse como un grupo homogéneo y de liderazgo frente a los tradicionales poderes mundiales, y que, por último, ni siquiera plantea una nueva alternativa de desarrollo capitalista, sino que continúa el modelo estadounidense. Por otro lado, destacan la debilidad de algunos de sus miembros. Así, en el caso de Brasil, se cuestiona eso que han dado por llamar un “crecimiento excepcional”. Y es que durante el período de ocho años del presidente Luis Ignacio Lula da Silva (2002-2010), el país creció menos que cualquiera de los integrantes del grupo BRIC y aún menos que el promedio de América latina, con un ritmo inferior al de países como Argentina,

Chile, Uruguay, Colombia, Venezuela y Perú y solo por encima de México.

Otra crítica que se le hace a esta alianza de emergentes es la subestimación del crecimiento del PIB en China durante los próximos años, pues es muy posible que ante las cambiantes condiciones económicas y comerciales el crecimiento del

país esté por debajo de los niveles mantenidos desde hace dos décadas. Hay muchas incertidumbres y supuestos en la tesis BRICS que dan a entender que estos cuatro países no podrían cumplir con las expectativas. La preeminencia de China e India como países importantes de la fabricación con un potencial sin desarrollar todavía ha sido extensamente reconocido; pero algunos comentaristas indican que la displicencia de China y de Rusia hacia el respeto de los derechos humanos y la democracia podrían también constituirse en un problema a futuro, al igual que la posibilidad de conflicto intenso con Taiwán en el caso de China.

Si bien los países del BRIC tienen poblaciones grandes, el nivel adquisitivo de estas sigue siendo muy bajo, pese al notable crecimiento nacional, especialmente en India y China. Esto impide un progreso integral, limita las finanzas de gobierno, aumenta el malestar social y restringe el desarrollo potencial del mercado doméstico. Además las naciones están siempre sometidas a factores difíciles de predecir y controlar tales como conflictos internacionales, malestar civil, malas políticas, brotes de enfermedades, que podrían tener un efecto nocivo en su desarrollo. Y, por último –y no por ello menos importante- el auge económico del BRICS augura consecuencias imprevisibles para el medio ambiente global. De hecho, varios de los analistas de los problemas ecológicos concluyen que, dado el nivel de tecnología actual, hay un límite finito en cuanto a lo que se pueda desarrollar el BRICS, antes de exceder la capacidad de la economía global y del ambiente para sostenerlo.

Tabla 3.1 Gobiernos Militares Neoliberales en Latinoamérica

País	Gobierno	Periodo
Argentina	4 Juntas Militares presididas por Videla, Viola, Galtieri, Bignoni, respectivamente.	1976-1983
Brasil	Castello Branco, Costa e Silva, Medici, Geisel, Figueiredo.	1964-1985
Bolivia	Hugo Banzer (1er gobierno)	1971-1978
Chile	Junta Militar, Augusto Pinochet	1973-1989
Paraguay	Alfredo Stroessner	1954-1989
Uruguay	Consejo de la Nación, J.M. Bordaberry. P. Colorado y P. Blanco	1973-1984

Fuente: Enciclopedia Contemporánea de América Latina y El Caribe

Tabla 3.2 América Latina y El Caribe*. Pobreza e indigencia en el periodo 1980-1986-1989

Pobreza		Indigencia		
1980	1986 (proyección)	1989 (proyección)	1986 (proyección)	1989 (proyección)
<i>Miles de personas</i>				
135,900	170,200	183,000	62,400	81,400
<i>Porcentajes</i>				
41	43	44	19	21
<i>Porcentajes</i>				
			21	21

Fuente: Revista de la CEPAL. Santiago de Chile, agosto de 1990, No. 141

* Incluye Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile, Ecuador, El Salvador, Haití, Honduras, Guatemala, México, Nicaragua, Paraguay, Panamá, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela,

Tabla 3.3 Población total de Latinoamérica y El Caribe por países. 1980 – 2020

Países	1980	1985	1990	1995	2000	2005	2010	2015	2020
América Latina									
Argentina	28 121	30 342	32 627	34 836	36 906	38 652	40 370	42 119	43 774
Bolivia (Estado Plurinacional de)	5 369	5 984	6 695	7 517	8 362	9 209	9 995	10 746	11 476
Brasil	121 738	136 220	149 645	161 888	174 506	186 146	195 153	202 956	209 474
Chile	11 193	12 127	13 214	14 441	15 455	16 339	17 149	17 889	18 535
Colombia	26 935	30 078	33 308	36 575	39 900	43 187	46 448	49 633	52 663
Costa Rica	2 348	2 699	3 079	3 478	3 930	4 320	4 669	4 978	5 239
Cuba	9 835	10 097	10 601	10 932	11 139	11 293	11 298	11 281	11 232
Ecuador	7 926	8 981	10 148	11 349	12 567	13 802	15 018	16 268	17 481
El Salvador	4 661	5 004	5 344	5 748	5 959	6 073	6 218	6 405	6 619
Guatemala	7 001	7 920	8 890	9 984	11 204	12 678	14 334	16 158	17 992
Haití	5 692	6 389	7 110	7 838	8 578	9 261	9 884	10 510	11 114
Honduras	3 636	4 238	4 904	5 592	6 236	6 899	7 619	8 378	9 103

Fuente: CEPALSTAT/BADEINSO. Base de estadísticas e Indicadores Sociales en línea de CEPAL. Información proporcionada por el Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CEPAL), División de Población de la CEPAL, revisión 2012. Base de datos población y Naciones Unidas, Departamento de Economía y Asuntos Sociales, División de Población Mundial, revisión 2012. Base de datos de población.

Tabla 3.3 Población total de Latinoamérica y El Caribe por países. 1980 – 2020 (Cont.).

Países	1980	1985	1990	1995	2000	2005	2010	2015	2020
Méjico	70 359	77 461	85 318	94 505	101 720	108 391	115 301	121 835	127 230
Nicaragua	3 250	3 710	4 138	4 659	5 101	5 455	5 813	6 236	6 627
Panamá	1 989	2 232	2 486	2 756	3 053	3 364	3 676	3 989	4 297
Paraguay	3 199	3 704	4 250	4 802	5 350	5 904	6 458	6 993	7 494
Perú	17 329	19 525	21 776	23 943	26 004	27 728	29 272	30 994	32 708
República Dominicana	5 773	6 463	7 175	7 898	8 575	9 246	9 907	10 539	11 125
Uruguay	2 916	3 012	3 110	3 224	3 321	3 325	3 373	3 430	3 494
Venezuela (República Bolivariana de)	15 097	17 323	19 741	22 092	24 408	26 726	29 039	31 267	33 359
América Latina	354 366	393 507	433 559	474 059	512 274	547 997	580 993	612 604	641 038
El Caribe	9 683	10 235	10 625	11 098	11 505	11 799	12 049	12 300	12 525
América Latina y el Caribe	364 150	404 329	445 203	486 345	526 278	562 546	596 191	630 089	661 724

Fuente: CEPALSTAT/BADEINSO. Base de estadísticas e Indicadores Sociales en línea de CEPAL. Información proporcionada por el Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), División de Población de la CEPAL, revisión 2012. Base de datos población y Naciones Unidas, Departamento de Economía y Asuntos Sociales, División de Población. Panorama de la Población Mundial, revisión 2012. Base de datos de población.

Tabla 3.4 Posición mundial de las principales economías del mundo de acuerdo al PIB Paridad Poder Adquisitivo (PPA) y al PIB (precios corrientes). En miles de millones de dólares.

PIB Paridad Poder Adquisitivo (PPA)* 2014		PIB Precios Corrientes ** 2009	
1	China	17 632	14 256
2	Estados Unidos	17 416	9 104
3	India	7 277	4 138
4	Japón	4 788	3 752
5	Alemania	3 621	2 984
6	Rusia	3 588	2 687
7	Brasil	3 072	2 257
8	Francia	2 586	2 172
9	Indonesia	2 544	2 020
10	Reino Unido	2 434	1 922
11	México	2 143	1 540
12	Italia	2 065	1 496
13	Corea del Sur	1 789	1 324
14	Arabia Saudí	1 651	1 280
15	Canadá	1 578	1 040
BRIC		31 569	17 564
América Latina y el Caribe		América Latina y el Caribe	
Unión Europea		Unión Europea	
Mundo		106 971	72 537

Notas de la tabla: * El PIB (PPA) mide la producción de cada país calculando la variación producida en el poder adquisitivo de su moneda por la inflación (índice de precios), y descontándola al convertir el valor del PIB a dólares. ** El PIB a precios corrientes es el que se mide de acuerdo al valor nominal de las monedas de cada país, convirtiéndolo en dólares de acuerdo al tipo de cambio oficial. A: Se incluye a Brasil, Rusia, India y China.

Fuente: Banco Mundial (2010). World Development Indicators (WDI).

Capítulo 4

China, el resurgir del dragón

Rosa Hinojosa Dazza de Leimberg y Luis Cortez Alvarado

4.1 La primera potencia económica

Hablar de economía en el mundo ya no es posible si no se habla de China. De acuerdo a datos actualizados por el FMI hasta el 2014, el PIB de la República Popular de China, medido en términos de la PPA (Paridad Poder adquisitivo)¹, alcanzó los USD17.63 billones (a precios corrientes su PIB es de 14 billones de dólares). Considerando que el PIB (PPA) de Estados Unidos para el mismo año fue de 17,1 billones de dólares, esto significa que el gigante asiático, que constitucionalmente se declara comunista, ya ha arrebatado a la primera potencia capitalista, el privilegiado puesto de primera economía del planeta, que detentaba desde 1872 (Gonzalez, 2014).

Esta investidura ya se la podía pronosticar, sobre todo si se considera la alta y sostenida expansión económica iniciada

1 La medición del PIB con base a los Precios Paridad Adquisitiva (PPA) toma en cuenta el índice de precios experimentado en un país, durante el periodo analizado y lo descuenta al hacer la conversión de su moneda en dólares, lo que le da mayor rigurosidad al cálculo de ese indicador. En cambio la medición nominal solo toma en cuenta la relación cambiaria entre la moneda del país y el dólar, y calcula el PIB sin incluir la respectiva inflación. Aunque se usan los dos indicadores, se considera que el método PPA refleja de mejor manera la realidad económica de un país.



por el país desde finales de los años ochenta. Desde 1995, su promedio de crecimiento anual fue del 10,5%, con picos del 14,5%, permitiendo salir de la pobreza a 650 millones de personas (su reciente desaceleración ha sido explicada en las nuevas estrategias de desarrollo de los líderes de la China Popular, como veremos más adelante). Este crecimiento ha estado sustentado en su agresiva y aperturista política externa que ha ido expandiendo su peso comercial a ritmos acelerados, al punto que para el 2009 sus exportaciones ya abarcaban el 11% de las exportaciones mundiales (tabla 4.1). Las estimaciones para el 2014 hablan de un comercio de 4 billones de dólares. Según el documento *China y América latina y el Caribe*, publicado por la CEPAL (Osvaldo Rosales, Mikio Kuwayama. CEPAL, 2012), que formaliza la información hasta el 2009, este impetuoso desarrollo le permitió acumular reservas internacionales, que para ese año ya alcanzaban los 2,6 billones de dólares, superando largamente al Japón, segundo poseedor de divisas, con 990 000 millones de dólares.

Tradicionalmente, más de un tercio de las exportaciones chinas han tenido como destino sus vecinos de Asia: India, Japón, Taiwán, Corea y países de la ASEAN. Pero tomando como referencia el año 2009, los mercados de Estados Unidos, la Unión Europea y América Latina y el Caribe han venido aumentado su importancia para el país, representando un 18%, un 20% y un 5%, respectivamente. Sin embargo, en lo referente a las importaciones chinas -cercanas a los 1,13 billones de dólares en el 2008- los dos primeros destinos no han sido tan relevantes, pues sus porcentajes de participación han bordeado el 8% y el 13%, respectivamente, lo que ha resultado en un saldo comercial altamente superavitario para China (tabla 4.2).

El peso del comercio de China dentro del área latinoamericana no ha sido tan alto, pero este se ha venido incrementando a

ritmos muy acelerados, que superan el 23% anual, aunque en los últimos años este se ha desacelerado. Las importaciones llegadas desde China a América Latina y el Caribe han estado usualmente en alrededor de un punto por encima de las ventas, lo que configura un déficit para nuestra región. Estimando que para el 2015 el comercio chino habrá superado los 4 billones de dólares, se calcula que para esa fecha el comercio con América Latina y el Caribe, no estará por debajo de los 300 000 millones de dólares.

En cuanto a las reservas internacionales chinas, alimentadas permanentemente por su vigoroso comercio, para el 2015 se estima que estarán en alrededor de los 4 billones de dólares. Esto ha transformado al país en un gran consumidor y, al mismo tiempo, en importante surtidor de recursos económicos para el resto del mundo. Sus créditos e inversiones cubren desde las naciones más pobres hasta las grandes potencias. Estados Unidos es uno de los que más ha debido recurrir a las fuentes chinas con el objetivo de cubrir su déficit fiscal que en el 2010 era de más de 470 000 millones de dólares, y que tuvo que ser financiado en un 65% por el país asiático.

Para ese mismo año, la Administración Estatal de Moneda Extranjera de China (SAFE), organismo a cargo del estudio de mercados de inversión, había efectuado colocaciones en títulos del Tesoro Estadounidense por 884 000 millones de dólares, y en bonos de la zona euro por 630 000 millones de dólares. Del total de bonos de deudas a corto y largo plazo y de acciones estadounidenses, que alcanzaron los 9,7 billones de dólares en el 2010, el 15% (1,5 billones de dólares) estaban en manos de China, superando en tenencia al Japón. Dentro del ámbito privado, la SAFE ha adquirido cuotas variadas de participación en empresas extranjeras como Royal Dutch Shell, BP, Barclay, Tesco y RBS. En el 2009, durante el primer semestre, efectuó

adquisiciones por 14 700 millones de dólares, y en el segundo semestre, 18 800 millones de dólares. En esa misma línea, existe otra entidad, la China Investment Corporation, que tiene a su cargo la colocación en fondos soberanos por 300,000 millones de dólares, y que ha efectuado operaciones diversas y de notable valor en distintos destinos del extranjero.

Existen además los bancos Development Bank of China (Banco de Desarrollo de China BDC), y el Bank Export-Import of China (Ex-Im de China), que son los que otorgan la mayor parte de los préstamos internacionales. Estas entidades, creadas en 1994 en el marco de las reformas financieras, actúan como herramientas del gobierno que subsidia sus actividades en aras de sus objetivos geopolíticos. De esa manera los otros grandes bancos estatales pueden actuar bajo una óptica comercial, separados del ámbito político, lo cual les obliga a asumir responsabilidades en sus inversiones de riesgo. El BDC, dentro de los planes quinquenales, actúa en áreas de desarrollo eléctrico, construcciones, telecomunicaciones, agricultura e industrias, donde destina las tres cuartas partes de su cartera. El Ex-Im tiene la responsabilidad de otorgar créditos para las exportaciones e importaciones de productos mecánicos y electrónicos, productos nuevos de alta tecnología, además de promover las relaciones y la cooperación económica de China en el extranjero. Pese a esto, y a su visión más bien geopolítica, en la práctica estos bancos también han adoptado una práctica altamente comercial, colocando préstamos a tasas del mercado y cuidando su cartera, lo que les ha proporcionado saludables balances y altas ganancias.

En esta estructura financiera que ha venido construyendo y promoviendo el gobierno chino, destaca también la fundación en el 2015, del Banco Asiático de Inversión e Infraestructuras (AIIB), con la participación de 57 países y un capital inicial

de 50,000 millones de dólares. Esta entidad es considerada por muchos como una seria competidora del FMI y el Banco Mundial, y ha incorporado a potencias europeas tradicionalmente aliadas de los Estados Unidos, lo cual viene a reconfirmar la creciente influencia financiera y geopolítica que ha venido conquistando durante los años recientes y a nivel internacional la poderosa nación asiática.

4.1.1 El Gran Timonel

Durante pasadas épocas, China había sido uno de los países más poderosos del mundo, pero, la intrusión durante el siglo XIX de las potencias de ultramar la convirtieron en una nación colonizada, humillada: las guerras del Opio y la masacre de Nanking², fueron dos cruentos episodios de este sometimiento secular. Durante el siglo XX, a mediados de los años 30, cuando Mao Zedong emprendió su Larga Marcha de liberación al frente del revolucionario Ejército Rojo, el país tenía una economía rural profundamente atrasada, con un enorme campesinado sumido en la miseria y en la adicción al opio, y dominada por una oligarquía corrupta y obsecuente con los intereses del colonialismo inglés y estadounidense. En 1949, Chiang Kai-shek, el jefe máximo de la república hasta ese entonces, huye a Taiwán, y el Gran Timonel –como se conoce a Mao- asume el poder y proclama la República Popular China. Para entonces la población era de poco menos de 550 millones de habitantes; pero a la muerte de Mao esta ya superaba los 900 millones. Durante ese periodo de

² Las denominadas Guerras del Opio fueron dos conflictos bélicos librados con los británicos de 1839 a 1842, y de 1856 a 1860, causados por los intereses de Londres sobre el comercio entre la India y China. La derrota china en ambas guerras al país a las decisiones británicas sobre el comercio del opio, y a la desmembración de Hong Kong. La masacre de Nanking se produjo en 1937, cuando durante dos meses los soldados japoneses asesinaron a cientos de miles de chinos, violaron a siete mil mujeres y quemaron un tercio de las casas de esa ciudad.

casi tres décadas el sector industrial creció espectacularmente y el sector de servicios emprendió un fuerte despegue. De un país feudal y anacrónico, China se había transformado en una nación industrializada, políticamente unificada, y claramente enrumbada hacia el desarrollo. Antes de la liberación de China en 1949, las potencias imperialistas la dominaban. Según todo índice disponible, la economía estaba en el último peldaño de la escala de desarrollo mundial. Reinaban brutales condiciones para los campesinos. China tenía la inflación más galopante de la historia contemporánea, un vasto submundo de gánsteres y sociedades secretas y casi 90 millones de adictos al opio. La vida de las mujeres era un infierno: con los pies vendados, matrimonios arreglados de niñas y prostitución generalizada en las ciudades (Kane Penny, 2004).

La información occidental –que, lógicamente, incorpora sus sesgos ideológicos- ha destacado que el decidido progreso chino se produce a partir de las reformas liberales impulsadas desde fines de 1978 por Deng Xiaoping (quien combatió junto a Mao en la Gran Marcha). Pero, de acuerdo a información proporcionada por el mismo gobierno chino, esto no es tan cierto. Los grandes proyectos de industrialización, el levantamiento de una gran infraestructura productiva, la redistribución de la tierra, y la cancelación de la deuda campesina, aplicados en la primera década del gobierno de Mao Zedong, hicieron que el PNB de la República Popular China, creciera durante ese periodo en porcentajes anuales del 9% al 10%. Paralelo a ese crecimiento desde adentro y hacia afuera, que se sustentaba en un modelo de sustitución de importaciones, el gobierno puso énfasis en el desarrollo del capital humano: la tasa de alfabetización pasó desde un escuálido 15% en que estaba al asumir Mao (en 1949), a un 80-90% al término del liderazgo de este (a mediados de los 70). En ese mismo periodo, la enorme inversión en salud hizo que la esperanza de vida del país se duplicara de 32 años a

65 años, y que la tasa de mortalidad infantil de ciudades como Shanghái llegara a estar por debajo de la de Nueva York (Lotta, 2012) (Kane Penny, 2004).

Sin embargo, estos notables adelantos del país fueron malogrados por El Gran Salto Adelante. Este programa económico, que puso énfasis en la colectivización de la producción agrícola y en la producción masiva desde pequeñas acerías, tuvo resultados negativos, agravados por errores políticos y catástrofes naturales. La imposición de metas productivas difíciles de alcanzar, llevó a que se falseara la producción y se manejaran datos irreales. Al acaparar el estado el *plus valor*, destinado a su vez a la industria pesada, se generó una gran carestía entre la población. Esto desembocó en una gran hambruna que golpeó duramente a la población y al prestigio de Mao Zedong, quien tuvo que alejarse voluntariamente del poder. Pocos años después el líder vuelve a la palestra pública, pero la aplicación de una política de persecución ideológica –que el mismo Mao condenó posteriormente, y de la que se culpa a la Banda de los Cuatro³- terminó por desmerecer las conquistas de la revolución. Al fallecer Mao, el reformista Deng Xiaoping, pasa a dirigir el proceso y la nación (Riskin, 1987).

4.1.2 El color de los gatos no importa.

Es famosa la frase atribuida a Deng Xiaoping “no importa el color del gato, con tal de que cace ratones”. De esa manera el líder chino efectuó una fácil y metafórica definición de las reformas emprendidas en su país al asumir el mando del gobierno, luego de desplazar a Hua Guofeng, el sucesor que había designado Mao antes de su muerte. El pragmatismo y

³ Como la Banda de los Cuatro se denominó a un grupo de influyentes dirigentes chinos, entre los que estaba la propia mujer de Mao, Jiang Quin, que llevaron a cabo una limpieza ideológica conocida como la Revolución Cultural.

realismo del programa impulsado por Deng, en sus propósitos de reinsertar la economía china dentro del capitalismo global, se imponen por sobre los determinantes ideológicos. Se da forma así a un modelo económico al que sus promotores, tratando de no hacerlo chocar con la filosofía oficial, dieron por denominarlo como socialismo de mercado.

Entre las principales características de ese programa estuvieron el reemplazo de la producción cooperativista en las zonas rurales por la producción privada, la liberalización del mercado junto con la apertura a la inversión externa, y la desburocratización y reducción del sector público. (Hernandez, 2012). En una primera etapa las medidas reformistas se concretaron en dos ejes: las Cuatro Modernizaciones y la política de puertas abiertas. Las Cuatro Modernizaciones consistieron en varias medidas en el campo de la agricultura, la industria, el ejército, y la ciencia y tecnología. La reforma agraria implicó la supresión de las comunas, volviéndose a la producción individual pero manteniendo la propiedad en manos del Estado, que podía alquilar las tierras a los campesinos. Se implantó un sistema que daba responsabilidad a las familias sobre diversos temas como el tipo de cultivo a utilizarse. El campesino debía vender cierta cantidad de su cosecha al Estado, a un precio especial previamente fijado, y el resto podía ser comercializado particularmente.

A mediados de los ochenta, se iniciaron las reformas industriales, reduciendo la enorme participación estatal mantenida sobre ese sector, en beneficio de los emprendedores particulares. En esa óptica se tomaron varias medidas de desregulación y flexibilización laboral para incentivar la participación tanto de capitales nacionales como de inversión externa. Así también, se crean las zonas económicas Especiales (ZEE) buscando integrar los productos, procesos y empresas

con todo el aparato productivo, y vincularlos con los mercados manufactureros globales. A través de mecanismos como los *joint-ventures* entre el Estado y diversas multinacionales se asienta definitivamente en el país un gran complejo industrial. A lo largo de los años noventa, prevalido de su mano de obra barata y del control sobre su tipo de cambio, el gobierno empieza a reorientar su desarrollo sobre la base de las exportaciones manufactureras. Paralelamente se había promovido el perfeccionamiento tecnológico, con base en la elevación cualitativa de la educación, las ciencias y la cultura. Se promovió, además, la implicación del Ejército de Liberación Popular dentro de esta carrera modernizadora, a través de un aumento de su presupuesto y una optimización de su personal.

Al concluir el siglo XX, los resultados de estas reformas ya se manifestaban en un gran movimiento financiero y en una participación intensa de capitales externos e internos destinados a la producción de bienes y servicios exportables⁴. Este dinamismo de la nación ha tenido un palpable reflejo en su gran desarrollo urbano, con enormes edificios, centros comerciales y empresariales que incrementan exponencialmente el consumo de energía. Se instalan también verdaderas meg ciudades industriales, como Shanghái, Beijín y Shenzhen, donde funcionan dinámicas Bolsas de Valores en las que cotizan varias de las empresas más importantes del mundo. Desde luego, no está por demás señalar que esta modernización nacional, que sin duda repercutió notablemente en el mejoramiento de la calidad de vida de los ciudadanos chinos –se calcula que en este periodo de reformas cerca de seiscientos millones de personas han sido sacadas de la pobreza- degeneró, también, en toda una serie de

⁴ En 1994, según, para incentivar la competencia se adoptó una tasa impositiva del 33% para las empresas nacionales, aunque para las compañías mixtas se fijaron tarifas preferenciales del 15% en las zonas económicas especiales (ZZE), y del 24% en las ciudades costeras abiertas.

complicaciones sociales y políticas.

Así, aunque se han hecho esfuerzos por limitar el enorme trasiego de la gente desde el campo hacia los grandes centros urbanos, este ha implicado los consiguientes problemas de salubridad, desempleo, y falta de seguridad social. El PIB per cápita ha experimentado un notable crecimiento, pero aún sigue estando muy por debajo del de las naciones industrializadas. Además, pese a la distorsión a que induce este tipo de variable, se puede notar muy claramente, el aumento de la brecha social. La concentración de la riqueza es inocultable, pues China es hoy por hoy el segundo país con más multimillonarios en el mundo, lo que contrasta cerrilmente con esa extensísima población que aún permanece por debajo de la línea de pobreza. Y en el plano político, la *perestroika* china, iniciada en los ochenta, trajo como consecuencia el brote y multiplicación de diversos movimientos cuestionadores del autoritarismo y la corrupción de la plutocracia en el poder, lo cual tuvo su sangriento corolario en la Plaza de Tiananmèn, en 1989, tema que para China ha sido como una molestosa piedra en el zapato.

En todo caso, todo este acelerado crecimiento experimentado en todos los sectores por la nación asiática ha hecho que la misma, adquiera gran peso a nivel mundial. China tiene un papel protagónico en organismos multilaterales o de carácter geopolítico como el G-77 y el Movimiento de Países No Alineados, y el Grupo de los 15. Es miembro del exclusivo Consejo de Seguridad de la ONU, afiliado a la Organización Mundial de Comercio (OMC), al Fondo Monetario Internacional (FMI), al Banco Mundial, al Banco Asiático de Desarrollo (ADB), y al Plan Colombo de Cooperación para el Desarrollo Económico y Social de Asia. Junto con India, el otro gigante asiático, Brasil, el gigante latinoamericano, Rusia y Sudáfrica, conforman el BRICS, organización de gran proyección a futuro,

que se estima rebasará el poder y la influencia que ahora tienen otros estamentos del ordenamiento mundial como la Unión Europea (UE) o la NAFTA.

4.2 Giro de timón en la política económica de China.

La economía de la China Popular ha sido considerada actualmente como el motor de la economía mundial. Según información de la CEPAL (Osvaldo Rosales, Mikio Kuwayama), en la primera década de este milenio contribuyó con el 28% del crecimiento del PIB mundial, con un pico del 62% en el 2009, cuando la crisis financiera contaminaba al planeta, lo cual evitó que los efectos de esta fueran todavía más devastadores. Si, por ejemplo, China hubiera tenido un crecimiento nulo, la economía mundial hubiera tenido un descenso del 4%. Pero, para nerviosismo de muchos, desde el 2014 el PIB chino ha venido experimentando una clara desaceleración. De acuerdo a esto, se calcula que para el 2015 no superara el 7%, lo cual es un motivo de preocupación, sobre todo para las economías del resto del mundo, que no logran superar todavía los coletazos de la Gran Recesión.

Con todo su empuje, es evidente que China ha denotado discordancias y asimetrías en algunos de sus componentes macroeconómicos. Concentrado en mantener una balanza comercial superavitaria, su coeficiente de consumo interno con relación al PIB ha sido descuidado, lo cual ha implicado que sea el menor de entre las diez economías más grandes. Incluso, entre algunas de sus economías vecinas el consumo/PIB de China ha sido inferior⁵. Esta debilidad de la demanda ha estado acompañada por un sobre exceso en la capacidad acumulada de sus empresas estatales, que no han podido ser absorbidos

⁵ En el 2014, mientras el consumo en China, en relación al PIB, era del 37%, en India era del 54 % y en Indonesia del 61%.



por la economía. Adicionalmente, esto ha repercutido en un manifiesto raquitismo de su sector inmobiliario. Para reparar estas hendiduras, el gobierno ha decidido aplicar varios ajustes en su modelo de crecimiento. Es así como en el décimo segundo Plan Quinquenal Para el Desarrollo Económico Nacional y Social (2011-2015) se decidió reorientar el énfasis hasta ahora puesto en las exportaciones, hacia medidas de estímulo al consumo nacional.

Esta política significará darle un mayor poder adquisitivo al ciudadano chino para que participe de los beneficios de la globalización y del importante crecimiento del sector tecnología. Pero, a su vez, significaría dos cosas: por un lado un aumento en los costos de la mano de obra que, podría afectar uno de los principales factores que le da competitividad a la producción exportable; por otro lado las presiones inflacionarias a causa de este incremento de la demanda. Para prevenir estos avatares, el gobierno ha decidido fortalecer su capacidad innovadora, tanto en la exportación de manufactura barata como en el fortalecimiento del sector servicios, mediante un empuje a la educación y la investigación que no se quede solo en los polos urbanos sino que abarque extensas zonas rurales que, de alguna manera, también habían sido descuidadas.

Como reafirmación del modelo de mercado planificado implantado desde hace décadas en el país, las reformas implican además una diversificación de las exportaciones, direccionándolas hacia manufacturas baratas, la atracción de inversiones para modernizar el sector estatal, y la actualización de los sistemas bancarios y financieros. Para enfrentar la debilidad de la actividad industrial y de la inversión, que se hicieron evidentes en el 2014, las autoridades monetarias decidieron reducir los tipos de interés (del 5,6% al 5,35%), y disminuir las reservas de capital exigibles a los bancos en

un monto aproximado de 1,2 billones de yuane (unos 195 000 millones de dólares). Es decir que se ha apostado por una reactivación fundamentada en la liquidez y el consumo, tratando de equilibrarlos con el funcionamiento del resto del aparato productivo. La idea es ir desacelerando la recalentada economía, creando un espacio para las reformas, y evitar un frenazo más prolongado que traiga peores consecuencias en lo interno.

Los propósitos macroeconómicos de estas acciones, que se estima podrían alcanzarse con una regulación en el crecimiento del PIB que no vaya más allá del 7% anual, son: reducir la inflación a una tasa del 3%; mantener la tasa de paro rural en un 4,5% mediante la creación de unos 10 millones de nuevos empleos, en equilibrio con el crecimiento poblacional; permitir un aumento de hasta el 10,6% del gasto público, en el que el sector más beneficiado sería el de la defensa, para lo cual se considera tolerable un aumento del déficit del 2,1% del año anterior a no más del 3,5%. Todo ello acompañado de un duro combate a la corrupción y un mayor control de las emisiones contaminantes.

Sin embargo, mirándolo desde afuera, estos movimientos “extraños” en la economía de China han implicado varias repercusiones en las economías del resto del mundo, interpretadas por muchos como negativas. Para comenzar, esta debilidad de la potencia asiática en el consumo de materias primas –China ha sido el mayor comprador de *commodities* del globo- ha hecho que el precio de las mismas haya colapsado, golpeando duramente a muchas naciones de estructuras primarias⁶ (Bloomberg Business, s.f.). El demoledor derrumbe

⁶ Según Bloomberg Commodity Index, los precios de las materias primas de mayor circulación –oro, petróleo, gas natural, maíz, soya, cobre, hierro, etcétera- cayeron en casi un 11% en el 2015.

de los precios de los hidrocarburos desde fines del 2014, se explica en el aumento de la extracción de esquistos en Estados Unidos, y en la crisis financiera global, pero también, y en buena parte, en la caída del consumo en la China Popular. Sea lo que sea, no hay duda de que esta caída ha afectado los presupuestos y los programas de desarrollo de las naciones cuyos ingresos son altamente dependientes del petróleo.

Para colmo, las inestabilidades de las bolsas de valores en el país asiático durante el 2015, que inmediatamente han contagiado a otros centros bursátiles, y las devaluaciones del yuan, que acumularon una caída del 4,6% frente al dólar, han vuelto a azuzar las preocupaciones de quienes insisten en que los problemas de la economía china son mayores de lo que sale a la luz. De todas maneras, existen muchos sectores que tratan de ver la cara positiva del asunto, como el hecho de que los incentivos sobre el gran mercado de consumo que es China, puede implicar una reactivación en el contexto mundial. Los productores de alimentos que logren incrementar su valor agregado, también tendrían buenas oportunidades de colocación en China. En ese sentido, estos sectores descartan un desplome prolongado y fatal de la economía del país socialista y siguen confiando en el cómo motor principal de la locomotora mundial.

4.3 China: su encuentro con América Latina y el Caribe.

Después de haber coronado su gesta de liberar a los países latinoamericanos del colonialismo español, el Libertador Simón Bolívar intentó cohesionar los territorios emancipados en una sola federación de naciones. Pero las ambiciones y disputas internas entre los caudillos territoriales malograron el proyecto del caraqueño, quien fallece sin ver cumplido su sueño de una gran nación Latinoamericana. A la postre, quienes

salen ganando de esa dispersión fueron los Estados Unidos de América.

En su visión de expansión territorial y crecimiento económico, la potencia norteamericana había ido introduciéndose en los países latinoamericanos, incorporando posesiones, efectuando tratados, promoviendo gobernantes asequibles. De esa manera en el continente se implantó un orden político-económico en el que mientras a los latinoamericanos se les asigna el papel de extractores de materia prima para ser vendida a los países industrializados, Estados Unidos se afirma como compradora de esa oferta primaria, para transformarla en bienes de valor agregado que serían, a su vez, vendidos a los países ubicados al sur del Río Bravo.

A lo largo del siglo XX, tanto el comercio como los créditos y las inversiones de nuestros países latinoamericanos, siguieron supeditados a las instancias de crecimiento de la potencia americana, que en el camino se transformó también en la primera potencia mundial. Con la República Popular de China las vinculaciones económicas y financieras de la región no habían tenido mayor relevancia, pero, al terminar ese siglo las cosas empiezan a cambiar. Desde el otro lado del mundo, con una estrategia diferente a la aplicada por Estados Unidos, y con el respaldo de su enorme capacidad financiera, el coloso asiático empieza a introducirse en el establecimiento material e ideológico de Latinoamérica (Cesarín, 2006).

En el conjunto latinoamericano, además de los elementos externos, confluyen dos hechos de carácter endógeno, que contribuyen en esa reconfiguración geo económica: por un lado la creciente animadversión de los pueblos hacia la desigual estructura de desarrollo impuesta en el continente, con un norte opulento frente a un sur sempiternamente postrado en

la pobreza y el subdesarrollo; el otro factor, consecuencia del anterior, es la coyuntura política por la cual, de manera casi simultánea, irrumpen varios gobiernos de tendencia izquierdista y progresista, afines ideológicamente con el sistema político vigente en la República Popular China.

Es conocido que China, a diferencia de los Estados Unidos y otras potencias occidentales, no exige subordinaciones políticas ni duros programas de ajuste como condición para otorgar sus asistencias económicas, al menos no de la forma intrusiva, imponente y –en múltiples ocasiones- violentas, en que se acostumbró a gestionarlo el poder occidental, Estados Unidos a la cabeza. Consecuentes con su milenaria filosofía de privilegiar la armonía y la paz entre naciones (el confusionismo es opuesto a utilizar la coerción sobre otros territorios), y que gobierne el más sabio, los dirigentes chinos efectúan sus negocios y planifican sus acercamientos sin discriminar por el tinte partidista del gobierno de turno, y procurando no interferir en la política local ni, peor aún, en su soberanía militar y territorial. Bajo esas premisas filosóficas se produce el encuentro de la emergente nación asiática con América Latina y el Caribe.

Entonces, si los habitantes que viven en tierras lejanas siguen resistiéndose a tu atracción, debes atraerlos mediante la fuerza moral de la civilización; y después, tras haberlos atraído, hacerlos disfrutar de tu paz. Pero ahora (...) vuestro señor es incapaz de atraer a los habitantes de tierras lejanas, su país está socavado por las divisiones y la agitación, (...) ¡y aun así quiere librarse una guerra contra sus propias provincias! Me temo que para el señor Ji la amenaza real no procede de Zhuanyu, se halla en el interior de su propio palacio.

Confucio

Tabla 4.1 Peso porcentual de China en el comercio mundial 1992 – 2009

Periodo	Exportaciones en el mundo	Importaciones en el mundo	Exportaciones en América Latina
1992-1995	3%	3%	1%
1996-2000	4%	3%	1%
2001-2005	6%	5%	3%
2006-2008	9%	6%	4%
2009	11%	8%	7%

Fuente: Red Mercosur.

Tabla 4.2 China: crecimiento medio anual del comercio con sus principales socios. En millones de dólares y en porcentaje

	2005	2006	2007	2008	2009	Tasa de crecimiento
Exportaciones hacia						
América Latina y el Caribe*	23 259	35 396	51 060	71 045	56 449	24,8
Asia y el Pacífico	140 443	165 971	202 705	246 407	203 988	9,8
Estados Unidos	163 180	203 801	233 169	252 844	221 295	7,9
Resto del mundo	289 458	373 789	487 563	567 038	483 473	13,7
Unión Europea	145 613	189 978	245 563	293 360	236 442	12,9
Importaciones desde						
América Latina y el Caribe*	26 664	34 072	51 004	71 417	64 132	24,5
Asia y el Pacífico	259 677	309 645	365 432	414 786	375 533	9,7
Estados Unidos	48 741	59 314	69 548	81 586	77 755	12,4
Resto del mundo	250 898	297 789	359 164	432 129	360 367	9,5
Unión Europea	73 972	90 641	110 967	132 646	127 769	14,6

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de Naciones Unidas. Base de datos estadísticos sobre el comercio de mercaderías (COMTRADE).

Capítulo 5

Relaciones geopolíticas de la República Popular de China con América Latina y El Caribe

Juan José Mejía y Aimara Rodríguez Fernández

5.1 Comercio, inversiones y crédito

Bajo el panorama geopolítico mencionado en el capítulo anterior, desde los albores del tercer milenio se produce y se va intensificando el encuentro económico y político entre la poderosa China Popular y la extensa y tropical región latinoamericana y caribeña. La cita arranca primero por el lado del comercio. Según el documento de la CEPAL *China y América latina y el Caribe* (Osvaldo Rosales, Mikio Kuwayama. CEPAL, 2012), para el año 2009, las exportaciones de China al resto del mundo alcanzaban los 1,2 billones de dólares, de los cuales 56 400 millones de dólares (el 4,7%) tenían a Latinoamérica como destino, y sus importaciones eran de 1 billón de dólares, de los cuales 64 100 millones (el 6,4%) se transaban con nuestra región. Eran cifras todavía modestas, pero apreciablemente altas en comparación con las de una década atrás.

A partir del 2009, el comercio bilateral total (exportaciones e importaciones) entre América Latina y El Caribe ALC y China, experimentó un vigoroso crecimiento, pasando de los 121 000 millones de dólares en ese año a alrededor de 244 000 millones de dólares en el 2012 (Chávez, 2015). Según las palabras

del propio presidente de China, Xi Jinping, expresadas en el Primer Foro Ministerial entre China y la Comunidad de Estados Latinoamericanos (CELAC) efectuado a comienzos del 2015 en Beijing, para el año 2013 ese vínculo comercial se había incrementado a 275 000 millones de dólares, lo cual implicaba un crecimiento de veintidós veces desde inicios del siglo XXI (Osava, 2015). De continuar esta tendencia, se calcula que para antes del 2016 el comercio de ida y vuelta entre ambas orillas podría acercarse a los 400 000 millones de dólares, posicionando a China como segundo socio comercial de América Latina y el Caribe, después de Estados Unidos. (Figuras 5.1 y 5.2).

En términos de contabilidad de pagos, el saldo de la balanza comercial de Latinoamérica y El Caribe ha sido fluctuante para con China, con superávits ocasionales de Brasil, Venezuela, Chile y Perú, pero con el contrapeso deficitario de México y Centroamérica. Sin embargo este movimiento comercial no ha implicado una relación pareja en cuanto a la distribución de las ventajas comparativas. Es que las exportaciones de América Latina, durante la primera década del siglo en promedio estuvieron constituidas en un 73% por productos primarios (la media mundial fue del 41%), que no incorporan valor agregado, y que además están muy concentrados en pocos bienes; las exportaciones tecnológicas y manufacturadas, en cambio, apenas alcanzaron el 6% (la media mundial fue el 42%) (OCDE/CEPAL/CAF, 2015). En tanto que el 41% de las importaciones procedentes desde China fueron material de alta tecnología. Esta discordancia en la dinámica del comercio chino-latinoamericano viene a reeditar las desventajas en los términos de intercambio comercial que secularmente han caracterizado a nuestra región, y que se han agravado frente a la caída en los precios de las materias primas, ocurrida en los años recientes, como veremos más adelante.

En lo relacionado a los créditos otorgados por China a ALC, estos empezaron a hacerse notorios a partir del 2005, cuando la media de préstamos de China alcanzó registros de 1 000 millones anuales. Pero, desde el 2008, estos se dispararon hasta los 6 000 millones de dólares, y a partir de allí han seguido creciendo exponencialmente, llegando a superar a los del Banco Mundial y el BID. Según el Centro de Estudios Dialogo Interamericano de Washington, para el 2014 los créditos acumulados en la región ya bordeaban los 120 000 millones de dólares (Myes Margaret, 2014).

El principal destino crediticio ha sido el desarrollo de telecomunicaciones, transporte, minería e ingeniería, a más de varias obras novedosas en tecnología avanzada, como lo son un par de satélites adquiridos por Venezuela y Bolivia. Dato importante es que el 69% de esos préstamos han estado garantizados por petróleo. En cuanto a la procedencia de los créditos chinos, según la Base de Datos del Centro de Estudios Diálogo Interamericano de Washington para el 2014, el grueso de ellos han sido otorgados por el China Development Bank (Banco de Desarrollo de China BDC), por 83 000 millones de dólares, y por el China Export-Import Bank (Exim China), por 20 900 millones de dólares. De todo ese monto crediticio, la mayor parte fue entregada a cuatro países: Venezuela, Brasil, Argentina y Ecuador (Myes Margaret, 2014).

Pero, siendo notable el crecimiento, tanto en el comercio como en los créditos, experimentado en los últimos tiempos entre China y los latinoamericanos, este no lo ha sido tanto en lo referente a inversiones directas. En el 2004, las inversiones de China en la región era apenas de 400 millones de dólares, monto inferior al concedido por Taiwán, su conspicuo rival en la disputa por el reconocimiento como legítima representante del pueblo chino en el concierto internacional. En el 2010 hubo

un repunte en estas inversiones –básicamente en el sector de hidrocarburos- que las llevan a los 9 000 millones de dólares anuales, pero en los siguientes años estas vuelven a languidecer.

Según la CEPAL, en el 2013 China desembolsó 207 mil millones de dólares para Inversiones Externas Directas (IED) en el mundo, de los cuales 8 487 millones de dólares (el 4,1%) fueron destinados a ALC, una captación sencilla en realidad, comparada con otras fuentes inversoras. Para el 2014, de la IED total de 158 803 millones de dólares llegados a Latinoamérica, el 20% provenía de los países bajos, y el 17% de los Estados Unidos, en tanto que Asia, aportó solo con el 6% de esas entradas, de las cuales a China le correspondió solo la sexta parte, es decir unos 1 600 millones de dólares. (Comision Economica para America Latina y El Caribe CEPAL, 2015)¹.

Sin embargo esta resequedad de las inversiones chinas, parece tender a cambiar desde el 2015. En el Primer Foro Ministerial entre China y la CELAC, efectuado en enero de ese año en la capital china, como noticia estrella se formalizó el anuncio de que en los siguientes diez años la potencia asiática tenía planeado invertir en LAC hasta 250 000 millones de dólares en obras de infraestructura y proyectos de desarrollo. De entrada, como parte del Plan de Cooperación para el periodo 2015-2019, y para demostrar que hablaba en serio, la parte China puso a disposición de los jefes de estado y funcionarios latinoamericanos presentes 35 000 millones de dólares, a ser colocados inmediatamente en proyectos de infraestructura en cualquiera de los países de la CELAC que lo solicitare (Fontdegloria, 2015). En todo caso son las condiciones

¹ Si bien es cierto las IED de China –y Asia- no han sido preponderantes, sin embargo los créditos concedidos a nuestros países han sido destinados por estos en buena parte a inversiones de desarrollo que han ligado la participación china en muchas áreas.

económicas venideras las que decidirán la efectividad o no de esas propuestas.

5.2 El campo de la diplomacia internacional.

En 1949, cuando Mao Zedong proclamó la erección de la República Popular de China, su primera gran tarea diplomática fue intentar el reconocimiento internacional. Aunque Estados Unidos y otras potencias occidentales, por razones ideológicas, respaldaban en principio a la República de China (Taiwán), los posteriores acontecimientos geopolíticos, fueron abriéndole camino a China dentro de la ONU, en la cual ingresa en 1971. En el forcejeo de la diplomacia mundial, han existido varios temarios a los que los gobernantes de la China Popular han asignado siempre una alta valoración. Estos temas son, básicamente, su reconocimiento internacional como representante legítima del pueblo chino, su ingreso a la Organización Mundial del Comercio OMC, su categorización como economía de mercado, su soberanía indiscutida sobre Taiwán y el Tíbet, y el delicado tema de Tiananmén. Estas son fundamentales líneas maestras de la política internacional de la República Popular de China, que han debido ser manejados con mucho tino por los países que buscan acercamiento con la potencia asiática.

En términos de la evolución geopolítica se pueden identificar cinco momentos de las relaciones de América Latina con China: primero (1949-1969), de bloqueo por parte de Estados Unidos contra China, por lo que el único país de la región con quien tenía relaciones diplomáticas era la Cuba socialista; segundo (1979-78), descongelamiento político, por el cual varios países de América del Sur establecen relaciones diplomáticas con la China Popular, desplazando a Taipéi (Taiwán); tercero (1978-1992), acercamiento geopolítico debido a las reformas de mercado en China, que permiten establecer relaciones

bilaterales con la mayoría de países de la región; cuarto (1993-2000), ampliación de las relaciones de cooperación estratégica e intereses mutuos, que empiezan con Brasil; y quinto (2000 a la actualidad), desarrollo acelerado y amplio en el comercio y las inversiones, manifestado en convenios, eventos multilaterales, cumbres y foros, establecimiento de comisiones, visitas protocolarias y de negocios, etcétera.

Como hemos dicho, en Latinoamérica el primer país en reconocer a la República Popular China fue Cuba en 1960, decisión que sin duda estuvo motivada en las afinidades del modelo ideológico, aunque luego, al producirse el distanciamiento entre China y la URSS, se abren distancias con la isla. Chile establece relaciones en diciembre de 1970, bajo el gobierno socialista de Salvador Allende, apoyándola además en su disputa para ser reconocida dentro de la ONU en lugar de la China capitalista. En los años posteriores, y luego de una dura lucha con su contraparte, Taiwán, la China Popular es aceptada en el seno de la ONU, y además pasa a ser miembro de su influyente Consejo de Seguridad. Esto lleva poco a poco a un acercamiento con el gigante asiático por parte de los demás países de nuestro continente², comprometidos con el bando occidental dentro de la disputa capitalismo-comunismo –por la atracción geo-gravitacional de los Estados Unidos- pero que congeniaban más con China que con la URSS.

Actualmente, de los veintiún países en el mundo que todavía reconocen a la China promovida por Chiang Kai Shek, doce de ellos son de América; son estos, esencialmente, pequeños estados caribeños que juegan a obtener beneficios de esa relación, puesto que Taipéi siempre ha sido generosa en términos materiales, a cambio, desde luego de apoyo en su

2 Entre otros países latinoamericanos, Ecuador y Perú reconocen a China Popular en 1971, México y Argentina en 1972, Brasil y Venezuela en 1974.

disputa por reconocimiento diplomático, lo cual de hecho ha tenido sus efectos en el limitado intercambio comercial de esos países con la China continental. No obstante, la gran mayoría de los países más grandes de nuestro continente han formalizado sus vínculos diplomáticos con Beijing (Rodriguez, 2008).

En el continente americano, las definiciones políticas siempre han estado determinadas por la omnipresencia de los Estados Unidos de América. En ese sentido, luego de la Alianza Para el Progreso, programa empujado para contrarrestar la influencia de la revolución cubana en la región, siguieron la Iniciativa para las Américas, y el ALCA (Alianza Para el Libre Comercio de América). Sin embargo, factores como las resistencias a los duros programas de estabilización orquestados por el FMI con el aval de Washington, las cada vez más crecientes dificultades para acceder a los créditos norteamericanos y europeos, y los altibajos geo estratégicos de las potencias occidentales, trajeron como consecuencia que los países latinoamericanos empiecen a buscar contactos con otras regiones pujantes del planeta. Las importantes experiencias de crecimiento experimentadas en las naciones asiáticas, hicieron acelerar los intereses de varios de nuestros países por esa lejana región dentro de la cual, sin duda, China es la figura más destacada. (Cardoso, 2005).

Hubo dos gobernantes que, por su influjo sobre varios líderes y organizaciones de la izquierda latinoamericana, fueron punto de referencia para el ingreso firme de China en el continente: Fidel Castro Ruz y Hugo Chávez Frías. Después del triunfo de la Revolución Cubana, la isla recién declarada socialista había sido sometida a un duro embargo comercial por parte de Estados Unidos (Cuba y sus amigos lo denominan como bloqueo). Este duro golpe había sido atenuado por la inmediata ayuda proporcionada por la Unión Soviética desde los años sesenta; pero después del derrumbe del bloque soviético, la situación en

la isla pasa de rojo a púrpura, literalmente hablando. Bloqueada económica y políticamente por el poder estadounidense, y con los demás países y el sector empresarial mundial impedidos de tener relaciones económicas con ella, so pena de sanciones estipuladas en leyes expresas³, Cuba dirige ávida su mirada al continente asiático donde crecía impetuosa la China socialista.

Las relaciones entre la China Popular y Cuba se habían enfriado luego de la ruptura de la alianza sino-soviética; pero en la década de los noventa ya la URSS había implosionado, y en China se consolidaban las reformas aperturistas iniciadas por Den Xiaoping. Es así como, en 1993, con la visita de Jiang Zemin a la Habana, y con el viaje reciproco de Fidel Castro a Beijing dos años después, se abre un nuevo ciclo en las relaciones entre ambos países. Este acercamiento diplomático conduce a una reactivación comercial que se acelera desde el 2004⁴. Según la CEPAL, desde el 2000 al 2009 las exportaciones de Cuba a China se incrementaron desde un 4,8% a un 24,3% del total, en tanto que las compras pasaron de 9,2% al 12,9% (Osvaldo Rosales, Mikio Kuwayama. CEPAL, 2012). Actualmente China es el segundo socio comercial de Cuba, solo superado por Venezuela (Leon-Manriquez, 2006).

Además, China ha venido manteniendo con la mayor de las Antillas diversos convenios de créditos blandos y

3 La Ley de la Libertad Cubana y Solidaridad Democrática, aprobada en 1996, conocida como Helms-Burton en honor a sus propulsores los senadores de EEUU Jesse Helms y Dan Burton, impide la actividad económica y la entrada a territorio estadounidense de cualquier empresa extranjera que tenga tratos comerciales con Cuba, sometiéndola a represalias legales. El objetivo de esta ley era reforzar el embargo económico mantenido por Estados Unidos sobre Cuba desde 1960, para obligarle a deponer su sistema político.

4 Durante el periodo de 1996 al 2008, las ventas de China a Cuba pasan de 110 millones de dólares a casi 1,300 millones, y las ventas de Cuba a China suben de 145 millones de dólares a cerca de 1,000 millones. Luego de este auge, el comercio sufre un descenso desde el 2009.

sin intereses, y efectuando importantes inversiones como la construcción de una terminal portuaria, la instalación de televisión digital, los servicios de internet dotados por Huawei, y otros importantes proyectos (aunque no hay mucha difusión de las cifras) que intentan contrarrestar los daños económicos y tecnológicos producidos por el embargo estadounidense. En el plano diplomático, el gobierno cubano ha apoyado activamente el ingreso de China a la OMC, así como sus políticas internacionalistas, y esta, por su lado, ha apoyado en el seno de la ONU los reiterados pedidos de finalización del embargo cubano por parte de Estados Unidos. El deshielo de las relaciones de EEUU con Cuba, empujado recientemente por Barak Obama, ha estado influido en buena parte por la presión de ese acercamiento de la potencia asiática.

La gran riqueza petrolera de Venezuela, no solo que no había solucionado las paupérrimas condiciones de vida de los venezolanos, sino que, además, había desembocado en un elevado endeudamiento y en la creciente dependencia del país hacia las corporaciones petroleras y los centros financieros. Según la CEPAL, a términos del siglo XX, el 56% de la población venezolana estaba por debajo de la línea de pobreza. Cuando Hugo Chávez asume el poder, en ese país, el más importante miembro de la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo), se producen notables cambios: los ingresos por hidrocarburos empiezan a ser fuertemente direccionados a la obra social, y la política internacional se reorienta hacia un modelo multipolar y multicéntrico, alejándose de la órbita estadounidense.

En ese marco, los vínculos económicos de China con la nación latinoamericana se estrechan más, en una simbiosis en la que China recibe el oro negro, vital para su fogoso crecimiento, y Venezuela las divisas, tan necesarias ante el escaso flujo por

el lado de occidente. Pero, no se puede dejar de señalar que el principal comprador del petróleo venezolano era y sigue siendo Estados Unidos, que para el 2009 era el destino de un 24,6% de las exportaciones venezolanas mientras que a China se destinaba un 8,3%. Sin embargo, datos más recientes nos dicen que la entrega de petróleo a China ha tenido un enérgico aumento, básicamente como garantía por los créditos. De acuerdo a eso se estima que Venezuela le estaría entregando hasta 600 000 barriles de crudo al día a China (una quinta parte de su producción), que se ha transformado en su segundo cliente, después de Estados Unidos.

Pero las relaciones entre China y Venezuela no se han quedado solo en el campo de lo financiero-comercial, o en la transferencia de conocimiento y tecnología y en los convenios y proyectos, que también han sido muy prolíficos. La afinidad ideológica les ha llevado a unirse para disparar sus postulados sobre un nuevo orden y distensión mundial, que han tenido siempre como blanco al “imperio estadounidense”, de manera fogosa por parte del país latinoamericano, y más discreto por el lado asiático. En ese contexto no se puede dejar de notar que las proyecciones de China no se limitan a “los negocios”, como muchos creen, sino que tienen otras connotaciones geopolíticas. Así que, para no llevarnos a engaños, hay que tomar con pinzas la difundida apreciación de que los acercamientos internacionales de la gran potencia asiática son estrictamente económicos y comerciales, y asumir que la potencia asiática no puede estar desprovista de una estrategia definida sobre los objetivos globales y regionales a alcanzar.

Estados Unidos había venido propugnando en el continente la Asociación para el Libre Comercio de las Américas (conocida como ALCA por sus siglas en español) una unidad comercial en la que los bienes y servicios circularan libremente por todos

los países de la región. Las fuerzas de izquierda, encabezadas por los gobiernos de Cuba y Venezuela, y secundadas por otros gobiernos y movimientos, se oponen y en contrapartida proponen y oficializan en el 2004 la Alternativa Bolivariana para América (ALBA), cuestionadora del mercado libre, y que plantea un mayor énfasis en la lucha contra la pobreza y la exclusión⁵. Los enunciados de los países integrantes de esa alianza, a favor del movimiento bolivariano y de la doctrina Socialismo del siglo XXI, crean un marco ideológico afín con China Popular, lo que le permite a la potencia asiática ingresar al continente americano a disputar -aunque con cierta prudencia al comienzo- los espacios hasta ese entonces ocupados por los Estados Unidos de América.

En los años siguientes, en mucho por el impulso dado por el ALBA, pero también por la cambiante dinámica internacional y los influjos de la globalización, fue tomando forma a otra asociación inter regional, de mayor cobertura y consenso: la Comunidad Latinoamericana y Caribeña (CELAC). En ella habían coincidido e influido países de tendencia progresista y nacionalista, pero también otros no afines ideológicamente a esa línea, pero sin con puntuales objetivos integracionistas y de expansión regional. Este organismo, creado formalmente en febrero del 2010 en Playa del Carmen (México), se considera un resultado de los objetivos que persiguieron en su momento el Grupo de Rio y la Cumbre de América Latina y el Caribe CALC. La CELAC está integrada por 33 países de estirpe latina (es muy decidora la exclusión en ella de Estados Unidos

⁵ El ALBA es un tratado regional implementado desde el 2004 entre varios países latinoamericanos opuestos a la Asociación de Libre Comercio ALCA planteada por Estados Unidos. El ALBA se fundamenta en mecanismos que aprovechen las ventajas comparativas y cooperativas de sus países miembros y, bajo una óptica de izquierda, coadyuvan a la reducción del subdesarrollo y la pobreza de los pueblos americanos.

y Canadá) que suman una población de más de 600 millones de personas, un PIB (PPA) de casi 8 billones de dólares, y un territorio de más de 20 millones de kilómetros cuadrados. Sus principales postulados apuntan a la integración y el desarrollo de los pueblos latinoamericanos y caribeños.

Entre los gobernantes más protagónicos en la creación de la CELAC, a más de Hugo Chávez, estuvieron Néstor Kirchner e Ignacio Lula Da Silva, al frente de dos de las naciones más prominentes del conjunto sudamericano, y además con una ubicación política izquierdista, progresista y de autonomía frente a la hegemonía estadounidense. De manera casi natural, pues, la CELAC se convierte en otro importante espacio de la efusiva recepción dada a la República Popular China en su desembarque en Latinoamérica, encuentro acicateado por la visión regional de expandirse hacia un mercado poderoso como el asiático, y por la necesidad de China de asegurar fuentes de materia prima que sustenten su fuerte crecimiento. En el 2008, el gobierno de Beijing elabora un informe, denominado “Documento sobre la Política de China en América Latina y el Caribe” (el Libro Blanco), en el que oficializa su intención de incrementar sus intercambios económicos, políticos y culturales con nuestros países. En él se expresa que “China tiene el propósito de potenciar sus relaciones con este continente sobre la base de las *complementariedades de sus economías* y se expone al mismo como un potencial proveedor de recursos naturales” (Slipak, 2015).

5.2.1 Ampliación de las relaciones bilaterales con otros países de ALC

En ese marco favorable, a más de Venezuela y Cuba, China acrecienta sus amistades con otras naciones latinoamericanas preponderantes. El gigante latinoamericano, Brasil, siempre

ha tenido un enfoque internacional similar al de China en cuanto a soberanía nacional, cooperación sur-sur, no injerencia de las potencias, entre otros temas. Pero con el gobierno del ex sindicalista metalúrgico, Ignacio Lula da Silva, los acercamientos políticos y económicos entre ambos países tuvieron un renovado impulso. En el 2009 ya China era el primer socio comercial de Brasil, desplazando de ese puesto a Estados Unidos. El comercio chino que en el 2000 solo cubría un 2% del mercado brasileño, para el 2009 ya acaparaba el 13.2% de sus exportaciones y el 12,5% de sus importaciones. Aunque esa expansión se ha moderado desde el 2012, como reflejo del debilitamiento mundial, de todas maneras el comercio entre ambas potencias sigue activo, bordeando anualmente los 80 000 millones de dólares, que comprometen un 18% de las exportaciones y un 16,3% de las importaciones brasileñas, a lo que se suman importantes inversiones en proyectos comerciales y obras de infraestructura (Santandertrade, 2015).

Reafirmando esos lazos, entre la presidenta brasileña Dilma Rousseff y el primer ministro chino, Li Keqiang, se pactó un acuerdo de inversión por 53 000 millones de dólares, para distintas proyectos. De estos valores, se planea destinar 30 000 millones de dólares para la construcción de una vía férrea que atravesará la selva amazónica y la cordillera de los Andes hasta llegar a las costas de Perú, donde, en común acuerdo con este país, se construirá un puerto de enlace bioceánico, para facilitar las operaciones comerciales China-Latinoamérica. Adicionalmente se planea efectuar inversiones en Petrobras, en un parque industrial en São Paulo, y en la adquisición de activos de un banco y de aviones brasileños, entre otras más.

En concordancia, las relaciones de cooperación geopolítica, han sido también promisorias. Brasilia ya había sido uno de los puentes para el ingreso de la nación asiática a la OMC –

que se oficializó en noviembre del 2001- y la ha apoyado en sus pretensiones de ser reconocida como nación emergente, y como economía de mercado, mientras que, por su lado, Beijing ha venido respaldando la aspiración brasileña a tener mayor protagonismo en el Consejo de Seguridad de la ONU. Pero, más que todo, las notables capacidades y las coincidencias entre ambas potencias las ha llevado a integrarse a grupos suprarregionales y de gran influencia mundial como lo es el BRICS. Pero es de anotar que estos acercamientos han tenido sus críticos, que han cuestionado las desigualdades evidenciadas en los términos de intercambio comercial, que, para algunos expertos brasileños, desfavorecen a su país. Los acontecimientos recientes, con la caída de la balanza de pagos brasileña, se han alineado con esos cuestionamientos.

Otro caso notorio es Argentina, la tercera nación en población dentro de ALC, que tiene en China uno de sus principales socios comerciales: después de Brasil, las ventas de Argentina, tienen como segundo destino a China, aunque para la potencia asiática estas apenas representa un 0,4% de sus compras totales. Del 2000 al 2009 las ventas del país sudamericano al asiático pasaron del 3% al 6,6% de su total, en tanto que las compras subieron de 4.6% al 12.4% (Osvaldo Rosales, Mikio Kuwayama. CEPAL, 2012). En el 2014 el comercio sino-argentino bordeó los 16 000 millones de dólares (un 13% del total argentino) de los cuales las exportaciones argentinas a China representaron el 6.5% de su total, y las importaciones un 16.4%, corroborando para esa fecha el tradicional déficit de su balanza comercial. Las ventas de China a Argentina son altamente diversificadas y con un importante contenido tecnológico, al contrario de las compras chinas que se remiten a productos primarios-extractivos y manufacturas basadas en recursos naturales. China ha asegurado en el país gaucho un mercado altamente consumidor de bienes de gran diversidad, y proveedor de bienes agrícolas que, en esa

tendencia, ha implantado cambios en su matriz productiva, que algunos han dado en llamar como la *sojización* argentina.

El respaldo financiero que ha dado China a una nación como Argentina, postergada del sistema financiero internacional por casos como el de los “fondos buitre”, también ha sido fundamental para la nación sudamericana. En el 2009 “los bancos centrales de ambos países firmaron un acuerdo de swaps por 10 200 millones de dólares como un paso más hacia el retiro del dólar como principal medio de pago en transacciones comerciales internacionales y garantías de pago de importaciones argentinas” (Adrian Bonilla Soria, Paz Milet Garcia, CAF, 2015). Este robustecimiento en el plano económicos ha estado jalónado por intereses geopolíticos de cada uno, que para Argentina tienen mucho que ver con el apoyo que pueda darle el miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU, en su reclamo por las islas Malvinas, y a China en el posicionamiento político que pueda ir obteniendo en América por su amistad con una nación siempre influyente en el continente como lo es la Argentina.

En esa tónica, Argentina es uno de los principales prestatarios de China, quien ha efectuado importantes desembolsos para levantar infraestructuras de logística comercial y ensamblaje en áreas estratégicas, pero poniendo como condición, entre otras cosas, que estén a cargo de empresas de capital chino, condicionamientos que analizaremos un poco más en el sexto capítulo. En lo relacionado a otras inversiones, la nación asiática ha efectuado varias colocaciones en el sector petrolero, financiero, y de cosecha de soja,

No podría decirse que las relaciones de México con China Popular hayan sido siempre excelentes. Particularmente durante los gobiernos del PAN y del PRI, de tanto en tanto se

dieron ciertas fricciones, como las reticencias del presidente Vicente Fox para el ingreso del país asiático a la OMC (llamada entonces GATT), o los esmeros brindados por ciertos diplomáticos mexicanos al Dalai Lama o a los siempre obsequiosos funcionarios taiwaneses. Pero, tratando de reeditar las cordiales relaciones mantenidas en 1972, cuando México reconoció a China en la ONU, en el 2005 el presidente chino Hu Jintao realiza una visita a México, que luego es reciprocada por el presidente mexicano Felipe Calderón en 2008.

Como consecuencia de estos buenos oficios, el comercio de México hacia China tuvo una cierta reanimación aunque estas se han dado básicamente por el lado de las compras, pues las ventas mexicanas siguen restringidas por las políticas comerciales chinas, lo cual repercute en un pertinaz déficit de la balanza comercial del país americano. La nación mexicana es importadora de bienes tecnológicos desde sus vecinos desarrollados (EEUU básicamente); pero también promueve la colocación de muchos de sus productos que han incorporado valor agregado mediante la especialización adquirida por la importación de bienes intermedios, para su posterior reexportación. China, muy dada a defender su industria, no es muy receptiva para este tipo de bienes por lo que son comunes las restricciones a su libre ingreso; esto, en el caso mexicano, le resta volumen a sus envíos hacia China. Así, del 2000 al 2009, las exportaciones mexicanas a la nación asiática pasaron apenas de un escuálido 0,2% a un poco afanoso 1%. Sus importaciones, en cambio, tuvieron un aumento bastante más notable, pasando del 1,6% al 13,9%, en ese lapso, convirtiendo a China en el segundo proveedor de México, aunque bastante alejado de Estados Unidos.

En las demás naciones de ALC, ha sido notorio el importante fortalecimiento de los vínculos comerciales y crediticios con la

República Popular China. Más, en este punto es necesario ir estableciendo ciertas particularidades ideológicas y geopolíticas que, perceptiblemente, condicionan dichos acuerdos. En los países de economías más abiertas y orientadas al libre mercado, incluso con tratados bilaterales de comercio con Estados Unidos y Europa, China ha puesto más énfasis en el tema comercial, formalizando con ellos sus propios TLC. En este grupo están Chile, Perú y Colombia, los dos primeros convertidos en los primeros socios comerciales de la China Popular. Pero en las naciones donde existe una mayor identidad estratégica o política, sin querer decir que el comercio haya sido postergado, se ha privilegiado el enlace vía créditos, y los convenios de inversión. Entre estas tenemos a Venezuela, Brasil, Argentina y Ecuador que, entre los cuatro, absorben el 74,2% de los 119 000 millones de dólares de crédito concedido por China a nuestra región desde el 2005 al 2014, permitiéndoles suplir la restricción de flujos financieros procedentes de occidente.

Sustentando lo expresado con datos estadísticos de la CEPAL, en el caso de Chile, del 2000 al 2009 vemos que China ha sido creciente receptor de sus exportaciones, que han pasado del 5% al 23,2% del total chileno, en tanto que las importaciones pasaron del 5.7% al 14,6%. Desde el tratado de libre comercio contraído en el 2005 entre ambos, las exportaciones chilenas a China han crecido a un promedio anual del 20%, alcanzando en el 2014 los 18 840 millones de dólares (un 24.6% del total exportado) en tanto que las importaciones en el mismo año alcanzaron los 15 110 millones de dólares, (un 20.9%). Pero, en lo referente a las inversiones chinas en ese país, de 1974 al 2012 estas apenas alcanzaron los 104 millones de dólares, destinados puntualmente a los sectores financiero, forestal y de minas.

Si de buenas relaciones se trata, el Perú las ha tenido excelentes con China, a quien ha apoyado en los temas Taiwán,

Tíbet, economía de mercado, entre otros. China, por su lado, ha mostrado mucho interés comercial por el Perú, no solo a causa de sus recursos naturales, sino también por su creciente aperturismo y su proyección como puente interoceánico para el corredor comercial que se proyecta iniciar en Brasil. En esa onda, y con base en el TLC firmado por ambos, en el 2014 China se convirtió en el primer surtidor de las compra-ventas peruanas, superando ya el comercio con Estados Unidos. Del 2000 al 2008, mientras las exportaciones de Perú a Estados Unidos crecieron en tres veces, hacia China crecieron diez veces, ubicándose en 3 700 millones de dólares. Para el 2014 el país vio crecer su comercio con China a casi 16 000 millones de dólares, con ventas que cubren un 18.3% del total, y compras el 21.2%. Estas ventas son fundamentalmente de bienes primarios (cobre, harina de pescado, hierro, acero, cinc, etcétera).

Colombia es un país que ha puesto mucho énfasis en las compras a China, lo cual se rubrica por los datos del periodo 2000-2009 durante el cual las importaciones llegadas desde la nación asiática pasaron de 3% a 11,6%; las exportaciones, por su lado, subieron de 0,2% al 2,9%. Como se puede notar, en Colombia sucede algo similar que en México, puesto que sus ventas a China siguen siendo relativamente menores frente a un mucho mejor comportamiento de las compras. Esto tiene su explicación en que estos países, al igual que algunos centroamericanos y caribeños, son proveedores “duros” del mercado estadounidense, básicamente de hidrocarburos y otros bienes primarios que constituyen su base exportable. Además, la nación asiática privilegia sus operaciones comerciales a otras naciones de la región que, en cambio, no tienen una gran afinidad, ni comercial ni ideológica con los EEUU.

En síntesis, en los países que históricamente han estado más vinculados a los EEUU, ya sea políticamente o por cercanía

geográfica y complementariedad industrial, y han incursionado en el sector secundario, como son Colombia y México, China ha fortalecido sus ventas, pero mantiene bastante restringidas sus compras. En países de notable apertura comercial, como Chile y Perú, independientemente de los tratados comerciales que mantienen con la potencia americana, China ha intensificado su comercio, básicamente en lo referente a la compra de materias primas. En los países latinoamericanos de gobiernos más afines, Brasil, Argentina, Ecuador, Venezuela, Cuba, la política de la potencia asiática ha sido intensificar su comercio por el lado de las ventas pero sin descuidar su provisión de producción primaria, de gran volumen en lo que respecta a petróleo y soja. Pero además, en estas naciones, las relaciones económicas han sido más notorias por el lado de los créditos y la inversión.

En lo que respecta a los países favorecidos con los acuerdos crediticios, Venezuela ha sido el principal, y no solo por ostentar como respaldo su credo socialista y revolucionario, sino porque también cuenta con las importantes credenciales de sus enormes reservas de hidrocarburos. Según la Base de Datos de Dialogo Interamericano (Myes Margaret, 2014), desde el 2008 el país ha receptado de China préstamos para inversión en proyectos de desarrollo e infraestructuras por un valor que bordea los 56 300 millones de dólares al 2014. En segundo lugar está Brasil, gran exportador de petróleo y soja, con un total de 22 000 millones recibidos, y en tercer puesto Argentina con 19 000 millones de dólares. En contraste, México, pese a ser la segunda economía Latinoamericana, recibió apenas 2 400 millones de dólares en créditos, en tanto que Ecuador, cuya economía es la décima tercera parte de la mexicana, recibió 10 800 millones de dólares, es decir 4,5 veces más. Perú, también de gran expansión comercial en los recientes años, solo recibió 2 300 millones de dólares en créditos. Estas cifras estarían confirmando lo afirmado acerca de las consideraciones políticas y estratégicas

que caracterizan a la política crediticia de la China Popular.

La mayor parte de estos préstamos ha estado direccionada a sectores extractivos, como la minería e ingeniería, y a infraestructura, como transporte y obras hidroeléctricas. Los créditos son bilaterales, directos entre las naciones, por lo que tienen la ventaja de ser mucho más flexibles, permiten decisiones urgentes y no están ligados a cuotas o coparticipaciones en organismos como el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) o el Banco Mundial (BM). Aunque las tasas de interés suelen ser similares o hasta superiores a las de los organismos multilaterales, no imponen condiciones ni requisitos medioambientales. Sin embargo, a pesar de que las condiciones de los préstamos parezcan ser menos rigurosas, algunos paquetes de financiación, como los del Banco de Desarrollo de China, han sido más exigentes que los del propio BM e incluyen puntuales requisitos. China no impone condiciones políticas a los países a los que presta el dinero, pero suele exigirles otro tipo de demandas, como las compras de equipos chinos, períodos de concesión, y la participación de contratistas y empresas del país asiático, lo cual determina límites al máximo aprovechamiento de la inversión por parte del país solicitante.

Entre estos proyectos, uno de los más voluminosos que China pretende llevar a cabo en América se encuentra el de la construcción en Nicaragua de un canal interoceánico, por un costo que llegaría a los 40 mil millones de dólares. Esta mega inversión, que casi cuadriplica el PIB nicaragüense, vendría a transformar radicalmente la economía del pequeño país centroamericano. Pero las críticas que ha recibido van desde su costo, elevado en comparación con los cinco mil que costó la reciente ampliación del canal de Panamá, hasta el hecho de que se cede a China por 50 años, prorrogables por 50 años más, los derechos de operación del canal. Se ha dicho que el país

no cuenta con una infraestructura legal e institucional para un proyecto de esas magnitudes, y que el mismo es contaminante e irrespeto los derechos de las comunidades. Pero el gobierno dice que eso es falso puesto que una de las condiciones que exige el canal para poder funcionar es la preservación de su entorno ambiental, y que además los costos están compensados por la reactivación económica y la generación de empleo que el mismo puede aportar.

En resumen, en la materialización de sus aspiraciones de desarrollo económico y social por tanto tiempo acariciadas por América Latina y el Caribe, China se ha convertido en el socio predilecto. El comercio entre ambos asociados, según la CEPAL, alcanzó los 250 000 millones de dólares en el 2012, y se espera que se incremente mucho más en los años siguientes, en la misma línea en que se reduce la dependencia comercial de los EEUU. La inversión extranjera directa IED, acumuló los 7 000 millones de dólares desde 1990 hasta 2009, y existe la promesa formal de incrementarla a un cuarto de billón. La mayor parte de esa inversión apunta hacia actividades extractivas, pero también se orienta hacia obras de infraestructura y desarrollo, dirigidas por empresas chinas. Los créditos han sido abundantes y factibles, y para el 2014 ya acumulaban un total de 120 000 millones de dólares, orientados en un 80% hacia proyectos de minería, energía e infraestructuras, aunque concentrados de acuerdo a consideraciones de orden estratégico y geopolítico.

5.3 Los riesgos de la desaceleración global

El gobierno chino anunció el pasado 5 de marzo del 2015 que había reducido su objetivo de crecimiento económico para ese año hasta un entorno del 7%. El Producto Interior Bruto (PIB) de la que para algunos ya se considera la primera economía mundial, aumentó en el 2014 un 7,4%, su nivel de expansión

más bajo en casi 25 años, algo por debajo del objetivo de alrededor del 7,5% fijado por el Gobierno. Y para el 2015 las estimaciones lo ubican por debajo del 7%. Ante esta coyuntura, la pregunta que surge es si la financiación que proporciona el gigante asiático va a seguir creciendo como lo ha hecho hasta el momento.

Se ha asumido que, en la medida que China necesite de materias primas para su crecimiento, seguirá el flujo de dineros vía compras o inversiones para explotación de recursos, lo cual es vital para regiones que se han ligado mucho a ella, como en el caso de América Latina. Sin embargo, siempre existe la preocupación de que una desaceleración demasiado fuerte de la economía china, como la que se avizora para el 2015, al provocar una caída violenta de los precios de las materias prima, estaría acompañada de una caída de los flujos de inversión y de los créditos provenientes desde ese país. Ya en el 2014, el débil crecimiento experimentado por ALC, que apenas llegó al 1%, muy distante del promedio del 5% de años anteriores, ha prendido la alarma sobre los peligros que la desaceleración china podría acarrear sobre nuestra región.

La expansión de los créditos chinos ha sido interpretada como parte de una estrategia de crecimiento hacia afuera, basada en las enormes disponibilidades financieras del país e instrumentada por la reforma del sistema financiero que el gobierno chino emprendiera desde 1995, con la creación de bancos comerciales, de inversión y de promoción del comercio exterior. Para el 2014, los créditos chinos alcanzan la cifra record de 120,000 millones de dólares, aproximándose cada vez más a los montos concedidos por los financieros tradicionales de la región como son el BID, la CAF y el Banco Mundial. En esta línea ha aportado la política Going Global, de 1999, destinada a promover el posicionamiento de empresas chinas en el exterior,

apoyado por las instituciones creadas cuatro años antes. Por lo tanto, la expansión de los créditos al exterior, incluidos los colocados en América Latina, no debería concebirse como un fenómeno circunstancial sino como una tendencia basada en el poder financiero chino e impulsada por la política oficial la cual, presumiblemente, se mantendrá en el futuro, más allá de las desaceleraciones financieras que, en todo caso, lo que harían sería regular su ritmo y magnitud, pero que no las suprimirían (Bitteincourt, 2012).

El problema orgánico que afecta a nuestros países es que sus exportaciones, de las que dependen sus ingresos, son básicamente de origen primario y/o de baja elaboración manufacturera, lo cual forja una reprimarización que nos torna dependientes ante las caídas de los precios de los commodities, debilitando nuestro comercio y la integración intrarregional. El sistema de intercambios de pagos que se ha venido construyendo se sintetiza en una China que demanda bienes básicos, que realiza inversiones para su extracción y transporte, y que efectúa créditos para promover ese tipo de inserción bilateral. Este sistema es muy similar al que en el siglo XIX mantuvieron nuestras naciones con las potencias europeas y estadounidense.

Para no caer en esa trampa en la que las economías de la región se queden estancadas en el sector primario, los gobiernos locales deberían de aprovechar la perspectiva de incremento de la demanda china de bienes primarios y alimenticios, para la instalación de infraestructura productiva apoyada en las inversiones y préstamos chinos. Se deben, también, negociar otros aspectos como la diversificación de las exportaciones a China, la participación de empresas locales en las inversiones y las transferencias de tecnología. El desafío es saber aprovechar los elementos favorables que nos ha aportado la expansión china, impulsando programas nacionales y regionales de crecimiento

y diversificación, fortalecimiento del capital humano, mejoras en el servicio y el transporte, y políticas de competitividad y desregulación.

Las expectativas de inversión de capitales chinos deben también orientarse hacia un mejoramiento de la infraestructura de las naciones latinoamericanas, básicamente en comunicación, logística, fuentes de energía renovable, y preparación profesional. De esa manera estaríamos creando las defensas frente a los posibles desajustes que suelen afectar el sistema económico internacional. Nuestros países deben estar también preparados para enfrentar y resolver los problemas ambientales y de relación con las comunidades, en los cuales China, a pesar de los pasos importantes que ha dado en los últimos años, todavía sigue acusando notables deficiencias.

Entre China y Latinoamérica se ha repetido hasta la saciedad que las relaciones económicas emprendidas apuntan al beneficio mutuo, sin imposiciones que violenten principios de consenso general –como son la soberanía, la democracia, la coexistencia pacífica, el crecimiento armónico, el intercambio cultural- o que alteren las políticas soberanas de cada uno de sus gobernantes. Pero, en la práctica, varias de estas proclamas y buenos deseos, se han topado con piedras en el camino, y distan todavía mucho de haber sido cumplidos, sobre todo en lo que corresponde a las aspiraciones del lado latinoamericano.

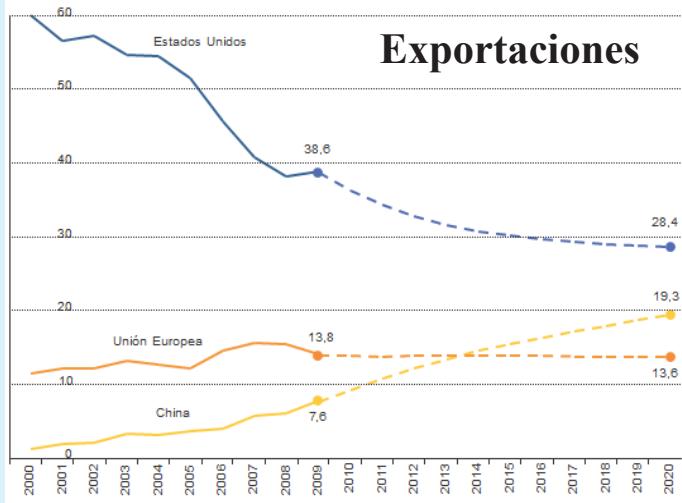


Figura 5.1. América Latina y El Caribe (16 Países): Participación de destinos y orígenes en el total comercial, 2000-2020a

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de Naciones Unidas, Base de datos estadísticos sobre el comercio de mercaderías (COMTRADE), y de fuentes nacionales.

a Los 16 países son: la Argentina, Bolivia (Estado Plurinacional de), el Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, el Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Panamá, el Paraguay, el Perú, el Uruguay y Venezuela (República Bolivariana de). Estimaciones y proyecciones basadas en las tasas de crecimiento del PIB de 2000 a 2009 de América Latina y el Caribe, Asia y el Pacífico, China, los Estados Unidos, la Unión Europea y el resto del mundo. Se prevé que la tasa de crecimiento del comercio sea convergente con la tasa de crecimiento de largo plazo de las economías.

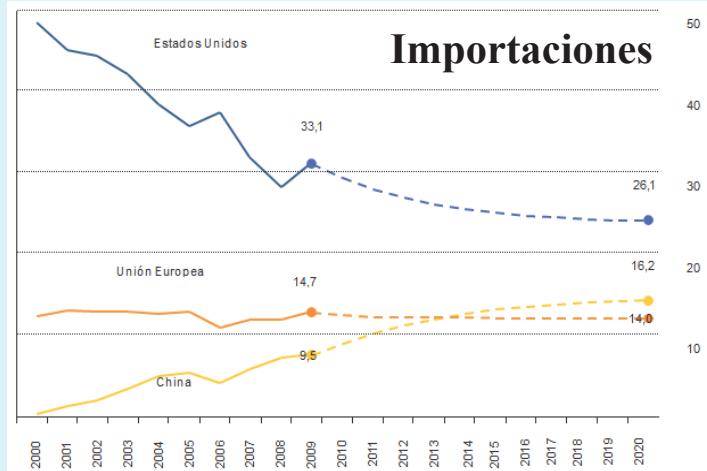


Figura 5.2. América Latina y El Caribe (16 Países): Participación de destinos y orígenes en el total comercial, 2000-2020a

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de Naciones Unidas, Base de datos estadísticos sobre el comercio de mercaderías (COMTRADE), y de fuentes nacionales.

a Los 16 países son: la Argentina, Bolivia (Estado Plurinacional de), el Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, el Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Panamá, el Paraguay, el Perú, el Uruguay y Venezuela (República Bolivariana de). Estimaciones y proyecciones basadas en las tasas de crecimiento del PIB de 2000 a 2009 de América Latina y el Caribe, Asia y el Pacífico, China, los Estados Unidos, la Unión Europea y el resto del mundo. Se prevé que la tasa de crecimiento del comercio sea convergente con la tasa de crecimiento de largo plazo de las economías.

Capítulo 6

Estados Unidos y China en la perspectiva latinoamericana

Juan José Mejía

6.1 Transición en el poder mundial

Si se le pregunta a cualquier ciudadano latinoamericano quien descubrió nuestro continente, seguramente contestará que fue el genovés Cristóbal Colón. Claro que siempre habrá un mejor informado quien aclarará que los vikingos estuvieron por acá antes que los españoles. Sin embargo, muy pocos responderán que, probablemente, antes de los europeos nuestras tierras fueron visitadas por expedicionarios asiáticos. En efecto, según sostenta el investigador inglés Gavin Menzies en su libro *1421, el año en el que China descubre América*, el almirante chino Zhen He arribó a nuestro continente en 1421, en uno de los tantos viajes que realizó con el patrocinio del emperador de la dinastía Ming, Zhu Di. Como primordial prueba, entre otras, Menzies presenta un viejo pero bien detallado mapa de América, supuestamente elaborado por el navegante chino (Canton, 2015).

Asumiendo que esa afirmación estuviera en lo cierto, y suponiendo que los asiáticos hubieran sido los que colonizaron América en vez de los europeos, nuestra historia y muchas cosas más, hubieran sido notablemente diferentes, empezando por

nuestro aspecto físico, nuestro idioma y nuestra religión. Pero, no lo hicieron ellos, quizás por la enorme distancia que separa los dos continentes, quizás por el prematuro fallecimiento de Xhu Di, el patrocinador de las expediciones. Ya sabemos que la historia se construye así, por casualidades y causalidades. En todo caso, a casi 600 años de distancia parece que los actuales gobernantes chinos quieren reparar esta falla histórica. Y ahora han desembarcado decididamente en la región Latinoamericana, pero con una diferente forma de conquista: la que se consigue con el eficaz argumento de los recursos financieros.

Del colonialismo europeo, América Latina derivó a una dependencia neocolonial hacia los Estados Unidos. Durante el siglo XX y, particularmente, durante la Guerra Fría, la existencia de los estados latinoamericanos se desenvolvía en función de las necesidades del desarrollo estadounidense. Esta dependencia se iniciaba en lo económico y se proyectaba en lo político y en lo ideológico. Organismos como la OEA, en el escenario multilateral, o el FMI y el Banco Mundial en lo financiero, fueron conformados como instrumentos de enlace para la materialización de los criterios e intereses de los Estados Unidos en nuestras tierras. Una muestra del estándar geopolítico dominante fue la decisión unánime de los miembros de la OEA de expulsar de su seno a Cuba, su hermana regional, por su acercamiento a Moscú, la antípoda de Washington. Y la desigual ordenación comercial, que le asignó a las naciones latinoamericanas el papel de productoras-exportadoras de productos primarios y compradoras de industria y tecnología, nos habla de la potestad económica asumida por el poderoso vecino del norte. Pero los tiempos han cambiado, la unipolaridad está siendo desplazada por una multipolaridad en construcción, y hay nuevos condicionamientos económicos, todo lo cual obliga a Latinoamérica a hacer una rigurosa evaluación de los actores en escena, para definir su ruta hacia el progreso.

La aparente supremacía del sector externo de Estados Unidos no es tan cierta. Desde inicios del siglo XXI su ritmo comercial ha tenido una tendencia decreciente y, al contrario de lo que se puede creer, su relación exportaciones/PIB ha sido baja en comparación al promedio internacional. Para el año 2000, de un total mundial de exportaciones de bienes de 6,36 billones de dólares, Estados Unidos ocupaba el primer lugar con 770 000 millones de dólares, lo cual representaba un 12% del total, seguido por Alemania con un 9% y Japón con un 8%. Para entonces China participaba con un 4% de las ventas mundiales (tabla 6.1). La relación de las exportaciones estadounidenses con su economía era del 7%, inferior al promedio del 12% de las otras economías importantes. La relación exportaciones/PIB de China era del 21%, lo cual ya hablaba de su potencialidad comercial.

Para el 2009, frente a unas exportaciones planetarias de 12,5 billones de dólares, las ventas de Estados Unidos habían alcanzado casi el billón de dólares, pero su participación en el total había bajado al 8%, superada por Alemania con el 9%, y China que con 1,25 billones, el 10% del total mundial, ya se había hecho con el primer lugar. El coeficiente exportaciones/PIB de Estados Unidos seguía en el 7%, pero el de China había subido al 25%. En cuanto a exportaciones de servicios, aunque Estados Unidos ha seguido conservando el primer puesto, la tendencia ha sido similar a la de las ventas de bienes, por lo que su descenso frente al posicionamiento de China es otro factor que amerita un análisis. De todas maneras, debido al tamaño de su economía, y a sus características intrínsecas de tecnología y servicios, el comercio estadounidense sigue manteniendo su notable influjo dentro del contexto global (Osvaldo Rosales, Mikio Kuwayama. CEPAL. 2012).

Otra de las debilidades del comercio de los Estados Unidos

ha sido su balanza comercial. Desde los años setenta, sus exportaciones han estado ordinariamente por debajo de sus importaciones, con obstinados, aunque fluctuantes, saldos negativos con el resto del mundo. Para el 2006 ese déficit llegó a superar los 700 000 millones de dólares, pero en el 2009 se redujo a 375 000 millones de dólares, aunque volvió a repuntar en el 2010 a 496 000 millones de dólares. En esos resultados deficitarios ha tenido gran peso el descollante comercio de la China Popular, que desde su escalada económica ha arrojado continuos márgenes a su favor frente a Estados Unidos, los que han llegado a superar los 200 000 millones de dólares. Con un comportamiento no mucho mejor en su cuenta de servicios, Estados Unidos ha adolecido de una progresiva debilidad en su balanza de pagos que ha mantenido deficitaria su caja fiscal, y cuyo financiamiento le ha obligado a recurrir una y otra vez al endeudamiento externo –en buena medida proveniente de la misma China- el que ha alcanzado proporcionalidades que bordean el ciento por ciento del PIB de la potencia americana.

6.2 El comercio latinoamericano en perspectiva.

Tradicionalmente, América Latina y El Caribe han sido uno de los mercados más importantes para Estados Unidos. De hecho, en las décadas de los ochenta y los noventa la cuota de los países latinoamericanos y caribeños dentro del mercado estadounidense creció del 15,7% al 20,6%, es decir que pasó a ocupar una quinta parte del comercio del gigante norteamericano. Pero, la ralentización en el ritmo de crecimiento comercial de Estados Unidos, experimentada del 2000 al 2013, incidió relativamente sobre su comercio con Latinoamérica. En otras palabras, la débil expansión del mercado estadounidense dentro del contexto global, restó contundencia al peso porcentual que dentro de ese mercado había ganado el comercio latinoamericano. En contrapartida, el notable aumento del

volumen comercial de Latinoamérica y el Caribe con otras regiones importantes del planeta, contribuyó también en el apocamiento del comercio de la potencia norteamericana frente a nuestra región. En esta tendencia se destaca la pujante entrada de las zonas de Asia y el Pacífico en el continente americano –China a la cabeza–, iniciada desde finales del siglo XX, y que, como incidencia lógica–, ha venido a alterar las propias fundamentaciones geopolíticas de nuestros países.

Revisando cifras, en el año 2000 el comercio total (exportaciones e importaciones) de Estados Unidos con Latinoamérica era de 376 086 millones de dólares en tanto que el de China era de apenas 11 838 millones de dólares. Para el 2013 el comercio de Estados Unidos con América Latina había crecido a 800 000 millones de dólares, un incremento del 125% en los trece años; pero el comercio de China con América Latina había ascendido a 256 229 millones de dólares, un ascenso de 2 064% que nos grafica el impresionante crecimiento comercial entre ambas regiones. Durante ese periodo la participación de Estados Unidos en el universo comercial de Latinoamérica y El Caribe había bajado del 54% al 35%, pero, en contrapartida, la participación de China había subido del 2% al 12%. Y las estimaciones efectuadas para el 2015 nos muestran la misma tendencia, al punto que ubican ya a China como el segundo socio comercial de América Latina, superando a Europa y aproximándose inquietantemente a Estados Unidos (Chavez, 2015).

De acuerdo a una medición comparativa entre el comercio de América Latina y varias regiones, efectuada por la CEPAL durante el periodo 2000-2010, las exportaciones a Estados Unidos descendieron de 61,0% al 41% sobre el total, bordeando los 390 000 millones de dólares al final del periodo; y la importaciones cayeron del 55% al 30.8%, rondando los 300 000

millones de dólares en el 2010. En contraste, durante el mismo periodo, las exportaciones de Latinoamérica hacia la zona Asia crecieron del 5% al 16,6%, y las importaciones pasaron del 10,9% al 26,9%. Dentro de ese grupo, América Latina incrementó sus ventas a China del 1,1% al 8,3% al final del periodo, porcentaje que representa 81 000 millones de dólares; y sus compras del 1,8% al 13,3%, es decir 130 000 millones de dólares. Es de anotar que también el comercio de América Latina con Europa se ha visto incrementado en alrededor de dos puntos porcentuales, y con el resto del mundo ha tenido un importante repunte, sobre todo en lo relacionado a las exportaciones. En cuanto a las importaciones del conjunto de países, durante el mismo periodo, todos los sudamericanos han reducido sus transacciones con Estados Unidos, con las excepciones de Ecuador y Chile donde casi no ha hubo variación durante el periodo analizado.

Ahora bien, mirando en forma individual las cuotas comerciales de América del Sur con Estados Unidos –es decir, excluyendo a México y Centroamérica donde el comercio tiene sus propias particularidades que ya vamos a revisar- en el periodo del 2000 al 2009 se puede confirmar la mengua comercial entre el norte y el sur americanos, de la que estamos hablando: las economías más grandes de la subregión, Brasil, Argentina, vieron contraerse sus exportaciones a Estados Unidos. Y de esa fecha hasta el 2014 la proporción del comercio con Estados Unidos se fue reduciendo aún más, al punto que Brasil, que representa casi la mitad de la economía regional la vio caer del 24,4% al 12.1%. Colombia, Perú y Chile también vieron comprimirse sus cuotas de exportación, en un comportamiento que llama la atención por ser naciones que tienen tratados de promoción comercial con Estados Unidos, lo cual nos hace notar que la firma de esos acuerdos no garantiza necesariamente una fortaleza comercial. Y en el resto de países, aunque en variables

márgenes, también se dio el mismo comportamiento declinante (tabla 6.2).

Refiriéndonos al comportamiento de México, es de notar que pese a la profunda vinculación comercial de este con Estados Unidos, también ha habido una contracción parcial del comercio mexicano con Estados Unidos, básicamente por el lado de las importaciones que descendieron del 71% al 49% en el 2014. En cambio sus exportaciones hacia Estados Unidos han mantenido su cuota del 80%, estimuladas por la vigencia del tratado del ALCA (NAFTA por sus siglas en español) firmado entre ambos en 1994, que aprovechando su condición de vecinos, ha hecho ampliar las rutas para el traslado de capital y servicios. La ventaja logística y los bajos costes laborales que aporta México ha hecho que grandes firmas automotrices, como la Ford, GM, Chrysler, Nissan, Toyota o Mercedes Benz, se hayan asentado en tierra mexicana, haciéndola neta exportadora de autos hacia mercado estadounidense. Este auge de la industria automotriz ha hecho también crecer el sector paralelo de los repuestos automotrices, de los cuales México es uno de los más grandes proveedores mundiales.

Pero si con Estados Unidos el comercio latinoamericano ha mostrado una tendencia decreciente, por el contrario, con el mercado asiático -y particularmente con China- ha experimentado un notable ascenso desde comienzos de siglo. Así, del 2000 al 2009, entre los países de mayor peso, es decir Brasil, Argentina, Venezuela, Perú y Chile, las exportaciones a China Popular tuvieron un notable incremento, el que ha continuado hasta el 2014, aunque en proporciones diferentes' Las importaciones, por su lado, crecieron entre tres y siete veces. Por su tamaño, siempre es importante observar el caso del Brasil, donde tanto las ventas como las compras crecieron más de seis veces. A diferencia de la zona del pacífico asiático,

con la cual el comercio ha sido robusto, con la Unión Europea ha existido altibajos. México, por su lado, ha tenido un notorio aumento de sus compras a China, aunque sus exportaciones adoleciendo de una endémica restricción.

Esta especie de mutación comercial en las relaciones comerciales de América latina y El Caribe, experimentada durante la primera década del siglo XXI, exterioriza el desaliento de los países latinoamericanos sobre esa anacrónica estructura de nuestros mercados, siempre ligada al norte industrializado, que no supo responder a sus expectativas de desarrollo. Sin duda que esto ha contribuido en el aumento de las esperanzas de que con la incorporación del mercado asiático, y la mejoría de los términos de intercambio, la situación cambie radicalmente.

En lo referente al comercio efectuado entre los países de la región, hay que destacar los importantes volúmenes alcanzados por este, que subieron en 6 puntos durante el periodo, pasando a ocupar el segundo puesto dentro del conjunto, lo cual nos viene a confirmar los gratos resultados que en ese sentido han tenido todos los tratados intrarregionales y las integraciones subregionales, expresados en organismos como el MERCOSUR, la CAN, el Mercado Común Centroamericano, y el Caricom, entre otros.

En lo relacionado a la especialización y el nivel cualitativo del comercio mantenido por América Latina con países de economía más avanzada, es evidente de que, pese a los progresos alcanzados aisladamente por unas pocas naciones, nuestro conjunto regional no ha logrado evadirse totalmente de su recalcitrante papel de vendedor de productos básicos y comprador de industria y tecnología. Esta asimetría comercial siempre ha constituido una preocupación ya que los productos primarios son finitos, su valor agregado es limitado, y su impacto

potencial sobre el desarrollo a largo plazo carece de eficacia debido a que los ingresos provenientes de estos recursos suelen ser asignados inadecuadamente.

Dando una mirada retrospectiva, en 1970 las exportaciones de bienes primarios latinoamericanos y caribeños constituyan el 89% del total exportado; pero, en 1980 habían descendido al 83,3%, en 1990 al 67%, en el 2000 al 41,8% y en el 2013 el 53%. Es decir que en el transcurso de las tres primeras décadas revisadas, o sea hasta el 2000, el peso de las exportaciones primarias, dentro del total regional, tuvo una disminución a menos de la mitad. Esto, desde luego, podría interpretarse como un desarrollo cualitativo de la producción regional. Sin embargo, en esta evolución hay que dejar bien identificado el influjo de los dos gigantes latinoamericanos, Brasil y México que, desde 1970 hasta finales del siglo, lograron robustecer su sector secundario y redujeron su dependencia de las exportaciones de bienes básicos de un 89,6% a un 41,6%, en el primer caso, y del 63% a apenas un 14,8% en el segundo. Es esta transmutación comercial de ambas naciones la que sustenta la sostenida caída de la cuota de exportaciones primarias dentro del comercio latinoamericano, lo cual, sin embargo, no representa el estándar comercial del grueso de las naciones donde no hubo mayores cambios en la calidad exportable. En ese sentido, hay que señalar los casos de países como Venezuela, Colombia, Perú, Ecuador, Paraguay, Bolivia y la propia Colombia –pertenecientes al Mercosur y a la CAN–cuyas exportaciones han correspondido casi en su totalidad a productos sin calidad tecnológica y que, a la actual fecha, no han modificado mucho esa situación.

Sin embargo, habiendo comprendido que bajos esos términos comerciales difícilmente se puede salir del subdesarrollo, los países latinoamericanos han venido tratando de cambiar su carácter mono-exportador. Es el caso del mercado

centroamericano, donde hay que reconocer que ha obtenido mejores resultados en sus esfuerzos por dejar de depender de las exportaciones primarias. México también ha sido pionero en ese sentido. Ahora bien, si revisamos la primera década del presente siglo, encontraremos que la cuota de exportación de productos básicos, que había venido descendiendo a lo largo de las décadas anteriores, ha vuelto a incrementarse en varios de los países, como Brasil y Colombia. Sin duda que en esto tiene mucho que ver la reconfiguración comercial experimentada desde fines del siglo XX en la región, con el arribo del prominente socio oriental, con sus particulares diseños de desarrollo comercial, y las poco uniformes dinámicas de crecimiento adoptadas por varios de nuestros países, aspectos que no pueden soslayarse en el análisis del secular subdesarrollo de la comunidad latinoamericana.

En cuanto a la estructuración de nuestro comercio dentro del mercado de Estados Unidos, México ha sido su principal vendedor, con cerca de 260 000 millones de dólares en exportaciones hacia su vecino del norte, al 2010, casi los dos tercios de sus ventas. El enorme peso de las ventas de México, como parte de la región latinoamericana, influyó para que a lo largo de la primera década de este siglo, la balanza comercial de Latinoamérica y el Caribe hacia Estados Unidos registrara saldos positivos; esto hasta el 2009 en que tuvo una contracción, como consecuencia de la recesión originada por la crisis hipotecaria, que afectó las compras estadounidenses. Pero desde el 2010, al empezar a recuperarse la economía estadounidense, sus importaciones aumentaron, incidiendo en un aumento del saldo comercial latinoamericano. Vale destacar que la crisis financiera, habiendo repercutido sobre las compra-ventas de la región, lo hizo sobre todo en los países y regiones que mayor dependencia comercial tienen con la potencia norteamericana, como es el caso de México, además de Centroamérica y el

Caribe.

Si con Estados Unidos el comercio mexicano tiene saldos favorables, con respecto a China la balanza comercial de México denota una asimetría estructural que influye deficitariamente en el conjunto regional. La nación hispano-azteca, aprovechando su especialización manufacturera y la protección estatal a los monopolios comerciales del país, aplica una política de “importar para exportar”. Por ello es un importante comprador de los productos asiáticos, sobre todo de piezas y bienes de capital con los que genera manufacturas que luego se dedica a comercializar con los demás países. Pero como sus productos no tienen buena acogida en China, por las políticas proteccionistas de esta, sus exportaciones hacia la potencia asiática han sido bastante reducidas y apuntan más bien a otras regiones más factibles, como Estados Unidos y Canadá, donde el tratado de libre comercio le otorga notorias facilidades.

Esta refracción de China a los productos mexicanos se debe a que el gobierno chino pone énfasis en la captación de productos primarios, sin mayor elaboración, que necesita para sustentar su producción industrial y sustentar el consumo alimentario y de misceláneos de su enorme población. Pero cuando el nivel tecnológico de los bienes importados se empieza a incrementar, inmediatamente se activan sus protecciones arancelarias, sus salvaguardias, y actúan las disposiciones a las numerosas y voluminosas empresas del sector público para que privilegien el consumo de bienes nacionales antes que los de importación. De forma que, frente a estas reglas comerciales que determinan el comercio mexicano-chino –similares a las que habitualmente afectan a Centroamérica y el Caribe- los resultados han sido la formación de una bolsa exportable deficitaria con China, pero robusta con los Estados Unidos.

Enfocando separadamente el comercio de los países de América del Sur (el Mercosur y la Comunidad Andina) con China, se ve que durante toda la década los saldos comerciales de esta subregión han mantenido permanentes déficits, pero estos han sido pequeños, aunque con ocasionales brechas que luego se vuelven a cerrar. Así por ejemplo, en el 2008, esa brecha sufrió un fuerte ensanchamiento cuando las importaciones de América del Sur a China superaron los 50 000 millones de dólares frente a unas exportaciones de alrededor de 40 000 millones de dólares; pero, en los siguientes años la reanimación de la demanda china hizo que los déficits de la subregión volvieran a “normalizarse”. En contraste, el comercio de México y Centroamérica frente a China ha sido altamente deficitario. Así, al final del periodo las importaciones alcanzaron los 36 000 millones, en tanto que las exportaciones apenas superaron los 3 000 millones de dólares, lo cual ha sido gravitante en los saldos rojos que tradicionalmente arroja el comercio latinoamericano y caribeño con China.

En otras palabras, es el factor México y Centroamérica el que ha determinado los saldos comerciales de toda la región, habitualmente favorables con los Estados Unidos, pero desfavorables con la República Popular China. Para algunos este es un factor de mercado, que genera una natural compensación dentro del juego comercial-regional del planeta, y que debería ser aprovechado desde sus ejes positivos y corregido en sus aspectos desfavorables. “Desde la perspectiva de América Latina y el Caribe, el superávit comercial con los Estados Unidos ayuda a compensar el déficit con China y el resto de Asia” (Osvaldo Rosales, Mikio Kuwayama. CEPAL, 2012).

Haciendo un desglose del tipo y calidad tecnológica de los productos, el periodo de 1990 hasta el 2009 nos permite observar que el mayor porcentaje de los bienes exportados por América Latina y el Caribe, tanto hacia EEUU, como hacia

Asia o Europa, corresponde al grupo de productos básicos-primarios entre los cuales lideran el petróleo crudo, habas de soja, cátodos y mineral de cobre y aleaciones, mineral de hierro, zinc, caña de azúcar, banano, etcétera (el petróleo y la soja representan el 75% de las ventas brasileñas). Este grupo es seguido por manufacturas basadas en recursos naturales, como joyas de oro y plata, alimentos congelados, cigarros, materias de origen animal, etcétera. Las exportaciones de mediana y alta tecnología en cambio son más reducidas, con la excepción de las manufacturas de México hacia Estados Unidos. Pero es importante mencionar que este tipo de especialización de México se origina en el ingreso al país de insumos y piezas estadounidenses que son procesadas en plantas maquiladoras mexicanas, más competitivas por el bajo costo de la mano de obra, y que luego alimentan la bolsa exportable del país latinoamericano.

En el caso de China, es uno de los principales consumidores de metales y petróleo. En el 2000 absorbía el 14% del consumo mundial de acero y aluminios, pero para el 2007 ya consumía un tercio del total, y para el 2014 había incrementado esa cuota a casi el 40%. Es también un gran consumidor de aceites de soja y maíz de soja, productos de los cuales los principales abastecedores son los países latinoamericanos, destacándose Argentina y Brasil. En el caso de Chile, sus ventas han estado concentradas en el cobre y afines, que abarcan un 80% de sus ventas, básicamente hacia EEUU y China. En el Perú el 90% de sus exportaciones a China están constituidas por cobre, hierro y otros bienes tradicionales. El comercio nulo de EEUU con Cuba ha llevado a que este país caribeño se haya convertido en el gran surtidor de níquel y azúcar para China. Y en el caso de Venezuela, Colombia y Ecuador, el grueso de sus ventas ha sido el petróleo, con destino Asia y Norteamérica. Como vemos, es toda una concentración de las exportaciones latinoamericanas

en productos primarios, sin mayor elaboración, con escaso o ningún valor agregado, y hasta de altos niveles contaminantes, que denota la dependencia estructural de su comercio y que no ayuda mucho en el camino hacia el desarrollo sustentable que busca la región.

El comercio birregional aun constituye un intercambio interindustrial en el que ALC exporta a China principalmente productos básicos y manufacturas basadas en recursos naturales, e importa de ese país, casi en forma exclusiva, manufacturas de diversa intensidad tecnológica. La gran importancia de China en el comercio mundial y su (todavía) reducido nivel de intercambio con América Latina y el Caribe representan desafíos y, al mismo tiempo, importantes oportunidades para la región. (Osvaldo Rosales, Mikio Kuwayama. CEPAL, 2012).

Desglosando por región de destino, desde 1990 a 2009, las exportaciones de productos básicos hacia Estados Unidos han evolucionado hasta un 35%, y las de manufacturas de alta tecnología que eran de un 10% en 1990, se han duplicado, demostrando los esfuerzos por generar valor tecnológico, aunque en ella el gran peso lo ha llevado México. Hacia la Unión Europea, los bienes básicos han bordeado un 60% durante toda la etapa observada, mientras que las de alta tecnología no han superado la décima parte. Pero, hacia China, las exportaciones de productos básicos, que estaban en niveles del 30% en 1990 –aunque los volúmenes eran muy reducidos-, se ha ido incrementando hasta duplicarse al final del periodo observado, en tanto que los bienes de alta tecnología recién empezaron a venderse desde principios del siglo XXI, pero sin que hayan superado el 10% del total. Esto nos indica que China ha sido un elemento cardinal en el repunte de las exportaciones de bienes de origen primario que, desde inicios del actual siglo, ha experimentado América Latina y el Caribe dentro de su total

exportado.

Ahora bien, a primera vista, parecería que la brecha entre las cuotas de las exportaciones primarias y las de manufacturas de mediana y alta tecnología, dirigidas desde América Latina y El Caribe a Estados Unidos, sería menor que la brecha existente entre ventas primarias y las de tecnologías, destinadas a China. O sea, que las exportaciones latinoamericanas de bienes primarios a China son mayores que las que se efectúan hacia Estados Unidos, y que, en cambio, las exportaciones de manufacturas de valor agregado son menores, lo cual hablaría de que, con respecto a Estados Unidos, las condiciones de intercambio de América Latina y el Caribe son mejores que con respecto a China. Pero si se excluye a México del análisis, esta visión cambia:

Resulta que, durante el periodo que va de 1980 hasta 2009, las exportaciones mexicanas de productos básicos hacia Estados Unidos bajaron de un 65% hasta un 20%: una caída de 45 puntos en ese sector, que contribuye al 35% como promedio regional. Por el contrario, y excluyendo a México, los productos primarios exportados por nuestra región hacia Estados Unidos, que para finales de los años 90 habían descendido hasta el 41% de las ventas totales, se empezaron a incrementar desde fines del siglo XX, hasta alcanzar casi un 60% en el 2009: un alza de 19 puntos en ventas primarias. Por su lado, las exportaciones de alta tecnología de México hacia Estados Unidos, han crecido a lo largo de las tres décadas, hasta alcanzar casi un 30% del total, pero la venta de este mismo tipo de bienes desde la región latinoamericana, sin contar a México, ha sido casi inexistente. En otras palabras, la inclusión de México en el análisis, es lo que da la apariencia de un mejoramiento en la intensidad tecnológica del comercio latinoamericano y caribeño con Estados Unidos, lo cual no es una realidad en el contexto macro regional.

Las exportaciones desde México hacia Estados Unidos, de manufacturas de distinta tecnología, que incluyen vehículos, electrodomésticos, y unidades de procesamiento digital, representan un 82% del total vendido, lo cual también ha contribuido para el 20% de ventas tecnológicas a la potencia del norte, que arroja en promedio la región. Es así como el mercado estadounidense se ha constituido uno de los más fériles pastos para el florecimiento de los imperios empresariales mexicanos, aunque no el único. Los países centroamericanos también han incrementado notablemente sus ventas de manufacturas, aunque sean mayoritariamente de baja tecnología, y dependen menos de los bienes básicos. Los países andinos de la CAN, en cambio, son exportadores netos de productos básicos, en una proporción que ha subido desde el 50% promedio a mediados de los años ochenta, hasta el 86% en el 2013, debido a la irrupción del comercio chino. Así mismo, El Mercosur, a pesar de los importantes avances en la generación de manufacturas de relativo nivel tecnológico, experimentados durante los años ochenta y noventa merced a su política sustitutiva, ha visto revertirse esos logros y, para 2013 volvió a estancarse en ese mismo porcentaje del 70% de su comercio destinado a exportaciones primarias, que registró en 1980.

De manera que, en la medida que se excluya a México o a los países centroamericanos del conjunto latinoamericano, las exportaciones de productos básicos desde América latina y el Caribe hacia los Estados Unidos registrarán la misma alta proporción –más del 60% en promedio- que la destinada a otros mercados, como China y Europa. De esa manera, se evidencia que las exportaciones de productos del sector primario de Latinoamérica y el Caribe, luego de haber tenido una tendencia descendiente desde los años setenta hasta fines de siglo, se han vuelto a inflar, sobre todo por la incorporación de China en el comercio. Es decir que, si bien es cierto la demanda china

de materia prima hizo repuntar los márgenes de ganancia de las ventas latinoamericanas, no modificó sino que más bien reafirmó las viejas condiciones estructurales del comercio regional. Las exportaciones de manufacturas de mediana intensidad tecnológica han tenido algún repunte en México, Brasil, Colombia y Costa Rica, entre otros, pero sobre todo en el comercio interregional, donde representan casi la mitad de las exportaciones. Y en el caso de las ventas de alta tecnología y de manufacturas de valor agregado, estas siguen manifestándose con mucha timidez, y segmentadas hacia regiones específicas.

Por su lado, las importaciones que efectúan los países de América Latina y el Caribe con el resto del mundo, tienen que ver fundamentalmente con productos que van desde la alta tecnología hasta los de bienes de capital, insumos o manufacturas medianas. México es el país que mayormente ha logrado revertir esta dependencia de los sectores secundario y terciario, propósito en la cual ha colaborado su vinculación con Estados Unidos. En el resto de países, incluido Brasil, el grueso de las compras a China, Estados Unidos y Europa, está constituido por teléfonos celulares, aparatos de telecomunicación, televisores y ordenadores, vehículos, partes y repuestos, que por sus gruesos volúmenes y su alto valor agregado no solo que afectan nuestros saldos comerciales sino que anulan las coyunturales ventajas obtenidas recientemente en los términos de intercambio.

En lo que respecta al *índice intraindustrial IGL*¹ (Índice de Grubel y Lloyd), no cabe dejar de mencionar el de México con otras subregiones. Este comprende en buena medida bienes de contenido tecnológico alto y medio –como equipos eléctricos,

¹ El IGL es un indicador que permite medir la relación existente entre las exportaciones e importaciones de productos de similar característica dentro de los flujos bilaterales. El índice varía entre 0 y 1: cuanto más se acerca a 1, mayor es la participación del comercio intraindustrial entre los países, y viceversa.

microcircuitos, máquinas de procesamiento automático- y de bajo valor tecnológico –hilos, textiles, productos de hierro y acero-. Con Estados Unidos este intercambio intraindustrial mexicano ha tenido una mayor paridad, considerando la importancia del mercado estadounidense, pero con China han existido dificultades, a causa de las políticas restrictivas que aplica el país asiático a los bienes de mayor industrialización. En los tratados comerciales entre el resto de las naciones latinoamericanas, los intercambios industriales han tenido un buen desempeño. Los ejes intra industriales entre Brasil y Argentina han tenido una mayor intensidad, y son destacables también los esfuerzos en ese sentido efectuados entre Costa Rica, Guatemala y el Salvador. El comercio intraindustrial entre los países de Sudamérica y China, hasta el 2009 ha sido incipiente, aunque llegó a tener algún despunte en los últimos años.

En cuanto a la distribución del comercio es un hecho que el mismo ha estado profundamente concentrado en los países de mayor tamaño. “Durante el periodo 2005-2008 cinco naciones representaban en promedio casi el 86% del comercio de las exportaciones de toda la comunidad latinoamericana: el Brasil (33%), Chile (25%), la Argentina (12%), México (9%) y el Perú (7%). Las importaciones regionales de bienes procedentes de China están aún más concentradas; dentro de América Latina y el Caribe, México es el mayor importador, con una cuota del 48% de las compras totales de la región al país asiático, seguido del Brasil (20%), la Argentina (6%) y Chile (6%) (Osvaldo Rosales, Mikio Kuwayama. CEPAL, 2012). Es decir que México concentra casi la mitad de las importaciones totales desde China, lo cual, como ya hemos puntualizado, influye decididamente en la balanza comercial de la región, y es un elemento distorsionante en la apreciación de los estándares de la economía latinoamericana.

Entre los productos exportados también existe una alta concentración, pues en casi todos los países –excepto México, más diversificado- el 80% de ellos se remite a no más de cinco artículos. Esta concentración se intensifica fundamentalmente en el caso de los principales productos de tipo tradicional, aunque con variaciones muy claras. Entre los 20 primeros artículos latinoamericanos importados por China, están productos primarios habituales, como son el mineral de hierro –que representa más del 20% del total comprado por China- y el petróleo en crudo, lo que profundiza lo que se conoce como la “reprimarización” del comercio de América Latina. Aunque existen otros bienes como el cobre y la soja, anteriormente de gran peso en el comercio latinoamericano, cuyas ventas –además de sus precios- han tendido a reducirse.

Ante estas evidentes desventajas en la intensidad tecnológica de las naciones latinoamericanas y caribeñas, estas han tratado de negociar términos de intercambio más favorables al firmar sus convenios comerciales. Es así como, en algunos casos, para proteger la industria nacional se ha logrado excluir de la desgravación arancelaria a ciertos bienes sensibles y al mismo tiempo se ha logrado negociar el ingreso de bienes industrializados en mejores términos. En estos acuerdos, ha sido importante la exigencia de salvaguardas y medidas antidumping, y la asignación de la categoría NMF (Nación Más Favorecida) dado para el comercio de ciertos productos, como los del sector textil, que normalmente enfrentan difíciles condiciones. En esa línea de tratar de revertir las desventajas para el nivel tecnológico del comercio latinoamericano ha sido también importante la renegociación de temas como propiedad intelectual, controversias, impactos macroeconómicos y sectoriales, altos costos del transporte flete, falta de interconexión y seguros (tengamos en cuenta que, para ir a Asia, hay q hacer escala en África y puertos americanos).

Como un reflejo de los esfuerzos por la diversificación exportable efectuados desde hace algún tiempo por los gobiernos de la región, han surgido otros bienes básicos o manufacturas, como jugos de frutas, aceites vegetales, carnes procesadas, frutas frescas, vino de uva, maderas, etcétera, que han engrosado la canasta exportable latinoamericana a precios más competitivos. Aún más, hay ciertos productos de mayor especialización, como partes electrónicas, piezas de maquinarias y de las tecnologías de la comunicación, que han obtenido mayor espacio dentro de los mercados asiáticos y de otras regiones. Las políticas hacia un mayor consumo interno, impulsadas en China, abrieron las posibilidades de que toda esta mejorada producción latinoamericana, mediante un eficiente manejo de las condiciones comerciales bilaterales, pudiera ser insertada en el mercado asiático, abriendo grandes posibilidades para el nivel de las ventas regionales.

Sin embargo, la firma en Atlanta, en octubre del 2015, del Acuerdo Estratégico Transpacífico de Cooperación Comercial (conocido como TPP por sus siglas en inglés), que se había venido trabajando en secreto desde hace algún tiempo por sus integrantes, viene a alterar las pautas vigentes en las relaciones comerciales de los países latinoamericanos con China y otras regiones. El principal promotor e integrante de ese acuerdo es Estados Unidos, con la participación de Canadá, Japón y Australia, a más de otros países emergentes de conocida influencia, que en conjunto aglutinan el 40% del PIB mundial. En él participan también tres países latinoamericanos, México, Perú y Chile, esperando que en breve se incorpore Colombia, el otro miembro de la Alianza para el Pacífico. Dentro de ellos han sido comentadas las ventajas obtenidas por México en lo relacionado a su comercio automotriz.

El marco conceptual del TPP es reducir las barreras

arancelarias, establecer estándares comunes en trabajo, propiedad intelectual y derecho ambiental, e implantar mecanismos de arbitraje entre sus miembros. Las fuertes medidas protecciónistas entre los socios del TPP, con cuotas y ventajas comerciales solo entre ellos, han sido miradas con preocupación por el resto de países latinoamericanos. Se ha considerado también que el tratado afecta la soberanía de los países en beneficio de las compañías farmacéuticas y tabacaleras e incrementa los precios de productos fundamentales como las medicinas y los cigarrillos² (Joseph Stiglitz, 2015). Por su lado, China y la India, excluidos del tratado, lo han visto como una especie de contraataque de Estados Unidos en el pacífico asiático, donde varios de los “dragones”, normalmente vinculados a las dos potencias, se han integrado o piensan integrarse al mencionado tratado pro estadounidense.

Resumiendo esta evolución del comercio Estados Unidos-China-América Latina y el Caribe, durante la primera década del siglo XXI, podemos señalar cinco aspectos: 1) aunque Estados Unidos sigue siendo el primer socio comercial de América latina y El Caribe, ha venido perdiendo terreno en la región, mientras que la presencia de China ha ido creciendo; 2) que la balanza comercial de América Latina con Estados Unidos ha sido superavitaria, mientras que con Asia ha sido deficitaria, comportamiento en el que ha influido mucho el comercio mexicano; 3) que el superávit comercial de América Latina frente a Estados Unidos ha venido a compensar el déficit de esta región frente a Asia, y China en particular; 4) que las

2 Según el Nobel de Economía, Josef Stiglitz, los acuerdos sobre propiedad intelectual harían que las compañías farmacéuticas impongan sus prácticas monopólicas, cerrando el mercado a la producción de genéricos. En el caso de las grandes tabacaleras, las cláusulas dan capacidad para demandar a los gobiernos en la medida de que aquellas consideren que las normas internas, como las etiquetas de advertencia contra los riesgos a la salud o al medio ambiente, podrían afectar sus utilidades.

exportaciones de América Latina comprenden en su mayoría bienes primarios y que en sus importaciones dominan los bienes tecnológicos; y 5) que existe una alta concentración del comercio en unos pocos productos, así como en los países que predominan en el mismo. Los datos provisionales hasta el 2014 nos permiten indicar que estas particularidades comerciales se mantienen y que, incluso, se han reforzado.

6.3 El crédito y sus particularidades

En lo referente al campo crediticio, los préstamos otorgados por China a América Latina y el Caribe, desde el 2005 al 2014, han tenido un flujo irregular y poco homogéneo: de los 120 000 millones de dólares otorgados, el 87% provino de dos bancos chinos, y más del 90% estuvo destinado a solo cuatro países de los 33 que conforman la CELAC (Myles Margaret, 2014). El dinámico pero heterogéneo crecimiento que ha experimentado la llegada del crédito chino a la región, junto a las dudosas definiciones sobre sus beneficios y desventajas, empiezan a generar ciertas preocupaciones. En un estudio presentado en el 2013 por la facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México, en la revista Cechimense, se plantea la posibilidad de que las condiciones en que se han efectuado los empréstitos estén configurando una relación de dependencia financiera de América Latina hacia China (Kevin Gallagher, 2013).

Desde fines de la primera década del presente siglo, los préstamos chinos a los países latinoamericanos crecieron a un ritmo muy superior al de los organismos tradicionales, como el BM y el BID, y pasaron a ocupar los lugares no atendidos por los mercados de deuda soberana. Para el 2011, los créditos de ambas entidades habían sido superados por los préstamos chinos en la región. Es conocido que los países ubicados dentro

de la tendencia bolivariana, han tenido problemas en acceder al crédito de estos organismos (apenas una quinta parte del total latinoamericano) y, más aún, al de la banca privada. Entre otros, allí están Venezuela, cuyas políticas económicas han chocado fuertemente con el status financiero internacional; Argentina, que estuvo en los linderos del default por su posición dura frente a los denominados bonos buitres; y Ecuador, que tuvo su propio episodio al presionar a los tenedores de sus bonos Global para renegociar su cancelación de acuerdo a las cotizaciones reales del mercado. El Brasil de Lula da Silva, aunque su pragmatismo económico ha sido elogiado por los medios occidentales, en realidad ha sido considerado un aliado político natural de estos tres países y, por lo tanto, con poco acceso a los vistos buenos crediticios

Resulta que, precisamente esos países a los que la banca comercial ha ubicado en la categoría de alto riesgo por su indocilidad ante occidente, han sido los principales beneficiarios de los créditos chinos. Mirando los datos en el 2011, tan solo dos países, Venezuela y Ecuador, habían captado un 65,5% de estos préstamos de China, pese a tener entre ambos solo el 8% de la población, y el 7% del PIB latinoamericano. Junto con Brasil y Argentina, estos cuatro países, sin duda afines al gobierno de la China Popular, han acaparado el 97% de los créditos de ese país. El resto de naciones han estado prácticamente marginados de los créditos chinos, aunque su participación en la banca comercial occidental es mucho mayor (tabla 6.3). Muchos ven en esto una consecuencia de las consideraciones ideológicas que determinan la política crediticia de China, oficializada como estado socialista. Pero, para los más críticos, queda la duda de si en realidad la potencia asiática lo que ha hecho es aprovechar las circunstancias para ocupar los espacios que han abandonado los mercados comerciales, y colocar convenientemente allí sus paquetes crediticios.

Si miramos las tasas diferenciales en la región, los mercados soberanos cobran a los tres países mencionados, tasas de cuatro a seis veces superiores a las aplicadas para otros países más afines al status, como México y Perú. Esto reafirma que los abultados préstamos que otorga China a estos nichos de mala evaluación, tienen caracteres políticos y se sustentan en un riesgo subsidiado, que es el campo en el que se desenvuelven el BDC y el Exim de China. De todas maneras, hay que considerar que, como norma general, la nación asiática siempre ha tenido buen cuidado de resguardar sus inversiones crediticias comprometiéndolas con garantías que disminuyan el costo-riesgo, como son la entrega de petróleo o la vinculación de la operación crediticia a negocios chinos. Esto explica porque a Venezuela, exportador petrolero neto, en el 2010 se le otorgó un voluminoso paquete de 20 000 millones de dólares –el mayor concedido por China- a un tipo flotante de 50-285 puntos básicos sobre la Libor, cuando su costo era de 1,120 puntos en los mercados soberanos. El crédito de 10 000 millones de dólares dado ese mismo año por el BDC a la Argentina, a 600 puntos sobre la Libor frente a los 838 que cobra el mercado soberano a este país, fue destinado para la inversión en ferrocarriles de fabricación china. En forma similar, Ecuador ha recibido créditos a tasas aparentemente reducidas, pero destinadas a inversiones en las que las empresas chinas tienen participación preponderante y garantías satisfactorias³.

Sin embargo, no siempre la banca oficial china asegura esas ventajas en sus tasas. Los factores para fijarlas son diversos: ordinariamente estas varían de acuerdo al monto, al solicitante, y al destino del crédito, lo cual hace que en algunos casos las

3 Entre las principales obras están el proyecto Coca Codo Sinclair, a cargo de la china Sinohydro, Sopladora, a cargo de Gezhouba, y Toachi Pilaton, financiado por Rusia pero construida por la China International Water and Electric Corp. Está en estudios todavía la refinería a construir en El Álamo (Manta), por más de 10 000 millones de dólares.

tasas chinas lleguen a ser superiores a las que cobran las propias instituciones occidentales. Este fue el caso de las tasas cobradas por el BDC a Brasil en el 2009 (280 por encima de la Libor), superiores a las exigidas por el BM-BIRF (5-85 por encima de la Libor) en casos similares. En el 2010 el BDC le ofreció a Argentina 10 000 millones de dólares, para compra de trenes, con un diferencial de 600 puntos sobre la Libor, y en 2012 le cobró un diferencial de 290 puntos, en tanto que el BIRF en el 2010 le otorgó 30 millones de dólares con un diferencial de 85 puntos, mucho más barato y sin condicionamientos. A Brasil (Petrobras), en el 2009 el BDC le entregó un crédito por 10 000 millones de dólares, con un diferencial de 280 puntos sobre la Libor, en tanto que para ese mismo año, el BM cobraba entre 5 y 85 puntos por sobre la Libor.

El Banco Exim de China suele cobrar tasas bajas en créditos de bajo monto destinados a programas de desarrollo e infraestructura, como los concedidos al 2%, en el 2010, a Bolivia y Jamaica, de 60 millones y 340 millones de dólares respectivamente. Pero, para los préstamos más elevados, cobra tasas comerciales, incluso más altas que las de mercado. Entre estos podemos mencionar el crédito de 1 683 millones de dólares para la represa Coca Codo Sinclair de Ecuador, en el 2010, que se pactó a una tasa del 6,9%, superior a las del Exim Bank de EEUU, que por esa fecha le dio 600 millones de dólares a México al 3,8%; el de 2 400 millones de dólares para el Hotel Baha Mar de Bahamas, a una tasa similar; o el entregado a México en el 2009, a una tasa del 4,3%, pese a que este país es considerado de bajo riesgo. Como vemos, la tasa china fue mayor en estos casos. También cuenta la calidad del producto a financiar, puesto que suele suceder que el Exim de China oferta tasas más suaves que las de su contraparte, el Exim de EEUU, pero comprometiendo al prestatario en inversiones o compras de productos de menor calidad lo cual, a la postre,

termina por incrementar los costos y riesgos del financiamiento (Kevin Gallagher, 2013).

Allí está también los 20 000 millones de dólares dados por el BDC a Venezuela, en el cual el país tuvo que comprometerse a gastar la mayor parte en proyectos patrocinados por la nación asiática. La porciones de los fondos comprometidos en los créditos no son iguales en todos los países ni en todas las operaciones: así, mientras el préstamo de 250 millones de dólares dado por el BDC en el 2010 a Bolivia era exclusivamente para la compra de un satélite chino, en el de 1 000 millones de dólares dado a Ecuador (Petroecuador) en el 2010, el 80% era discrecional y el 20% para operaciones petroleras.

La entrega de créditos garantizados por petróleo es un mecanismo que disminuye el riesgo, y asegura la provisión del recurso energético a una nación de tan vigoroso crecimiento como lo es China. Según la información oficializada hasta el 2012, los prestamos entregados bajo estas condiciones alcanzaban los 59 000 millones de dólares, es decir los dos tercios del total entregado. Los países que más han acudido a este mecanismo han sido Venezuela, Brasil y Ecuador, que de esa manera compensan la escasez del dinero procedente de la banca occidental. Los créditos por petróleo pueden darse como compromisos de crédito o como acuerdos de venta, que involucran a las empresas estatales petroleras de los dos países, las cuales efectúan sus transacciones directamente: “El banco chino otorga un préstamo de mil millones de dólares a un país exportador de petróleo como Ecuador. La empresa petrolera estatal de Ecuador, Petroecuador, promete enviar cientos de miles de barriles de petróleo a China cada día durante la duración del préstamo. Las empresas chinas luego compran el petróleo a precio de mercado y depositan los pagos en la cuenta de Petroecuador en el BDC. El BDC retira dinero directamente

de la cuenta para pagarse a sí mismo por el préstamo” (Kevin Gallagher, 2013).

Aunque parecen términos favorables para ambos socios, estos acuerdos conllevan riesgos, sobre todo para los prestatarios que, más allá de los imponderables que se presenten, están obligados a conservar su imagen de buenos pagadores frente al socio poderoso. Uno de ellos tiene que ver con la variabilidad de los precios de los commodities, especialmente del petróleo, como se está viendo desde finales del 2014. Como los precios del barril negociado no son fijos, sino que se someten al mercado, al caer la cotización del petróleo, el prestatario tiene que entregar una mayor cantidad de su producto para poder capitalizar sus cuotas del préstamo. El tema se complica aún más porque, en el compromiso crediticio, el país prestatario se comprometió a vender más barriles de crudo que el que bastaría para cubrir su cuota. Esto se lo hizo para que en la cuenta del vendedor, acreditada por el prestamista, siempre quedara un saldo luego de descontada la cuota del crédito. Seguramente tampoco se previó que iría a darse una caída tan pronunciada de los precios internacionales del oro negro generando una situación que garantiza la provisión de crudo a China, pero que afecta las cuentas del prestatario.

Mientras el BID y el BM destinan un tercio de sus créditos a obras de infraestructura, energía, minería, industria pesada, construcción, etcétera, China está destinando un 87% de los suyos a ese mismo sector. Los funcionarios de la potencia asiática sustentan que de esa manera se apoya directamente el crecimiento económico mediante la generación de divisas y la creación de empleo, visión que intenta ir más allá de los préstamos asistencialistas y de solidaridad coyuntural que dan los bancos occidentales (verbigracia, los préstamos para reconstrucción frente a catástrofes naturales). Esta política

crediticia de China tiene que ver con el modelo de desarrollo vigente en ese país desde hace varios años, que impulsa con energía el crecimiento secundario y terciario. Pero el problema consiste en que estos proyectos de industria pesada y energía tradicional son de alto impacto en el medio ambiente. Y aunque las compañías chinas incluyen en sus contratos cláusulas donde se comprometen a efectuar regulaciones medioambientales, muchas organizaciones ambientalistas han expresado su preocupación de que estas no se efectúan a cabalidad.

Y es que en el historial del gobierno de China constan los continuos incumplimientos de las normas impuestas en su propio país, como en el resto del mundo, donde efectúan sus inversiones en zonas de alta sensibilidad ambiental sin las debidas precauciones. En 2004 una investigación del Ministerio de la Tierra y Recursos de ese país desveló que entre el 30% y 40% de los proyectos mineros se dieron fuera de los procedimientos EIA (Evaluación del Impacto Ambiental)⁴. El aumento en la emisión de gases es evidente en las principales ciudades de China. “En Beijing, la embajada de Estados Unidos ha evaluado que, 80% del tiempo, la calidad del aire es mala para la salud (...) Solo en 2010, hubo un estimado de 171 accidentes medioambientales en China” (Rong, 2012). “En 2009, el Ministerio de Protección del Medioambiente informó que el 15,5% de los proyectos comenzó la construcción sin aprobación, 9,6% de las empresas que fueron clausuradas por razones medioambientales terminó la producción sin permiso y [el] 25% de las principales fuentes de polución no estaba operando en forma apropiada” (McElwee, 2009).

⁴ Se puede encontrar un extracto de Global Witness (traducción no oficial) de las Directrices para la Evaluación de Impacto Ambiental y Social de los Proyectos de Préstamos en <http://www.globalwitness.org/sites/default/files/library/Chinese%20guidelines%20EN.pdf>

El incumplimiento en la misma China de las reglamentaciones ambientales por parte de sus propias compañías, da argumentos de sobra para que muchos cuestionen esas actividades en el resto del mundo. Organizaciones ecológicas como Ríos Internacionales y Amigos de la Tierra, han denunciado que China ha intervenido en proyectos cuestionados por su poca sustentabilidad, como la represa de Merowe en Sudan, que afectó a 50 mil personas. En otras naciones como Angola y Zambia, se han documentado claras violaciones de tipo laboral y medioambiental. La OCDE ha expresado su inconformidad por el “descuido gubernamental y el rendimiento medioambiental de las empresas chinas”, cuyos estándares ambientales están por debajo de los de occidente. Hasta líderes chinos, como Cheng Siwei, del Congreso del Pueblo, se han pronunciado críticamente sobre la poca rigurosidad de las compañías chinas en sus programas de preservación de la naturaleza.

En América Latina los incumplimientos de las directrices ambientales y sociales por parte de los inversionistas chinos se han ido sumando. En Perú, trabajadores y comunidades protagonizaron un largo conflicto contra la minera Shougang, debido a la contaminación del agua y del ecosistema, que causó serios daños en la salud de las poblaciones locales. En Argentina, el acuerdo firmado en 2010 entre el gobierno de Rio Negro y el grupo chino Heilongjiang, que entrega 320 mil hectáreas de tierra para producción agrícola y construcción de un sistema hídrico en la Patagonia, ha provocado cuestionamientos del Premio Nobel Alternativo, Raúl Montenegro, y de la fundación FUNAM, por la violación de leyes medioambientales. En el Perú, las protestas contra la empresa chino-australiana MMG, a cargo del proyecto minero Las Bambas, dejaron el saldo de varios muertos. En Ecuador, las organizaciones indígenas y sociales han efectuado intensas jornadas de rechazo a la explotación de reservas ecológicas como la del Yasuní, y a

los megaproyectos mineros en Rio Blanco, Quimsacocha, Molleturo, etcétera, por parte de la compañía china Junefield, actividades en las que no se ha consultado a las comunidades como lo dicta la ley. En ese mismo país, se ha cuestionado por maltratos e incumplimiento de normas laborales, a la empresa china Harbin, a cargo del proyecto hidroeléctrico Minas-San Francisco. Y en el 2014, un accidente en Sinohidro dejó como saldo 14 trabajadores muertos, 11 de ellos ecuatorianos.

En fin, si antes las transnacionales estadounidenses y occidentales como la Chevron, Dyn Corp., Monsanto, DSLE, han sido denunciadas y demandadas por los evidentes daños provocados por sus actividades extractivas en Latinoamérica y el mundo, ahora son las empresas y capitales chinos los que han ingresado a la lista de principales afectadores de la naturaleza. Desde luego que hay que reconocer que, al menos en lo formal, el gobierno chino ha dado importantes pasos para ceñirse a las normas ambientales internacionales: la banca de desarrollo ha incorporado varias regulaciones y directrices medioambientales para sus la aprobación de sus concesiones crediticias; el Consejo de Estado ha aprobado varias leyes como la de Protección Ambiental de la República Popular China, de 1989; y la de Evaluación de Impacto Ambiental de la República Popular China, de 2003, que ha endurecido sus sistemas de evaluación ecológica global. Pese a todo esto, la práctica contradictoria, y los indicadores ambientales de China, a estas alturas ya la ubican en el poco honroso segundo puesto entre los mayores contaminadores del planeta, después de los Estados Unidos.

En todo caso, las políticas de inversión crediticia de la República Popular de China tienen sus defensores y detractores. En el primer grupo se las califica de altamente convenientes porque no imponen las condiciones estrictas de la banca occidental. Así, el BM, el FMI, el BID y otros exigen toda una

serie de pasos burocráticos y condiciones de transparencia que dificultan el trámite de otorgamiento del préstamo. Además, generalmente la aprobación del crédito va ligada a la aplicación de programas económicos liberales y a la sujeción a las directrices políticas de Washington, que algunos las tachan de neocoloniales. Argumenta este grupo que el modelo chino es nuevo, y no intervencionista, basado en la filosofía china de Coexistencia Pacífica, e interesado tan solo en efectuar negocios de igual a igual, y de satisfacción mutua entre los países. Sin embargo hay otros sectores, que miran con desconfianza la intervención china en nuestra región. Las críticas, como hemos reseñado, se refieren a los costos de los convenios crediticios, las inestables tasas de interés, la vinculación obligada a compras de productos chinos o a garantías de venta de petróleo o de otros bienes primarios, el flujo de los dineros en moneda china, la volatilidad de los precios de los commodities, la contaminación y afectación medioambiental, la corrupción y falta de control implicados en los convenios políticos, entre otras.

6.4 La Inversión Externa Directa IED en perspectiva

Los flujos de la Inversión Externa Directa (IED) llegados a América Latina y El Caribe durante la primera década del siglo XXI, tuvieron su origen mayormente de la Unión Europea y Estados Unidos, en ese orden. En el caso de la UE, durante todo el periodo acumularon un total de 283 000 millones de dólares entregados como inversión, y los Estados Unidos un total de 231 000 millones de dólares. Sin embargo, habiendo sido la UE la primera fuente de inversión extranjera para la región, para el final del periodo observado perdió terreno frente a Estados Unidos que pasó a ocupar el primer puesto con un 38% en el total de la IED, frente a un 29% de la Unión Europea. Otras fuentes importantes de inversión para la región han sido la propia América Latina, así como también Japón y Canadá.

El aporte de China Popular en la IED de América Latina, durante las décadas pasadas fue casi inexistente, pero en los últimos años se ha ido incrementando, calculándose que hasta el 2009 ya acumulaba unos 31 000 millones de dólares. En el 2011, la región latinoamericana se convirtió en el segundo destino de la IED china al recibir ese año el 16% de sus flujos (12 000 millones de dólares), proporción importante para una zona tan alejada, aunque modesta frente al primer destino de la inversión china que es la propia zona asiática, un 60% del total. Es que en su política inversionista China ha sido bastante conservadora y en los primeros momentos de su resurgir económico prefirió remitirse a nichos conocidos y dentro de su influencia. El interés por la región latinoamericana se explica en que un gran porcentaje de estas colocaciones (un 90% aproximadamente) estuvo destinado a naciones consideradas como paraísos fiscales, como es el caso de Islas Caimán e Islas Vírgenes, donde se entiende que hay un importante resguardo del riesgo-inversión; los valores dirigidos a los países grandes, como Brasil, México o Argentina, eran insignificantes (tabla 6.4).

Con referencia a la inversión externa directa de Estados Unidos podemos indicar que los montos destinados a América latina y el Caribe permanecieron sin mayores cambios en el periodo 2005-2009, ocupando un promedio de alrededor del 7,5% dentro del total estadounidense. En cuanto a la distribución de esos flujos de inversión, estos apuntaron básicamente a México y Centroamérica, como derivación de que esas economías han estado más vinculadas comercialmente a la potencia capitalista. En ese sentido, Estados Unidos le destina a México cerca del 3% de sus flujos, lo cual representa el 54% de las IED recibidas por ese país, en tanto que las inversiones de la Unión Europea le representan el 39%. En el caso de Costa Rica, también notablemente ligada a Estados Unidos en lo

comercial, el 56% de sus inversiones externas provienen del gigante norteamericano, en tanto que de los países europeos provienen apenas el 5%.

Por su lado, América del Sur no recibió ni la mitad de la inversión estadounidense destinada a la región; incluso, en el caso de Brasil, pese a ser la mayor economía latinoamericana, ha recibido de EEUU montos similares a la mitad de los que se entrega a México. Sin embargo, esto es compensado por los importantes flujos de inversión provenientes de la Unión Europea y del resto del mundo. Por mencionar los casos más notorios, de las IED recibidas por Brasil el 20% provienen de Estados Unidos y el 62% de la UE; de las IED llegadas a Argentina, apenas el 11% provienen de Estados Unidos, en cambio de la UE ha recibido un 45%; en Chile las proporciones son más parejas al recibir un 21% de Estados Unidos y un 25% de la Unión Europea. Es decir que en los países del MERCOSUR y de la CAN la inversión, sea estadounidense o china, no ha sido tan asidua como la de Europa, aunque esto podría estar cambiando si llegaran a cristalizarse las recientes ofertas chinas de inversión, y las ventajas financieras que ha prometido la Alianza del Pacífico.

En todo caso, es importante considerar los más recientes informes de la CEPAL según los cuales, para el 2014, como reflejo de la recesión global los flujos mundiales de Inversión Externa Directa IED han mostrado una tendencia general a la baja, del 7% en promedio, aunque con comportamientos diferentes entre las economías desarrolladas y las subdesarrolladas. En las primeras hubo un decrecimiento del 14%, con el enorme jalón de América del Norte donde se desplomó un 54%, en ese año, y Rusia donde descendió un 51%. En cambio, en las economías en desarrollo la IED se incrementó un 4%, aunque las de América Latina y el Caribe vieron más bien disminuir sus flujos

en un 16%. Entre estas economías, México registró la caída más pronunciada, un 49%, hasta situarse en 22 795 millones de dólares, debido a una serie de desinversiones efectuadas por varias transnacionales.

Brasil continua siendo el mayor receptor de IED dentro de la región, con 62 495 millones de dólares, seguido por Chile con 22 000 millones de dólares. En Centroamérica las inversiones decrecieron en un 2%, y en el Caribe –donde la Republica Dominicana y Trinidad Tobago son las principales receptoras- se redujeron en un 5%. Entre las reducciones que más se destacan está la de Venezuela, en un 88% con respecto al periodo anterior, comportamiento en el que tienen mucho que ver las tensas relaciones políticas con Estados Unidos. Por razones similares, el país latinoamericano que menos IED recibe sigue siendo Cuba.

El declive de los precios de los minerales y del petróleo, iniciado desde el 2012, ha hecho que la cuota de los recursos naturales en las inversiones externas se haya reducido hasta un 17%, después de haber permanecido en un 22% durante el periodo 2009-2013. En cambio, el sector de los servicios vio incrementada su participación dentro de ellas, al alcanzar un 47% en el 2014. Esto nos habla de la deriva de la IED hacia una mayor intensidad tecnológica, puesto que en sectores de tecnología media-alta se ha concentrado hasta un 60% de las mismas. Este es el caso del sector automotor en México y Brasil, que ha reputado favorablemente en la recepción de los flujos.

En el 2014, Los países bajos se ubicaron como la principal fuente de IED para nuestro subcontinente, con el 20%, desplazando a Estados Unidos que tuvo el 17%; aunque para este país el fuerte de sus inversiones sigue estando en México y Centroamérica, en tanto que Brasil depende más de las

inversiones europeas. Como ha sido habitual, las utilidades generadas por las inversiones de las compañías transnacionales siguen remitiéndose en un monto de la mitad de ellas hacia los mismos países de origen, lo cual influye negativamente en la cuenta corriente de la región. Si a lo anterior se suma el creciente deterioro de la balanza comercial experimentado en los últimos períodos, esto lleva como consecuencia saldos negativos en las balanzas de pagos de los países de América Latina y el Caribe, sobre todo en los dependientes de los commodities, saldos que pueden verse agravados con la recesión global.

Para el 2015, las estimaciones sobre el débil crecimiento económico tanto mundial como regional, hacen prever que se mantendrá la resequedad de las IED. Pero, pese a la súbita desaceleración de la economía china, y de que las inversiones directas de ese país en Latinoamérica y el Caribe han seguido siendo marginales durante todos estos últimos años, la región se mantiene a la espera de que en los próximos meses empiece a materializarse la promesa del presidente Xi Jinping, expresada abiertamente a comienzos del 2015, de inyectar importantes recursos financieros en la zona latinoamericana y caribeña. Eso, desde luego, si los condicionantes geopolíticos no toman otro giro

6.5 ¿Una reedición de las viejas estructuras?

En este análisis de las relaciones entre las dos máximas economías -Estados Unidos y China- con Latinoamérica, es importante ir efectuando una prospección de los propósitos y estrategias que tienen las dos superpotencias, y de las respuestas que deberán dar los gobiernos regionales en aras de amortiguar y aprovechar al máximo los efectos de las cambiantes coyunturas geopolíticas. Jugando con las metáforas, las dos potencias están actuando en el escenario cual boxeadores al inicio del round,

que se estudian, merodean y hacen fintas tratando de captar la reacción y las debilidades de su contendiente, antes de iniciar el ataque.

Porque, por más que la actitud de China con nuestros países haya sido de tanteo discreto, y de acercamientos aparentemente inocentes dirigidos a promover negocios e inversiones, y de que la reacción estadounidense haya sido de cautela, a la espera del desarrollo de los acontecimientos, todos saben que este es un enfrentamiento entre poderosos gladiadores, que tratarán de imponerse sobre la arena. Hasta ahora, ninguno de los dos ha dado mayores muestras de perder la calma, el lenguaje usado no ha ido más allá de los cauces diplomáticos, y ninguno se ha pronunciado por un ataque frontal. China es una montaña inmutable que, hasta ahora, ha sabido asimilar los golpes bajos que le han significado ciertas acciones solapadas de Estados Unidos como la concreción del TPP, o las incursiones provocadoras de barcos de guerra estadounidenses en aguas reclamadas por la nación asiática. Y en los alrededores de la Casa Blanca, pese al ambiente preelectoral, tanto el partido demócrata como la oposición republicana han evitado cualquier sobreexpresión sobre el tema China en América, y se han circunscrito a sus problemas domésticos y al debate cotidiano sobre las implicaciones estadounidenses en la problemática mundial, que ya son bastantes.

Para algunos esto puede ser una señal de que tanto Estados Unidos como China creen que activar mecanismos de dialogo, es lo más conveniente para sus relaciones bilaterales, lo cual no implica necesariamente hacer concesiones en sus respectivas agendas sobre la geopolítica y las relaciones internacionales. Pero precisamente, esta baza a favor de la no implicación es la que, según otros, puede darle puntos a China. El asunto es que Estados Unidos, como siempre, pese a sus proclamas

pacificadoras, está implicado en varios conflictos militares en distintas partes del mundo: Medio Oriente, Corea del Norte, Ucrania, la posguerra fría, Guantánamo, El Estado Islámico, las secuelas del 11-S, y varios etcéteras más, con cruentos resultado para las poblaciones civiles. De manera que es difícil digerir a Estados Unidos como un emblema de concordia y estabilidad. China no carece de sus propios conflictos políticos y territoriales, pero estos han tenido un menor dimensionamiento que los de los Estados Unidos, y están ubicados básicamente dentro del entorno asiático oriental: casos Taiwán, Tíbet, la zona del Pacífico.

Estos conflictos han sido manejados hábilmente por China, que ha evitado llevarlos a un nivel de confrontación mundial. Esto porque, más allá de la implicación en ellos puedan tener los prooccidentales Japón y Corea del Sur, no se desenvuelven más allá de la zona de influencia china, y, además, porque las potencias del hemisferio occidental hasta ahora no han encontrado ni la justificación ni los arrestos para involucrarse más activamente en ellos. Y, como para no dar ningún pretexto, y pese a ser una potencia militar, China ha preferido permanecer al margen en escaramuzas mundiales que sin duda le atañen. Así, mientras Rusia despierta las rabietas de occidente y de la OTAN, involucrándose en la guerra separatista de Ucrania, respaldando a Irán en su secular disputa con Israel, e interviniendo militarmente en Siria contra el Estado Islámico, China no ha ido más allá de tibios pronunciamientos en los que deja sentada su posición por la paz y la armonía... y nada más. También, se hace contrastante el hecho de que mientras China no posee instalaciones militares ni ha efectuado tratados de este tipo en América Latina –quizás con la excepción de algún acto castrense en el Perú-, en cambio dentro de la órbita china, en Japón, Corea, Singapur, están asentadas poderosas bases militares de EEUU y de sus socios de la OTAN. Hasta

ahora, y dentro de una estrategia que va más allá de lo que algunos interpretan como un simple pacifismo confucionista, el gran dragón asiático solo se ha limitado a observar, con las reticencias del caso, los acontecimientos.

Por estas razones, e insistiendo en nuestras parábolas, creemos que en el continente americano, territorio donde se desarrolla este particular encuentro entre las dos más grandes potencias económicas, la imagen intervencionista de Estados Unidos es otro factor que juega en su contra. Efectivamente, con las debidas y formales excepciones de los grupos vinculados a Washington, en la región no ha habido un ambiente favorable a seguir supeditado a las determinaciones del vecino hegemónico. En los capítulos anteriores hemos revisado los avatares del subcontinente latinoamericano, que habiendo salido de una etapa colonial, donde se gestaron las características de su ulterior subdesarrollo, ingresó a otra etapa de dependencia política y económica hacia la férula estadounidense, que impuso con puño de hierro su potestad sobre la región. El derrumbe del bloque pro soviético y el fin del bilateralismo construido durante la Guerra Fría, avivaron por un momento la teoría de que el modelo liberal-occidental, bueno o por mejorar, era la única alternativa de desarrollo pacífico y democrático a la que podían aspirar nuestros pueblos.

Pero, con el comienzo del nuevo milenio, las naciones latinoamericanas empiezan a asimilarse a nuevos enfoques sobre la gobernanza y el desarrollo. Principios seculares como la democracia, la seguridad y la identidad racial, impuestos hasta ese entonces bajo la filosofía imperial, siguen subsistiendo, pero empiezan a ser interpretados y asimilados desde una perspectiva más reivindicativa. El liberal Consenso de Washington, duramente interpelado por sus propios yerros, se ve sustituido por políticas proteccionistas y planificadoras,

de alta intervención estatal, de soberanía nacional y rescate de los recursos naturales. En este ambiente poco ortodoxo y cambiante es que aparece y se afirma la figura de China con su novedosa visión sobre las relaciones interestatales, presentada como opción fresca ante la anquilosada figura del gigante estadounidense.

El progresismo socialista que se aplicó en varios países, ubicados en la corriente denominada bolivariana, durante la primera década del siglo XX, tuvo resultados alentadores, sobre todo en su área preferida: la socioeconómica. Gobiernos comprometidos con esa ideología, logran notorios éxitos en su combate a la pobreza y la indigencia, y algo igual sucedió en otros países, menos ideologizados, pero también inscritos en la onda reformista que soplaba por la zona. Respaldados en el buen momento económico y la bonanza de los precios de sus productos, los gobiernos emplazaron toda una serie de programas de vivienda, salud, educación, seguridad social que despiertan la atención del mundo. Ni siquiera la recesión originada en Estados Unidos desde el 2008, logró frenar el poderoso impulso de las economías latinoamericanas que, en mayor o menor medida, se habían ido integrando al consenso desarrollista y soberanista asentado durante esa década por estas tierras.

El crecimiento económico y comercial de la región, atribuido a la oportuna aparición de China, con sus copiosos recursos y su particular manera de acometer las relaciones bilaterales, despertó entre los latinoamericanos el optimismo de que, por fin, habían encontrado el sendero del desarrollo. Pero en las recientes perspectivas de la economía global han aparecido ciertos nubarrones que están desinflando esas expectativas. Es así como, pese a todos los indudables beneficios concebidos por este alegre encuentro entre latinoamericanos y asiáticos,

a la vista de las dificultades surgidas alrededor del 2014, hay sectores cada vez más numerosos que expresan su preocupación por la creciente omnipresencia de la nación oriental en nuestro territorio. Sobre todo, a la luz de los más recientes acontecimientos –el bajón de la economía de China, los remezones de las bolsas de valores, la devaluación del yuan– se han prendido ya las alarmas sobre los riesgos que implica el mantener la misma tónica en las entusiastas relaciones sino-latinoamericanas.

6.6 Los nubarrones sobre la región.

En el actual descenso de la economía mundial muchos le atribuyen la mayor parte de la culpa a la desaceleración de la actividad económica china. Pero, no es que la economía de la República Popular de China se haya descoyuntado. Si bien es cierto su 7% de crecimiento estimado para el 2015 está tres puntos por debajo de su promedio tradicional, este casi cuadriplica el crecimiento de las economías industrializadas, y triplica el crecimiento de Estados Unidos, que se ha ufanado de haber entrado en una franca expansión. Por lo tanto, no es la “caída de China”, en realidad es la propensión del resto del mundo a depender del motor de la economía china, fenómeno que se patentó aún más durante la etapa de la Gran Recesión, lo que incide sobre la recesión global y hace que por cada punto que cae esa economía, se produzcan fuertes y variados impactos en las demás regiones, especialmente en la de Latinoamérica y el Caribe.

El problema ha empezado manifestándose en el descenso de los precios de las materias primas, especialmente del barril de petróleo que inicio su caída libre desde los últimos meses del 2014, y cuya cotización para fines del 2015 parece que no superará los 50 dólares. Según los expertos del FMI “estas perspectivas

de precios débiles restaran cada año 1 punto porcentual a la media anual de crecimiento económico en el periodo 2015-2017 a los países exportadores de materia prima”, señalan. “En el caso de los exportadores de energía, el freno será mayor, cerca de 2,25 porcentuales al año en el mismo periodo” (Bolanos, 2015). Sin embargo, el análisis fondomonetarista estima que en esta ocasión esos países exportadores se encuentran mejor preparados que en otras ocasiones para enfrentar los descensos de los precios, debido a las reformas fiscales y cambiarias, y las mejores oportunidades de crédito que existen. Además, se hace notar que las caídas de los commodities, si bien es cierto afectan a los países productores, en cambio generan mejores oportunidades de crecimiento en los compradores, por el mismo abaratamiento de los costos de producción.

El problema para Latinoamérica y el Caribe es que, precisamente, la expansión de sus economías durante la primera década del siglo XX, estuvo basada en la producción y favorable colocación en los mercados emergentes de sus materias primas y agrícolas, por lo cual la caída de estas ha hecho caer su economía, reafirmando la decreciente tendencia del último quinquenio (FMI, 2015). Brasil, a la que en los años buenos se lo calificó como potencia emergente, ha sido el primer exportador de primarios hacia China (soja, mineral de hierro, hidrocarburos); pero, precisamente por eso ahora acumula problema tras problema: con el derrumbe en los precios de sus exportaciones, su moneda se ha venido devaluando hasta en más de un 40% durante el 2015 y las cotizaciones de su Bolsa de Valores están a la baja. Su índice de precios y sus tasas de interés están aumentando alarmantemente, mientras el paro crece día a día, calculándose que alcanzará un 6,3% en el 2015. Para fines del 2015, las correcciones efectuadas por el FMI a sus previsiones de abril del 2015, prevén un PIB brasileño del -3%, ajustando a la baja el -1% previsto inicialmente, y muy

alejado del promisorio 7% promediado en la década anterior (Jimenez, 2015). Y, para colmo, su gobierno se debate en medio de la corrupción y de una caída aguda de su nivel de aceptación.

México, el otro grande latinoamericano, segundo exportador del acero después de Brasil, sufre también por el abaratamiento del precio de ese producto y de otros bienes a causa de la sobresaturación provocada por China, que está abocando a la industria mexicana a despedidos masivos. Al igual que en Brasil, el gobierno mexicano atraviesa por serias dificultades políticas y domésticas, que han llevado a la cancelación de varias mega inversiones que habían sido concertadas con China. De todas maneras, el gobierno mexicano insiste en un proceso de reformas liberales y de desinversión estatal queatraiga inversiones en áreas fundamentales como la petrolera y la de comunicaciones, a lo que se suman las concesiones arancelarias en el área automotriz, conseguidas en el TPP. Quizás por eso, el FMI le vaticina una de las mejores tasas del PIB, un 2,3% para el 2015, lo que tampoco es un consuelo para uno de los países de mayor desigualdad social del entorno, con niveles de pobreza que cubren a casi la mitad de la población, y que para salir de ella, necesita crecer a ritmos mucho más altos.

Venezuela, Argentina y Ecuador, los consentidos de la banca de la potencia asiática, han sentido el remezón por la abrupta caída de sus principales productos exportables, el petróleo y la soja, que agudiza la escasez de divisas, obligando a incrementar su tipo de cambio, como una forma de recuperación de su competitividad (con la excepción de Ecuador, atado al dólar estadounidense). En Venezuela el 95% del ingreso de divisas depende de las ventas del crudo, tanto a China como a EEUU. Como consecuencia de la demanda del país por dólares, su moneda se devalúa cada vez más, azuzando una inflación que según el FMI será del 200% en el 2015, y

una caída del PIB estimada en un 10%, todo lo cual provocaría un aumento del desempleo y de la pobreza. A Argentina se le vaticina un descenso económico del 1% y a Ecuador de un 0.6%. Es evidente que con la iliquidez y recesión que afecta a estos países, aumentando su riesgo, la llave crediticia para ellos tenderá a cerrarse.

Chile, Perú, y Colombia, a más de ser socios en la liberal Alianza del Pacífico, son también los principales socios comerciales de China, y los segundos de EEUU, relaciones estas que ha afectado agudamente sus balanzas comerciales ante las pronunciadas caídas en los precios del cobre y otros minerales que han sido su tradicional sustento comercial. Esta coyuntura afectara sus economías reduciendo las alentadoras previsiones a otras más modestas. Perú, que llegó a tener la segunda mejor tasa de crecimiento del PIB, después de Bolivia, tiene ahora una revisión a la baja (2,4%). En Colombia la afectación en los precios del petróleo provocara que los dividendos de las petroleras al Estado se reduzcan de cerca de 8 800 millones de dólares en el 2014 a 3 480 millones de dólares en el 2015, con tendencia a seguir disminuyendo. Esta eventualidad ha hecho que el PIB colombiano anuncie una caída a un 2,3% anual. Sin embargo, este país confía en que la firma de la paz con las guerrillas sea un factor que insuflle energía en su economía, al permitirle emprender en obras de infraestructura. Y la estimación de crecimiento para Chile oscila en similares niveles. Si bien es cierto las cifras de estos tres países no son malas dentro del conjunto, si denotan una fuerte desaceleración frente a las mejores expectativas que organismos pro liberales como lo es el FMI, tenían en sus economías, caracterizadas por la flexibilidad y el aperturismo.

Para Centroamérica, en cambio, las previsiones no son tan malas puesto que la evolución en promedio de su PIB está

en alrededor de un 4%. Este hecho se lo explica en que la subregión es exportadora neta de petróleo, y la caída del precio del mismo más bien ha contribuido a una mayor demanda y abaratamiento de los costes. A ello se suma la apreciación del dólar que se traduce en una mayor afluencia de turistas y un soporte a las remesas de los inmigrantes. Esta evolución del PIB va acompañada de una mejor posición externa y una inflación controlada, destacándose los casos de Panamá, República Dominicana y Nicaragua cuyas economías serían las de mejor comportamiento. En los países caribeños, las perspectivas de crecimiento son más moderadas, sobre todo en las naciones que dependen de las materias primas, aunque el sector turístico, siempre muy demandado por los estadounidenses (Bahamas, Barbados, Jamaica, entre otros) les aporta alguna fortaleza. En promedio se vaticina un crecimiento del PIB en torno al 2%. Pero, en términos generales, para América Latina y el Caribe la situación de su comercio no es nada alentadora, al igual que las repercusiones que esta tendrá en los ámbitos financieros y de la inversión, al punto que las previsiones del PIB no dudan en mencionar resultados negativos para el conjunto promediado de la región.

La estabilidad no es una constante dentro del capitalismo, y esto se hace palpable en sus recurrentes ciclos de auge y recesión. Para América Latina no es la primera vez que debe enfrentar estos desajustes cíclicos. En esta ocasión la regla se ha vuelto a presentar y la incógnita es saber que tan preparados están nuestros países para amortiguar los impactos de la crisis y que tan rápido podrán salir de ella. El periodo de bonanza, desarrollado desde comienzos de siglo hasta el 2012, bajo el impulso de las demandas de materia prima por parte de los bloques emergentes, coincidió con el acceso al poder de algunas tendencias progresistas, lo cual les permitió a estas poner énfasis en las inversiones sociales las que, en promedio, subieron del

5% al 19% del PIB. Esto, según indica el BID (Naim, 2015), permitió sacar de la pobreza y miseria a decenas de millones de latinoamericanos (el porcentaje de pobreza descendió del 34% al 21%). Sin embargo, al avanzar la segunda década, esta expansión empezó a retraerse, y ha continuado menguando, más aun con el frenazo de la economía china en el 2014.

Como hemos anotado, según el FMI, durante el 2015 varias de las economías latinoamericanas registrarán fuertes contracciones que, pese a los mejores niveles que tendrán otras, llevaran el promedio regional a niveles por debajo de cero. Desde luego, las previsiones del Fondo no siempre se han cumplido, por el contrario, muchos de esas estimaciones han fallado en el pasado. Por ello varios sectores ya se han adelantado a cuestionar las recientes previsiones fondomonetaristas y, según algunos estudiosos del tema, este organismo financiero no está considerando varios factores que pueden paliar los efectos de la recesión. Así, por ejemplo, a diferencia de otros tiempos, en América Latina durante el auge de la primera década del siglo se puso énfasis en el consumo y la educación, lo cual le hace contar con una población mejor preparada para enfrentar los tiempos difíciles. Además, durante esta etapa en muchos de nuestros países se ha levantado una considerable infraestructura productiva y distributiva (plantas hidroeléctricas, carreteras, puentes), y se ha impulsado una mayor cohesión regional, con una serie de acuerdos de cooperación e inversión entre las economías regionales, que se pueden constituir en fortalezas frente a la crisis.

En todo caso, todo depende de la forma como los gobernantes latinoamericanos acometan los desafíos de la crisis y las debilidades estructurales que han aflorado con el languidecimiento económico. Así, en el caso de las manufacturas chinas, puede que sus bajos precios sean convenientes para los

consumidores latinoamericanos cuya capacidad adquisitiva no es muy alta, pero también se pueden constituir en una amenaza para la producción interna, y pueden tener consecuencias negativas en las tasas de empleo. Esto genera una particular preocupación en las fábricas maquiladoras mexicanas y centroamericanas, que habían venido alcanzando plausibles niveles de calidad, y que ahora se deben confrontar con bienes que por sus bajos costes están dotados de gran competitividad. Y es que la concentración y limitada diversificación de los bienes generados en nuestra región, no les permiten competir con la gran variedad de productos chinos que se han venido introduciendo en los distintos mercados de nuestro continente, ofreciendo precios y calidades para todos los bolsillos.

En este tema del comercio causa gran inquietud, también, la política arancelaria china que pone trabas al ingreso de la producción exportable latinoamericana en la medida que esta suba en su calidad y valor agregado. Es así, como en varios de nuestros mercados, México y Centroamérica concretamente, la balanza comercial acusa resultados altamente negativos. Y en los países en los que ocasionalmente se producen superávits, estos se dan en valores monetarios pero no en valoración tecnológica. Al respecto hemos ya evaluado los contrastes entre los productos que compra y que vende Latinoamérica tanto a Estados Unidos como a China, con desventaja en su potencialidad tecnológica. Quizás esos saldos favorables fueron gratificantes en los años en que, por la misma demanda de los asiáticos –China e India fundamentalmente-, los precios de los commodities estaban altos, y los términos de intercambio comercial jugaban a nuestro favor. Pero en esta última etapa, en que los precios internacionales se han derrumbado, los términos de intercambio se han tornado francamente desfavorables. De esta manera, de no corregirse estos desfases, nuestra relación con China podría encaminarse hacia una reedición del pernicioso

papel asumido secularmente con los Estados Unidos y Europa de ser extractores y vendedores de productos primarios y compradores de tecnología e industria.

Además, son objeto de preocupación las poco uniformes relaciones comerciales y financieras pactadas con los distintos países de la región, puesto que aunque en algunos casos se han hecho concesiones convenientes para las partes, o se han otorgado créditos de gran facilidad y envergadura, existen también ciertas aristas que tornan peligrosos y poco convenientes los términos pactados. Hay muchas dudas, además, de que ofrecimiento chino de ingentes inversiones para los años venideros, llegue a tener un formal cumplimiento, al menos en los montos y bajo los términos propuestos. Eso depende de la evolución que tenga el ambiente político en plena recesión. Es que los problemas económicos en los países más representativos, como son Brasil, Argentina, o Venezuela, podrían desanimar a los inversionistas, y acentuar la crisis. La corriente del progresismo social, que tomó cuerpo en estos países y en algunos de menor tamaño, como Ecuador y Nicaragua, durante la primera década del siglo XXI, se nota debilitada, por los propios errores de sus líderes que descuidaron la armonía entre el crecimiento económico, las reivindicaciones sociales, y la vigencia de la democracia. Esto ha hecho fecundar un ambiente de creciente insatisfacción y conflictividad social del que se nutren los grupos plutocráticos.

La sociedad latinoamericana difícilmente aceptará retroceder los escalones alcanzados en cuanto a consumo durante el periodo de bonanza; y los millones de ciudadanos que con la amplia cobertura social lograron incorporarse a la clase media, pueden reaccionar violentamente ante cualquier señal de retiro o disminución de los beneficios alcanzados. Esto puede llevar a una paralejía de gobernabilidad, ahuyentar la siempre veleidosa inversión externa y provocar una nociva

inmovilidad empresarial. Además, el ambiente de crisis incuba nuevas coyunturas políticas, puesto que el desencanto social abre las posibilidades para el enseñoramiento de otras tendencias ideológicas, algunas inéditas, pero otras ya conocidas, que esperan revivir pasadas etapas de dominio y explotación. De forma que, cualquier sorpresa electoral en alguno de estos países, puede llevar a remecer el tablero de la política latinoamericana y cambiar el estándar de desarrollo vigente hasta ahora. Y, desde luego, está el espinoso tema de la contienda geopolítica en ciernes sobre la región, con las dos grandes potencias mundiales como principales protagonistas, pretendiendo imponer su particular visión cosmopolita.

Y aún más, por encima de los problemas de debilitamiento económico, falta de inversiones y conflictividad social, siempre es importante considerar la huella ambiental dejada por el auge económico experimentado en nuestros países. Los patrones de consumo y producción implantados por las empresas transnacionales han tenido serias implicaciones en la sostenibilidad ambiental y los derechos humanos de la sociedad latinoamericana. Ese impacto ha dependido en gran medida del nivel de actividad de los sectores más sensibles como por ejemplo los de la minería e hidrocarburos, que por su rentabilidad son los que más capitales atraen, pero que mayor afectación causan a la naturaleza y a los derechos de las comunidades. Algunas formas de industria pesada, como obras hidroeléctricas y carreteras, implantadas a nombre del progreso, también han provocado un enorme impacto ambiental por la contaminación de territorios y la emisión de gases invernadero. De las culpas de esta agresión a la naturaleza y a los derechos colectivos no se libra ni las potencias que han tenido protagonismo en nuestros territorios, ni los gobernantes que las han acogido.

De forma que, la feliz idea de la construcción de un eje Sur-

Sur, que rompa con el predominio político y económico de las potencias occidentales, e instaure sociedades más igualitarias y armónicas en nuestra región, a estas alturas más parece una ilusión que empieza a desvanecerse. Es que mirándolo más objetivamente, la política sino-latinoamericana no ha llegado a rebasar los planos meramente diplomáticos y comerciales, sin tomar partido en lo geopolítico e ideológico. Muchos discursos promisorios, con fuertes tonos emancipadores y desarrollistas, han pronunciado los líderes chinos y latinoamericanos en las distintas capitales de América Latina y el Caribe; pero estos, hasta ahora, no se han concretizado en acciones que lleven a la práctica esas promesas, y que despejen con claridad y firmeza las rutas hacia el desarrollo.

De hecho, China ha mantenido una actitud de calculada prudencia y hasta de aprensión frente a las siempre tirantes relaciones de América Latina con los Estados Unidos de América. Es así como, en temas urticantes y fundamentales, como el del embargo a Cuba, la migración latina, Guantánamo, la crisis venezolana, el tráfico de drogas, las organizaciones guerrilleras, la contaminación global, y otros, China ha adoptado unas maneras distantes y cautelosas que ahogan cualquier expectativa de posicionamiento frontal en la política del continente. Son las formas diplomáticas que se estilan, según algunos, pero para muchos sectores sociales y políticos estas no se ha puesto a la altura de las aspiraciones de nuestros pueblos de encontrar un contrapeso a la unipolaridad hegemónica prevaleciente en América desde siglos atrás.

Tabla 6.1 Mayores exportadores de mercancía y servicios en el total mundial 2000-2009

	Mercancías		Servicios		En porcentajes
	2000	2009	2000	2009	
Estados Unidos	12	8	19	14	
Alemania	9	9	5	6	
Japón	8	5	5	4	
Francia	5	4	6	4	
China	4	10	2	4	
Reino Unido	4	2	7	7	
Italia	4	3	4	3	
Resto del mundo	54	59	52	58	
Total	100	100	100	100	
Total en miles de millones de dólares	6 364	12 461	1 435	3 310	

Fuente: Naciones Unidas (2011).

Tabla 6.2 América Latina y el Caribe: Evolución de las exportaciones por principales destinos, 2000-2009 (En porcentaje)

País	Asia y el Pacífico		China		Estados Unidos		Unión Europea		América Latina y El Caribe	
	2000	2009	2000	2009	2000	2009	2000	2009	2000	2009
Argentina	9.4	15.2	3	6.6	12	6.2	18	18.6	48.1	42.2
Bolivia	1.4	18.3	0.4	2.4	24.4	8.4	17.3	9.1	44.2	59.6
Brasil	10.3	26.1	2	13.2	24.3	10.2	28	22.2	24.8	22.5
Chile	26.1	46.1	5	23.2	16.5	11.3	25.2	18	21.9	19.1
Colombia	2.6	6	0.2	2.9	50.4	39.6	13.9	14.2	28.9	24.6
Ecuador	10.9	2.6	1.2	0.9	37.9	33.4	12.9	14.9	31.5	42.7
Paraguay	2	7.1	0.7	1.1	3.9	1.6	13.6	6	74.5	69.6
Perú	16.9	26.9	6.4	15.4	28	16.3	22	15.6	18.1	16
Uruguay	8.3	8.5	4	4.3	8.3	3.3	16.3	15	54.2	40
Venezuela	1.9	15.5	0.1	5.9	59.6	48.8	5.8	13.3	19.6	15.8
México	1.4	3.7	0.2	1	88.2	80.7	3.5	5.1	3.6	6.4
América Latina y el Caribe	5.3	15.4	1.1	7.1	59.7	40.9	11.6	13.6	16	19.2

Fuente: CEPAL (2012).

Tabla 6.3 Riesgo país y beneficiarios de préstamos del BM, BID y China (Del 2005 al 2011, en millones de dólares)

	Riesgo país OCDE	Calificación S&P	Diferencial EMBI	Total	BM	BID	China
Venezuela	7	B+	1220	52.528			6.028
Brasil	3	BBB	219	39.628	5.338	12.559	11.731
México	3	BBB	188	27.410	14.739	11.671	1.000
Argentina	7	B	935	28.874	7.164	9.610	12.100
Perú	3	BBB	218	6.133	3.045	2.868	200
Ecuador	7	B-	838	9.864	153	2.457	7.254
Colombia	4	BBB-	195	12.118	6.241	5.877	
Bahamas				2.450			2.450
Total				179.005	46.680	51.070	81.235

Fuente: INDEX (2011), BM (2013), BID (2013) y Gallagher (2013).

Tabla 6.4 América Latina y El Caribe: IED de China por países, a fines de 2009. (En millones de dólares y en porcentajes del total)

País	Valor	Porcentaje
Islas Caimán	13577.1	44.1
Islas Vírgenes Británicas	15060.7	48.9
Brasil	360.9	1.2
Perú	284.5	0.9
Venezuela (República Bolivariana de)	272	0.9
Bermuda	175.9	0.6
México	173.9	0.6
Argentina	169.1	0.5
Guyana	149.6	0.5
Ecuador	106.6	0.3
Cuba	85.3	0.3
Panamá	81.1	0.3
Otros países con 0,2% o menos	275	0.9
Total	30771.7	100

Fuente: CEPAL (2012).

Capítulo 7

Poder, ideología y mercados

Rolando Villavicencio Santillán

7.1 El poder y la ideología

Para entender y asumir el significado del poder, hay que tener muy en cuenta la interpretación subjetiva que de él puede hacer cada ser humano, dentro del contexto social en el que se desenvuelve. Michel Foucault entiende al poder como un fenómeno que atraviesa todo el cuerpo social. Si nos atenemos a este concepto, y asumimos que la sociedad es un ente productivo, podemos interpretar que es en la acción social-productiva de los seres humanos donde se genera el poder. Pero la producción está condicionada por la propiedad sobre los medios productivos y las relaciones de distribución que de ella se desprenden. Por lo tanto, es la distribución del producto la que determina el ejercicio del poder. Bajo esa concepción es que siempre se ha identificado al poder con la posesión de riquezas.

Ahora bien, para estar en capacidad de ser ejercido, el poder debe ser reafirmado socialmente; es decir que la sociedad debe estar consciente de él, de su omnipresencia, y para hacer esto posible se necesita de los elementos comunicacionales. Según una elucidación muy recurrente, la comunicación es una acción

fundamentada en las relaciones sociales, constituida por un emisor y un perceptor, que intercambian mensajes al compartir un código (conjunto de símbolos, gustos, mensajes) a través de canales físicos, para hacer participar a este de los conocimientos o sentimientos emanados del emisor, en un circuito de respuestas. El mensaje está compuesto de un repertorio de signos que en su conjunto constituyen la información. Pero la comunicación solo se establece cuando existe retroalimentación puesto que la comunicación es un acto dinámico, transaccional y compartido a nivel social.

Estas acotaciones teóricas nos permiten marcar dos focalizaciones desde donde se sustenta la relación poder-comunicación-ideología: la social y la individual. En cuanto a la primera, debemos entender la comunicación mediática como un *actor social*, que representa un estamento del poder, desde el cual se expresan e imponen determinadas ideas y pensamientos, ya sea de forma verbal, audiovisual o impresa, dentro de un tiempo y espacio específicos. Y en segundo lugar, se considera a la comunicación mediática como un *actor individual*, con cuerpo, contenido e interpretación social, destinada a implicarse en la red social, como parte integral del ejercicio interactivo ejercido diariamente por una sociedad.

Concebida, pues, como un hecho social no estático, la comunicación mediática se convierte en una manifestación de poder que se cristaliza a través de la consolidación material de los medios de comunicación. Los medios, a su vez, son parte integral de la sociedad, lo cual implica su vinculación dentro del ordenamiento socioeconómico vigente. Para garantizar ese ordenamiento existen elementos que pueden ser coercitivos, como lo pueden ser las fuerzas armadas y el poder financiero, o ideológicos, como lo son la religión o la cultura y la comunicación.

En el cumplimiento de su misión, son los medios los encargados de elaborar los patrones ideológicos y culturales que cohesionen la superestructura social que, a su vez, actúa sobre la estructura productiva y distributiva. Y son los poseedores de los medios –y el estrato social del que son parte- quienes tienen la capacidad de influir sobre el orden imperante, modificarlo o reemplazarlo si fuera menester. Cualquier factor que intente alterar el poder constituido, para bien o para mal, se transforma en enemigo de los medios, y debe ser, por lo tanto, objeto de sus embestidas.

7.2 La cultura y la comunicación.

Universalmente, la fenomenología social ha sido identificada como un “todo”, dentro del que participan distintas instancias como lo político, lo económico y lo ideológico. Pero, en los últimos tiempos esta apreciación ha venido perdiendo vigencia, más que por una reflexión intra teórica, por la recuperación de espacios de las opciones liberales, que miran con displicencia la tarea de analizar las distintas categorías que lidian dentro de la dialéctica de la organización social. Por ejemplo, en el caso de la economía, los neoclásicos han dado por ubicarla como un espacio independiente, analizable por fuera de los condicionamientos sociales que la establecen, que funciona con una lógica autónoma según la cual el mercado y la ganancia constituyen la razón de ser de la producción y el intercambio.

En lo atinente a la cultura, aunque se reconoce que esta es parte inmanente de lo social, se la intenta etiquetar como independiente y libre de los constreñimientos económicos o de las determinaciones del poder político. Como señal de estos tiempos en que se ha pretendido hacer inadmisibles las alternativas al capitalismo central, y negar nuevas opciones en el plano ideológico, hasta los mismos sectores críticos al

aparataje político se han desplazado hacia la cultura como una forma aséptica de analizar lo social, pero sin perturbar el pensamiento establecido lo cual, en el fondo, no hace más que sustentar el esquema de realización capitalista. En ese sentido se afirma que el análisis cultural no tiene que incluir la cuestión valorativa de los sistemas sociales, es decir que debe obviar la problemática ideológica, pues su ámbito es más consensual en cuanto a sistemas de gobierno, y menos comprometido en términos de reivindicaciones sociales.

Sin embargo, esto no ha sido una constante del contestatario intelectual. Gramsci en Europa y Mariátegui en Latinoamérica ya habían trabajado en el acercamiento de la cultura con la ideología. Ambos en sus respectivos espacios determinaron que no hay como referirse a la ideología sin tener en cuenta las características culturales de las sociedades a ser analizadas. Entendieron, eso sí, que para fusionar y aplicar ambos procesos era necesario diferenciarlos. Gramsci razonaba que “una densa trama de espacios culturales se interponía entre quienes pensaban alternativamente, y su posibilidad de allegarse al poder político estatal, y que esa trama debía trabajarse en la síntesis de lo ideológico con lo cultural”. O sea que el cambio ideológico se construye en la interacción con las modalidades culturales. De acuerdo a estos pensadores, en la aprehensión de lo cultural no se debe desdeñar la importancia de las formas costumbristas del pueblo llano, como lo son las tradiciones populares, las fiestas religiosas, la conformación de asociaciones, clubes, comités barriales, las maneras populares de comunicación, etcétera.

En ese sentido, aunque hay mucho de razón cuando se dice que fenómenos actuales de la comunicación como los reality shows, los concursos y juegos, los campeonatos deportivos regionales y globales, son formas de alienación masiva implantadas por el imperialismo para inducir al consumismo, ellos no deberían

ser menospreciados o soslayados dentro del análisis crítico. Estas formas –si se quiere sub culturales- que tanta acogida tienen entre la gente de a pie, deberían ser tomadas más en serio por los que analizan al poder y sus manifestaciones, si es que apuntan con sinceridad a enfrentarlo en su propio terreno, y promover verdaderos cambios sociales. Bajo ese razonamiento, es necesario superar la noción dualista que intenta separar la cultura ilustrada de la cultura de masas.

En consonancia con lo anterior, hay que dejar de pretender que lo ideológico es un proceso que se configura e impone al margen de las realidades culturales y tan solo depende de la estructura material productiva. Si bien es cierto, en otros tiempos la ideología fue impuesta a las sociedades de manera abiertamente violenta –ya vimos las formas colonizadoras en América que combinaban la fuerza militar con la imposición cultural y religiosa- actualmente se han integrado nuevos elementos, sutiles y seductores, que tornan más velada esa acción aculturizadora y sus propósitos últimos de sustentación de las desigualdades sociales. Ahora el asunto pasa por la imagen, el movimiento, el sonido y por estilos de poca argumentación como los videojuegos, el video clips, el cliché, la frase efectista, el sexo, el simbolismo entre otros. "La modalidad visual televisiva –veloz y espectacular- es hija de las condiciones culturales de lo postmoderno, pero a su vez contribuye fuertemente a la retroalimentación de dichas condiciones: de tal modo, constituye un universo donde importan el impacto y no la razón, la sensibilidad antes que el discurso sistemático, la imagen más que la letra, y el gusto más que la opinión" (Follari, 2012).

De manera que las nuevas modalidades de la cultura y su análisis crítico están enmarcadas en las nuevas condiciones, sobre todo cuando se las maneja desde los medios. La lectura

ideológica pasa por claves estrictamente culturales, soslayando otros determinantes sociales. En esta realidad globalizada y multicultural del siglo XXI, encuadrada en la hegemonía de las potencias de viejo y nuevo cuño, los mensajes ideológicos deben entrar en consonancia con las particularidades que nos impone lo cultural. “Pareciera que todo es símbolo, que lo material se nos hubiera escurrido como agua entre los dedos. Que solo proliferan representaciones, signos, virtualidades. Y es cierto que el espacio de los símbolos se ha multiplicado enormemente, mientras que el de la materialidad-mundo no puede multiplicarse en igual proporción; de tal manera la relación número de signos/número de objetos percibidos –por decirlo de alguna manera- se ha desbalanceado notablemente a favor de los primeros. Hay una fuerte “superabundancia” simbólica en relación a la materialidad directa (por supuesto, entendemos la existencia de materialidad del signo, pero necesitamos aquí distinguir la materialidad primaria de la materialidad significa)” (Follari, 2012)

Y en esta sociedad –que, a despecho de la ideología que proclamaba el fin de las ideologías, fue profundamente ideologizada para sustentar la lógica expliadora del sistema- la concepción material de la compra-venta se ha diluido a favor de lo mediático, intentando disimular que toda actividad humana depende de la realidad del funcionamiento productivo. Es así como en el contexto de las informaciones y comunicaciones tecnológicas se ha impuesto la *mediatez*, no solo en el influjo ideológico hacia el consumo sino también en las operaciones de compra venta. Ahora las transacciones, sean crediticias, de adquisición o de pagos de los servicios, son en buena medida electrónicas, es decir remitidas a mensajes inmediatos, a acreditaciones bancarias no al tradicional cambio de papel moneda, lento frente a la mundialización del comercio.

De manera que en este mundo de bonos, salarios informatizados, tarjetas de crédito o débito, cuentas virtuales, se nos está olvidando que es en la base material de la producción de bienes y servicios, que se gestan las condiciones del dominio social. Siendo así, todos estos fenómenos que nos ha dejado la configuración global en este cambio de milenio –las crisis hipotecarias, las corridas de capital, los paquetes financieros para salvar a los mismos causantes de las crisis- pretenden ser assimiladas como algo cotidiano y hasta necesario que, vistas desde la lejanía de la televisión (algo similar a las guerras), no le incumben a la sociedad sino que la respuesta para ello la tienen las clases dirigentes representadas en los poderosos organismos financieros y en las alianzas regionales y geo militares.

Habiendo señalado la importancia que tiene la comunicación mediática en la configuración de las ideologías, es necesario revelar la trascendencia adquirida por ella dentro del mundo globalizado de principios del siglo XXI. Desde la lejana época en que el hombre se comunicaba con señales y sonidos, las formas de comunicación e información han evolucionado notoriamente, y esa evolución ha sido más rápida y novedosa –y además ha adquirido características masivas- durante los dos últimos siglos del capitalismo. La comunicación radiofónica y escrita, tuvieron que entregarle espacio a la televisión, y luego esta ha venido cediendo terreno frente al internet, la comunicación satelital y las redes sociales. La globalización de los mercados, que se sirvió de la comunicación para su desarrollo, la ha integrado como parte sustancial de su desenvolvimiento y realización.

En todo caso, las principales características de estas formas mediáticas han sido de permitir enterarnos de lo que sucede más allá de nuestro ámbito cercano, y poder emitir y compartir información de manera casi simultánea, con una

cantidad ilimitada de personas, y casi al instante en que se genera dicho suceso. La incorporación de imágenes, sonidos, efectos especiales y de puntos de vista diversos han sido otros elementos incorporados al juego. Evidentemente, estos nuevos recursos de la comunicación han sido altamente valorados y empleados para sus objetivos por quienes son los poseedores del gran capital y de la infraestructura informativa. Su uso les permite incursionar con gran poder en campos que van de lo político, educacional, y cultural hasta el entretenimiento y la diversión.

Siendo muy diversas las áreas abarcadas por los dueños del capital, muy a menudo han optado por integraciones estratégicas y acuerdos geopolíticos entre ellos, para poder penetrar mejor en el gran mercado mundial. Tanto las transnacionales como las potencias industrializadas se ponen de acuerdo en el reparto de los espacios planetarios, generando las “áreas de influencia” o los “patios traseros” donde efectúan soberanamente su actividad. América Latina y su dependencia de la superpotencia capitalista ha sido una muestra de aquello. Claro que la globalización les permite circular libremente por los distintos espacios geográficos sin romper la construcción geopolítica vigente. Así vemos que la Pepsi Cola y KFC han integrado sus ventas a nivel mundial, pero al mismo tiempo poseen sus propias filiales tanto en Estados Unidos como en China, donde se manejan como entes independientes, con sus propias políticas de mercadeo e imagen, y compitiendo en cuanto a formas administrativas y precios al consumidor dentro de la misma firma.

De esta forma, la presencia definitiva y definidora del mercado en el campo de la comunicación, como hoy atestan los movimientos de los capitales en torno de fusiones, asociaciones, acuerdos y transferencias de activos, es progresiva, teniendo su origen en la propia constitución del campo, pero es al final del

siglo XX que se da un avance substancial. Durante los años 80, las industrias mediáticas se transformaron en un importantísimo campo de valoración del capital. Organizadas para producir mercaderías bajo la forma de telenovelas, películas, videos y discos musicales, y para distribuirlas planetariamente, a través de las nuevas tecnologías de telecomunicaciones por satélite y cable, esas compañías, al mismo tiempo, reforzaron ‘el equilibrio de la cultura’ y, con eso, la homogenización de la demanda a ser atendida a nivel mundial. Para incrementar sus recetas, dinamizaron los sistemas productivos y distributivos específicos, de acuerdo con los públicos y su capacidad económica, con diversos resultados. (Cruz, 2012).

Es evidente, además, que esta globalización del poder a través de la industria mediática, va ligada a la implantación y afirmación de una ideología dominante entre la gente, que se constituye en el marco supra estructural que cohesiona y garantiza el funcionamiento del sistema de explotación.

7.3 La glorificación del mercado

Bajo la óptica marxista, la unidad fundamental del capitalismo es la mercancía, puesto que la sociedad de mercado es una inmensa acumulación de ellas. Como mercancía definimos a todo aquel bien material destinado a la satisfacción de las necesidades humanas que, además de servir para el autoconsumo, se destina al intercambio. Para determinar el valor de una mercancía se necesita tener una medida de referencia, que viene a ser el trabajo empleado en producirla, y para cuantificar su precio-valor es necesario expresarla en una unidad, que en este caso viene a ser el dinero. En resumen, una cosa es el costo de producir la mercancía y otra cosa es el precio que se le asigna a esa mercancía en el mercado.

Entre el coste y el precio de la mercancía existe una diferencia a la que se identifica como la ganancia (no confundir ganancia con plusvalía, que es el nuevo valor generado a partir de la fuerza de trabajo). Los montos acumulativos que alcanza el capitalista por su inversión están en función del precio al que se pueda vender la mercancía y de las cantidades que puedan ser colocadas dentro del mercado. Es por eso que en la realización de la mercancía en su ámbito natural, que es el mercado, intervienen distintos elementos, como la información, la publicidad, los monopolios y el crédito, que influyen sobre las preferencias y decisiones de compra del público, y apuntan a aumentar los montos de las transacciones y a maximizar aún más el margen entre la inversión y el precio de venta, es decir la ganancia.

Es axiomático pensar que las opciones de demanda de la gente están condicionadas por sus necesidades, sus gustos y sus costumbres, los cuales a su vez, son parte integral de los patrones culturales en que se desenvuelven. En ese sentido, las ideologías dominantes apuntan a imponer estilos de comportamiento que respondan a la necesidad de colocación de los productos de las grandes empresas transnacionales y de los centros productivos del capitalismo estatal. De esta manera nos encontramos ante toda una sociedad que es compelida hacia el consumo de los más diversos bienes y servicios, con la quimera, según lo dictan las estrategias publicitarias e ideológicas, de mejorar sus niveles de bienestar, subir en la escala social y de ser posible, tocar los dinteles de la felicidad, que ofrece al por mayor el gran mercado globalizado.

La ideología del consumo, le da forma material a las necesidades creadas por los grandes canales de la propaganda y la comunicación. El deseo de consumir nace en el mismo individuo, la mercancía es un fetiche que llega desde afuera para llenar sus necesidades. Para materializar su idea de

sentirse feliz, libre, hermoso, el pueblo cuenta con una variada y voluminosa oferta de bienes y servicios en ese sagrado mercado. Los sufrimientos, la carestía, el sueldo que no alcanza, quedan mitigados por la satisfacción de comprar el producto de moda, de aprender a bailar el más reciente ritmo musical. Los complejos, los atavismos raciales, el sentido de inferioridad, desaparecen en el momento que sabemos que estamos consumiendo lo que nos recomiendan el actor de moda, o la reina de belleza. Y para abrirnos cordialmente la puerta de acceso a ese deseo consumista, el sistema nos proporciona todas las facilidades de pago y crediticias para poder hacer nuestro el producto.

Dentro de esta alucinante dinámica mercantil, toda la infinidad de bienes que circulan en la sociedad global actual, han hecho acentuar esa especie de divorcio entre la producción social y el consumo de las miles de millones de personas en el mundo, que al mismo tiempo son las productoras, algo a lo que Marx denominaba como el fetichismo de la mercancía. Aquella interpretación metafísica y pseudo proposicional de la mercancía hace que esta llegue a ser erróneamente percibida como una cosa independiente, aislada del proceso de producción social y con autonomía propia dentro del mercado.

El carácter misterioso de la forma mercancía estriba, por tanto, pura y simplemente, en que proyecta ante los hombres el carácter social del trabajo de éstos como si fuese un carácter material de los propios productos de su trabajo, un don natural social de estos objetos y como si, por tanto, la relación social que media entre los productores y el trabajo colectivo de la sociedad fuese una relación social establecida entre los mismos objetos, al margen de sus productores. Este quid pro quo es lo que convierte a los productos de trabajo en mercancía, en objetos físicamente metafísicos o en objetos sociales (...) Si los objetos útiles adoptan la forma de mercancías es, pura y simplemente,

porque son productos de trabajos privados independientes los unos de los otros. El conjunto de estos trabajos privados forma el trabajo colectivo de la sociedad. Como los productores entran en contacto social al cambiar entre si los productos de su trabajo [a través del dinero], es natural que el carácter específicamente social de sus trabajos privados solo resalte dentro de este intercambio (...) Es en el acto de cambio donde los productos del trabajo cobran una materialidad de valor socialmente igual e independiente de su múltiple y diversa materialidad física de objetos útiles (...) El descubrimiento científico tardío de que los productos del trabajo, considerados como valores, no son más que expresiones naturales del trabajo humano invertido en su producción, es un descubrimiento que hace época en la historia del progreso humano, pero que no disipa ni mucho menos la sombra material que acompaña al carácter social del trabajo. (Marx)

Y de aquí que resulte necesario comprender la relación entre mercancía e ideología: en las representaciones ideológicas, la cosa (el resultado, la mercancía) obtura el proceso (el todo, el trabajo) social. Las ideas concretas (al igual que las mercancías) se separan de los hombres concretos, se relacionan entre sí, se cosifican. Las ideas se escapan de las condiciones reales de los hombres como mágicamente y adquieren sustancialidad, son una cosa en si, tal es el caso del Estado, de las leyes, de dios, de la moneda, etc. (Siedlerich, 2009).

Al pretender que el intercambio mercantil se efectúa en forma aislada del proceso productivo, se intentan ocultar las verdaderas motivaciones que sustentan la inversión capitalista. Esta distorsión axiológica según la cual el intercambio se efectúa entre consumidores autónomos y no entre productores sociales, trata de velar la ideología enajenante que obliga a la gente a comprar, dando la idea de que la fiebre consumidora de

las masas nace de ellas mismas, de sus decisiones naturales y autónomas y no de las determinaciones que impone el sistema. Así, el consumo de una botella de Buchanan proviene del deseo que esta, como mercancía, provoca sobre el ciudadano consumidor, no de los patrones de consumo que determina la sociedad mediante la ideología. Se pierde de vista que, en realidad, la mercancía nace de la suprema motivación del sistema que es extraer la plusvalía, y que, en virtud de esa motivación, el trabajador que genera esa plusvalía es convertido, a su vez, en el comprador que pone su dinero para financiarla.

América Latina y el Caribe, con sus más de 650 millones de habitantes, ha sido uno de los mercados donde el gran capital ha implantado esa ideología del consumismo. Este prurito arraigado profundamente en nuestra sociedad, que le obliga a destinar la casi totalidad de sus ingresos a absorber la oferta proveniente de decenas de miles de empresas multinacionales, tuvo sus orígenes en la misma etapa colonial, cuando la mentalidad de los latinoamericanos fue persuadida de que “todo lo llegado de afuera era lo mejor”. De esa manera, luego del proceso de descolonización de Europa, nuestros países no se preocuparon de desplegar un crecimiento desde adentro, que generara conocimiento y formas propias de desarrollo, sino que siguieron fundamentando su desarrollo en la dependencia financiera, comercial y tecnológica de las naciones avanzadas, primero de Inglaterra, la potencia capitalista de ese entonces, y luego de los Estados Unidos, la superpotencia que desde el siglo XIX había iniciado su impetuoso dominio territorial y político a nivel mundial.

Con la conformación de una red de empresas multinacionales, la región latinoamericana pasó a convertirse en una pieza de esa estructura monopólica, en la cual nuestros países eran fuente de recursos y destino de la oferta elaborada. En esa trama



es que la mente de los centenares de millones de latinoamericanos, ha estado sometida, día a día y hora a hora, a todo un cúmulo de mensajes mediatizados que promueven el *american way of light* (estilo de vida americano) y promocionan los valores y principios del consumismo como objetivo supremo en el gran mercado mundial, y americano en particular. A lo largo del siglo XX, y con mayor fuerza a partir de la aparición de las nuevas técnicas televisivas y cinematográficas, la mentalidad latinoamericana se fue subsumiendo en la observancia a los valores y formas de vida procedentes del norte, cuya finalidad final era la sustentación del proceso acumulativo capitalista¹. Desde luego, esa subordinación implicaba la conservación y en determinados momentos la agudización de las condiciones de subdesarrollo regional.

Cuando la República Popular China hace su irrupción en la zona latinoamericana, encuentra una sociedad descontenta y contestataria, que mira en el modelo de desarrollo asiático una oportunidad para romper el atávico establecimiento que la mantiene en el atraso. Pero el capital chino –al fin y al cabo capital más allá de su auto denominación de socialista- muestra muy pronto su lógica. Las estrategias para la colocación de sus ingentes recursos financieros responden también a la suprema consigna de la obtención del rédito. China es una nación a la que ya se la cataloga como de primera economía del planeta. Su política económica en el mundo ha estado fundamentada en la

1 Es común ver que los héroes de películas, novelas y videos, visten los colores de la bandera estadounidense, tienen rasgos físicos indudablemente anglosajones, y defienden principios como la libertad, la propiedad privada y el éxito individual. En esas historias siempre está presente la lucha entre el bien y el mal, lucha en la cual siempre triunfa el bien, lógicamente encarnado por los prototipos occidentales. Incluso en los programas infantiles, aparentemente inocentes, los príncipes y princesas, los Rico Mac Pato, los Ricky Ricon, con todos sus defectos y egoísmos, representan las clases afortunadas a las que hay que admirar y respetar.

apertura comercial, la política crediticia, y la inversión en obras pesadas, que sustentan sus necesidades de crecimiento y cuyas remisiones apuntan a la acumulación interna. Los propósitos del gobierno chino son axiomáticos: mejorar las condiciones de vida de su pueblo; pero, dentro de la lógica acumulativa, esto implica la extracción de la plusvalía del trabajador y la explotación de recursos, que es lo que, ni más ni menos, se ha dado en América Latina.

De manera que, en las pretendidas nuevas relaciones de nuestros países latinoamericanos, se vuelven a conjugar los factores del poder y la ideología. El estilo de vida chino, que tiende a asemejarse al occidental, gana terreno en la región latinoamericana, con las ya conocidas marcas transnacionales, cambiando solamente el *made in*. Todo en el marco de una geopolítica telemática y comunicacional que tiene como eje las determinaciones del gran mercado globalizado.

7.4 La globalización mediática y sus contestatarios

Ignacio Ramonet, del periódico Le Monde, al efectuar su análisis de la globalización digital, recordaba que a partir de los años sesenta los flujos financieros consiguieron abarcar todas las regiones mundiales sin ninguna dificultad, gracias a los avances de la comunicación electrónica. Esta fue una demostración de la importancia de la comunicación y el manejo digital en la actividad diaria de los habitantes del planeta. Si antes la comunicación como forma de realización comercial se la efectuaba segmentada, sea mediante textos, por señales o con audio, ahora, mediante el internet se han integrado los tres elementos en uno solo: el anuncio publicitario llega a la masa directamente con música propia, con la imagen que cautiva y con la persuasión verbal y escrita.

Con motivo de la cumbre de Bruselas, en 1995 se reunió el G7 en un encuentro histórico en el que se trató por primera vez el desafío de la Sociedad Global de la Información. En esta importante reunión no hubo representantes de la sociedad civil o de organismos ciudadanos o sociales, sino básicamente delegados de las grandes industrias informáticas y aeroespaciales. Al Gore, quien presidió la reunión como Vicepresidente de los Estados Unidos, se refirió entonces al nuevo orden mundial de la información. Un año después, en Okinawa se reúne el G8, para proclamar la Carta Sobre la Sociedad Global de la Información. Es así como empieza a tomar cuerpo la gran infraestructura mundial de autopistas de la comunicación digital.

Las nuevas tecnologías comunicativas, Tics, fueron vistas en un principio como condicionantes para el crecimiento a través de la educación de masas. En algunos países del sudeste asiático, por ejemplo, inicialmente se interpretó así su uso, lo cual indudablemente influyó mucho en su importante incursión en el sector terciario de la economía. Pero muy pronto –o quizás siempre– los promotores de estas técnicas adoptaron como objetivo de ellas el dar entretenimiento con la finalidad de despolitizar y adormecer la opinión crítica, a más de sustentar el aparato consumista. Las redes comunicacionales fueron, entonces, utilizados por muchos jóvenes –y mayores también– no para hacer análisis críticos de los problemas sociales, o compartir información científica, sino para conversar sobre las pamplinadas de los ídolos del momento, o simplemente para alimentar temas insustanciales y mezquinos.

Desde luego a esta socialización de la trivialidad había que adornarla con algún nombre. Fue en Japón donde, en los años sesenta, se dio por denominarla como *Sociedad de la Información*, entendida como un sistema en el que a través

de la democratización de la tecnología informativa los países tienen mejores posibilidades para alcanzar su pleno desarrollo. Liderando esta entelequia, como no podía ser de otra manera, estaban las potencias occidentales, como paladines de las libertades, la democracia y los derechos humanos, valores que, bajo su entendimiento, debían ser imitados por el resto de países. De esta manera quedaba velado el pacto de poder entre los grupos económicos transnacionales y los grandes medios de comunicación e información, diferentes ámbitos empresariales en los que su propiedad, generalmente, está concentrada en pocas manos.

Aunque la relación existente entre el poder económico y el de la información, parece algo obvio, en realidad no es tan fácil establecer concretamente las conexiones y correlaciones entre estos dominios. Ese vínculo no es tan evidente a primera vista pues las empresas mediáticas habilidosamente presentan sus noticias, sus análisis y sus editoriales como que se originaran en un sujeto genérico al que denominan como la “opinión pública”. A través de ciertas técnicas, como las encuestas, los artículos de opinión, y la redacción supuestamente objetiva e imparcial, estas empresas dan la apariencia de que no son ellas sino la gran opinión colectiva la que se manifiesta en sus diarios, canales u otros medios².

Sin embargo, a partir de investigaciones sobre los nombres de los dueños de los medios y sus allegados, de los holdings financieros a los que están ligados y de sus representaciones

2 Según lo que menciona Noam Chomsky, existe una élite relativamente pequeña de gerentes económicos, líderes políticos, gestores ideológicos, que comparten intereses y privilegios y que mira a la gente, al mundo más o menos de la misma manera, como un simple objeto de consumo y de maximización de sus utilidades. Entre ellos no existen consideraciones democráticas, en realidad creen que la democracia es un peligro y hasta lo dicen.

legales, se ha podido elaborar un mapa de estas relaciones de propiedad. De allí se desprende la existencia de varias formas de concentración de los capitales mediáticos, aunque hay tres que son las más usuales: por un lado, aquellas de concentración horizontal que buscan la integración de varios medios pertenecientes al mismo sector, que se agrupan entre ellos, para tratar de maximizar los beneficios empresariales; por el otro lado, la concentración vertical que consolida una empresa en un mercado de escalas, para tratar de reducir costes; y la tercera es la conformación de conglomerados que, a su vez, pueden ser diversificados (participación de empresas industriales en la comunicación), multimedia (empresas de información y/o entretenimiento, y los mixtos (adquisición de uno o varios medios de comunicación por parte de una industria ajena al sector) (tabla 7.1). O sea que no solo estamos hablando de una centralización de los medios de comunicación en pocas manos, Este análisis comparativo nos permite visualizar la extensa y progresiva interrelación de la industria informativa con las más diversas actividades como son las finanzas, la energía, la telecomunicación, la construcción, la informática, la industria militar, fondos de inversión, y hasta con grupos mafiosos. Estas vinculaciones también se extienden a los ámbitos del poder político-estatal como las que mantienen Google y la NASA, o varias empresas del internet con la Dirección Nacional de Inteligencia DINA.

En resumen, se ha determinado una fuerte concentración y –al mismo tiempo- un creciente expansionismo del poder económico, que atraviesa los ámbitos ideológicos y culturales y que se proyecta hacia los más altos estamentos de la política mundial, para garantizar su funcionamiento y permanencia, sustentados históricamente en el usufructo de las masas trabajadoras y los recursos naturales. Pero, no podemos decir que esta ideología del poder no ha sido contestada por los grupos

sociales más esclarecidos. Como expresión de los nuevos tiempos, se ha ido forjando toda una camada de protagonistas sociales y de movimientos profesionales que empiezan a distanciarse de las dinámicas dominantes en la tecnología de la información. A nivel nacional e internacional se efectúan foros y debates sobre la problemática en cuestión gestándose espacios como la Cumbre Mundial sobre la Sociedad y la Información o la Convención sobre Diversidad Cultural. Es decir que el tema del uso macro social de las tecnologías, en la segunda parte del siglo XX, ingresó en un campo de choques políticos en el que los grupos sociales y profesionales han reclamado ser actores principales³.

De esa manera es que movimientos populares como los de la antiglobalización han logrado enlazarse en una fuerza global importante que surge como alternativa social. Y es a través de las redes sociales y demás canales que brindan los actuales mecanismos de la comunicación masiva, que varios movimientos, como el de los Indignados o Soy el 131, han logrado convocarse y manifestarse de manera combativa en distintos países. Estos grupos que nacieron casi desordenadamente, se han llegado a constituir en un poder contestatario que desnuda las contradicciones en el reparto de la riqueza y que con sus denuncias y acciones ha puesto en aprietos a muchos gobiernos

3 En los años setenta, desde los Países no Alineados, hubo un intento de modificar los mecanismos de la producción de información. En debates organizados por la UNESCO, se esbozó una crítica sobre la cobertura tendenciosa, incorrecta y poco objetiva, efectuada por los grandes medios en eventos como el derrocamiento de Salvador Allende, en Chile, o Jacobo Arbenz en Guatemala. En los años ochenta la propuesta del presidente Reagan de imponer el plan flowofinformation (libre flujo de la información), fue muy contestado por estos sectores alternativos. A cuatro décadas de esos esfuerzos de democratización, no es mucho lo que se ha conseguido, aunque algunos resultados se han dado en cuanto a la creación de agencias de prensa, nacionales y regionales, en América del Sur, determinación de proyectos sectoriales, y difusión de ensayos e investigaciones para reivindicar la cultura de los países periféricos.

excluyentes y poco democráticos.

Sin embargo es de anotar que entre los millones de personas que participan en esos movimientos globales, no ha existido hasta ahora una cohesión ideológica, ni una directriz axiológica definida. Los gigantescas movilizaciones mundiales contra el neoliberalismo, el calentamiento global, las guerras, la corrupción, etcétera, son luchas reivindicativas contra anomalías que la gente identifica intuitivamente como causantes del incremento de la miseria y el sufrimiento general. Pero, sin desconocer que muchos de los líderes de estos movimientos tienen claras identificaciones ideológicas, no existe entre la mayoría de la masa una definición teórica ni un compromiso partidista. Sus motivaciones giran en torno a temas reivindicativos generales, y a reclamos espontáneos de trabajadores y estudiantes, de los que no se han escapado no siquiera gobiernos que supuestamente los representan, como el de Dilma Rouseff, en Brasil, o el de la Revolución Bolivariana en Venezuela.

Pese a que, mediante las mismas tecnologías de la información y la comunicación, podría educarse ideológicamente a la gente, esto no ha podido ser conseguido por los sectores que pretenden liderar estos movimientos, quizás por las motivaciones inmediatistas y etéreas que caracteriza a las nuevas generaciones, que constituyen el grueso de los mismos. Es por ello que esas importantes protestas populares no han podido hasta ahora constituirse en una fuerza política, organizada y unificada, que apunte a constituirse en una alternativa política de transformación real de las injustas estructuras sociales vigentes.

Tabla 7.1 Relación grupos mediáticos y capitales empresariales

Grupos o familias	Propiedad sobre medios de comunicación e información	Otras actividades empresariales
Fox News Corporation, de Rupert Murdoch.	Decenas de canales de Tv, periódicos, radios, revistas, internet, y demás medios repartidos en todo el planeta. Fox, Sky, The Sun, The Times, The New York Post,	Inversiones en la Bolsa de New York y Australia. Deportes (The Angeles Dodgers). Ingresos anuales US\$29 mil millones
CNN (Cable News Network) de Ted Turner.	Quince cadenas de televisión por cable y satélite, doce sitios web y dos cadenas de radio. Cobertura mundial en varios idiomas. Empresas de internet (AOL). Cine, música, periódicos, etc.	Negocios de tierras, restaurantes, deportes (Atlanta Braves) y carne de bisonte.
Grupo Prisa. Juan Luis Cebrián, Familia Polanco (España), US\$2,038 millones	Diario El País (España). Prisa Radio, Radio Caracol de Colombia. The Huffington Post, Cinco Días, Prisa TV, Televisa Diario. Ed. Santillana.	Banco Santander
Luksic Quiñenco (Chile)	Canal 13 (Chile)	Cervecerías Unidas CCU, Banco de Chile, Madeco, Bolsas de Santiago y New York, Canal de Panamá, Sofsofa, D. Automotriz,

Elaborado con base en información en línea.

Tabla 7.1 Relación grupos mediáticos y capitales empresariales (Cont.).

Grupos o familias	Propiedad sobre medios de comunicación e información	Otras actividades empresariales
Grupo El Mercurio (Chile)	Quince periódicos de circulación nacional	Bolsa de México.
Televisa de Emilio Azcárraga. (Méjico)	Canales de Televisión, radios,	Banco General SA, Aerolínea COPA, Inmobiliarias, EPASA. Grupo CIMA Panamá SA administración del canal.
Familias Motta y Arias Vallarino, Eisenman, Bergudo, Alberto y José Alemán. (Panamá)	Diarios La Prensa, Panamá América, Crítica y Día a Día. TVN.	Diarios El Clarín, La Razón, La Voz, OLE, Los Andes, El Tribuno. Cablevisión Arter Arg. Multicanal, TN, Sports. Radio Mitre, Telefónica Nacional, Revista Genios, AGEA; CIMECO. Canal 13, Cadena 100, Ciudad Digital, Direct TV, y múltiples radios y medios.
Grupo Gustavo Cisneros (Venezuela) Familia Otero	Venevisión, diarios El Nacional, el Universal, El Economista,	Negocios con el grupo venezolano Cisneros. Negocios en el comercio, industria.

Elaborado con base en información en línea.

Tabla 7.1 Relación grupos mediáticos y capitales empresariales (Cont.).

Grupos o familias	Propiedad sobre medios de comunicación e información	Otras actividades empresariales
Organizaciones Globo de Roberto Marinho (+) de Brasil	TV Globo, diario O Globo, Radio Globo, revistas, disqueras, cine, etcétera.	Bancos, mercados inmobiliarios, alimenticia.
The Walt Disney Company de EEUU, Activos: 74, 898 (2012)	ABC (American Broadcasting Company), Canales Disney, Radio, portales, parque de atracciones, etcétera.	Cotiza en Bolsa de Valores de New York
Time Warner, EEUU. Activos \$75,700 mill.	New Line Cinema, Time Inc, Warner Bros, HBO, DC comics, Cartoon Networks, Castle Rock, Turner Broad System, Time, Fortune.. Fusionada con CNN.	

Elaborado con base en información en línea.

Índice de tablas y figuras

Tabla 3.1 Gobiernos militares neoliberales en Latinoamérica ..	85
Tabla 3.2 América Latina y El Caribe. Pobreza e indigencia en el periodo 1980-1986-1987.....	86
Tabla 3.3 Población total de Latinoamérica y El Caribe por países. 1980-2020	87
Tabla 3.4 Posición mundial de las principales economías del mundo de acuerdo al PIB Paridad Poder Adquisitivo (PPA) y al PIB precios corrientes. En miles de millones de dólares	89
Tabla 4.1 Peso porcentual de China en el comercio mundial 1992-2009.....	106
Tabla 4.2 China: crecimiento medio anual del comercio con sus principales socios	107
Tabla 6.1 Mayores exportadores de mercancía y servicios en el total mundial 2000-2009	183
Tabla 6.2 América Latina y El Caribe: evolución de las exportaciones por principales destinos, 2000-2009 (en porcentajes)	184
Tabla 6.3 Riesgo país y beneficiarios de préstamos del BM, el BID y China. Del 2005 al 2011, en millones de dólares.....	185
Tabla 6.4 América Latina y El Caribe: IED de China por países, a fines de 2009. (En millones de dólares y en porcentajes del total). 186	
Tabla 7.1 Relación de grupos mediáticos y capitales empresariales.....	208
Figura 5.1 América Latina y El Caribe. Participación de destinos en el total comercial, 2000-2020a. Exportaciones	132
Figura 5.2 América Latina y El Caribe. Participación de destinos en el total comercial, 2000-2020a. Importaciones	132



Acrónimos y abreviaturas

- ALBA: Alianza Bolivariana para los Pueblos de América.
- AP: Alianza del Pacífico
- ALCA. Asociación de Libre Comercio de las Américas.
- BM: Banco Mundial
- BIRF: Banco Interamericano de Reconstrucción y Fomento
- BCD: Banco de Desarrollo de China
- BRICS: Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica.
- CARICOM: Comunidad de países Caribeños.
- CELAC: Comunidad Estados Latinoamericanos y Caribeños
- CEPAL: Comisión Económica para América Latina
- CIDH. Comisión Interamericana de Derechos Humanos
- EXIM China: Banco de Exportaciones e Importaciones de China
- FAO: Fondo para la Alimentación
- FMI: Fondo Monetario Internacional
- MERCOSUR: Mercado Común del Sur
- OEA: Organización de Estados Americanos
- OIT: Organización Internacional del Trabajo.
- OMS: Organización Mundial de la Salud.
- ONG: Organizaciones No Gubernamentales.
- ONU: Organización de las Naciones Unidas.
- PIB: Producto Interno Bruto.
- PNUD: Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo.
- TLC: Tratado de Libre Comercio
- UNASUR: Unión de Naciones Sudamericanas
- UE: Unión Europea
- UNESCO: Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.
- UNICEF Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia.

Referencias

- Bethell, L. (1990). *Historia de América Latina. América Latina Colonial: La América Precolombina y la conquista.* Barcelona, Espana: Editorial Critica.
- Bitteincourt, G. H. (2012). *El Impacto de China en América: comercio e inversiones.* Montevideo: Red Mercosur de Investigaciones Económicas. Manuel Carballa,,
- Bloomberg Business. (s. f.). En *Bloomberg Business*. Recuperado de <http://www.bloomberg.com/markets>
- Bolaños, A. (29 de septiembre de 2015). El FMI advierte del frenazo de países exportadores de materia prima. *Diario El País*. Recuperado de http://economia.elpais.com/economia/2015/09/28/actualidad/1443444024_830496.html.
- Bonilla, A. y Milet, P. (2015). *China en America latina y el Caribe: escenarios estrategicos subregionales.* San José de Costa Rica: FLACSO, Editorial Ingenium Studio.
- Canton, S. A. (7 de abril de 2015). ¡Viva La “chino” américa!. *Diario El País*. Recuperado de http://internacional.elpais.com/internacional/2015/04/07/actualidad/1428364792_071299.html
- Cardoso, G. (2005). China y América Latina: un nuevo frente ideológico? *Observatorio de la Política China. Instituto Galego de Analise e Documentacion Internacional*.
- CEPAL. (2011). Aspectos destacados de la economía y el comercio entre los Estados Unidos y América Latina y el Caribe. *Revista de la CEPAL*, 240.



- Cesarin, S. (2006). La relación sino-latinoamericana, entre la práctica política y la investigación académica. *Revista Nueva Sociedad*, (203), 48-61.
- Chávez, N. (2015). América Latina, República Popular China y Estados Unidos: relaciones continentales estratégicas. En A. B. Soria, *China en América Latina y el Caribe: escenarios estratégicos subregionales* (pp. 75-121). San José, Costa Rica: Editorial Pat Milet García.
- Comisión Económica para América Latina y El Caribe CEPAL. (2015). *La Inversión Extranjera Directa en América Latina y El Caribe*. Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- Confucio. (s. f.). *Analectas*. Recuperado de <http://es.scribd.com/doc/3263489/confucio-analectas>
- Cruz, V. (2012). La economía política de la Comunicación en Brasil en perspectiva histórica. *Comunicación y la Crítica de la Economía Política* (p.p. 223-239). Quito, Ecuador: Editorial Quipus, CIESPAL.
- Feres, J. (1989). Magnitud de la Situación de la Pobreza. *Revista de la CEPAL*, 141.
- FMI (2015). *El crecimiento en América Latina disminuirá por quinto año consecutivo*. Recuperado de <http://www.imf.org/external/Spanish/pubs/ft/survey/so/2015/CAR042915AS.htm>
- Follari, R. (2012). Lo cultural en su lugar dentro de lo social. *Comunicación y la Crítica de la Economía Política* (pp. 218-222). Quito, Ecuador: Editorial Quipus, CIESPAL.
- Fontdegloria, X. (8 de enero de 2015). China acelerará sus inversiones en América Latina. *Diario El País*. Recuperado de <http://internacional.elpais.com/internacional/2015/01/08/>

- actualidad/1420727248_265085.html
- Freyre, G. (1997). *Casa Grande y Senzala*. Caracas, Venezuela: Biblioteca Ayacucho.
- Gallagher, K. (2013). ¿Un mejor trato? Análisis comparativo de los préstamos chinos en América Latina. *Cuadernos de Trabajo del Cechimex, UNAM*, (1),1-37.
- González, A. (3 de mayo de 2014). China destrona a EEUU como primera potencia. *Diario El País*. Recuperado de http://economia.elpais.com/economia/2014/05/03/actualidad/1399140952_251301.html
- Hernández, C. (2012). Reformas económicas liberales: casos de China e India. *Revista Confines*, 133-135.
- Jiménez, A. (6 de Octubre de 2015). El FMI pronostica una caída para Brasil del 3% en 2015. *Diario El País*. Recuperado de http://economia.elpais.com/economia/2015/10/06/actualidad/1444087697_438720.html.
- Joseph, A. (10 de octubre de 2015). La farsa del acuerdo comercial del Pacífico. *Diario El País*. Recuperado de http://economia.elpais.com/economia/2015/10/08/actualidad/1444300715_105760.html?rel=rosEP
- Kane, R. (8 de agosto de 2004). Pongamos las cosas en claro. *Revista Logros sociales y económicos de Mao, Obrero revolucionario*. Recuperado de http://www.revcom.us/a/1248/logros_sociales_y_economicos_de_Mao_s.htm#footnote1return
- Krugman, P. (2012). *Acabemos ya con la crisis*. Bogotá, Colombia: Editorial Planeta Colombiana S.A.
- León-Manríquez, J. (2006). China-América Latina: una relación económica diferenciada. *Revista Nueva Sociedad*, 203, 28-47.

- Lotta, R. (2012). Todo lo que se dijo sobre el comunismo es falso: el capitalismo es un fracaso, la solución es la revolución. *Revista Revolución*. Copia de conferencia dictada en Harvard en abril de 2010. Recuperado de <http://www.paginavermelha.org/documentos/lotta-em-harvard.htm>
- Marx, K. (s. f.). *Das Kapital: Kritik der Politischen Oekonomie* [El Capital: Crítica de la Economía Política]. Recuperado de <http://bibliotecaroja.jimdo.com/cl%C3%A1sicos-del-marxismo/marx-el-capital/>
- McElwee, C. (16 de abril de 2009). *China's Environmental Compliance Rates*. Recuperado de <http://www.chinaenvironmentallaw.com/2009/04/16/chinas-environmental-compliance-rates/#more-1576>
- Myers, G. (2014). Base de Datos entre China y América Latina Finanzas. *The Dialogue*. Recuperado de http://www.thedialogue.org/map_list/.
- Naim, M. (4 de octubre de 2015). América Latina: del prodigo al peligro. *Diario El País*. Recuperado de http://internacional.elpais.com/internacional/2015/10/03/actualidad/1443897776_210746.html
- Ortiz, F. (1975). *Los Negros Esclavos*. La Habana, Cuba: Universidad de La Habana.
- Osava, M. (23 de agosto de 2015). China penetra a Latinoamérica con créditos para países en penuria. *Inter Press Service, Agencia de Noticias*. Recuperado de <http://www.ipsnoticias.net/2015/04/china-penetra-america-latina-con-creditos-a-paises-en-penurias/>
- Pinero, G. (s. f.). *Vivir en Deudocracia*. Recuperado de <http://www.icaria editorial.com/libros>

- Riskin, C. (1987). *Economía Política de China, la búsqueda del desarrollo desde 1949*. Nueva York, USA: Oxford University Press.
- Rodríguez, M. E. (2008). La batalla diplomática de Beijing y Taipeí en Latinoamérica y el Caribe. *CIDOF d Afers Internacionais*, 81, 209-231.
- Rong, F. (30 de febrero de 2012). China's Environmental Accidents Double as Growth Takes Toll. *Bloomberg*. Recuperado de <http://www.bloomberg.com/news/2010-07-29/china-s-environment-accidents-double-as-growth-spurs-demand-for-metal-oilhtml>
- Rosales, O. y Kuwayama, M. CEPAL. (2012). *China y América Latina y el Caribe. Hacia una relación económica y comercial estratégica*. Santiago de Chile, Chile: Naciones Unidas CEPAL.
- Rosenblat, A. (1967). *La población de América Latina en 1492*. México D.F., México: El Colegio de México.
- Roshenthal, G. (1987). *Infuencia de las ideas de Raul Prebisch en materia de comercio exterior*.
- Siedlerich. (2009). Apuntes sobre el carácter fetichista de la mercancía y su secreto. Recuperado de <http://siedlerich.blogspot.com/2009/09/apuntes-sobre-el-caracter-fetichista-de.html>
- Slipak, A. (2015). Las relaciones entre la República Popular China y la Argentina bajo la lupa de los postulados del modelo de crecimiento con inclusión social. *Revista Voces en el fenix*. Recuperado de <http://www.vocesenelfenix.com/content/las-relaciones-entre-la-rep%C3%BAblica-popular-china-y-la-argentina-bajo-la-lupa-de-los-postulado>

